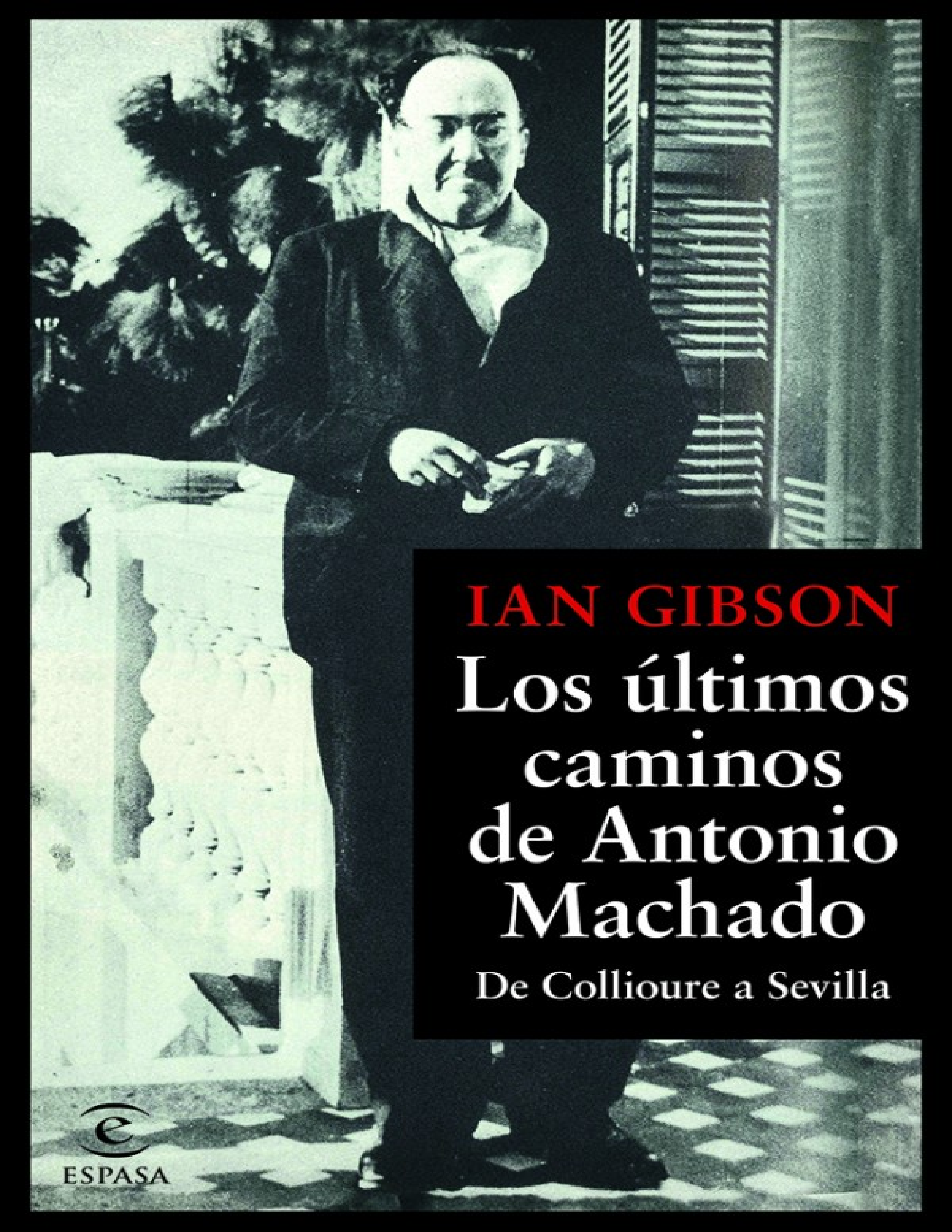

IAN GIBSON
Los últimos caminos de Antonio Machado
De Collioure a Sevilla
ESPASA

Índice

IAN GIBSON

LOS ÚLTIMOS CAMINOS DE ANTONIO MACHADO

De Collioure a Sevilla



Ian Gibson, reconocido hispanista a nivel internacional, aborda en este emocionante y cálido testimonio los últimos y atormentados años de la vida de Antonio Machado. Coincidiendo con el ochenta aniversario de su muerte, Gibson nos acerca a una de las numerosas tragedias que dejó la Guerra Civil. Asistiremos sobrecogidos al desgarro interior de Machado, a su huida por la frontera con su madre y a su muerte a las pocas semanas, con tan solo 64 años. Esta es la historia de uno de los intelectuales españoles más admirados y leídos, cuyos restos aún reposan en suelo francés.

Para Carole, que le dio una vuelta,
y recordando a Seamus Heaney

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.[1]

ANTONIO MACHADO

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.[2]

ANTONIO MACHADO

In my beginning is my end…

T. S. ELIOT,
East Coker

Le vent se lève! Il faut tenter de vivre!…

PAUL VALÉRY,
Le Cimetière marin

FIN DE RECORRIDO

Todo se acaba a las tres y media de la tarde del 22 de febrero de 1939.

José Machado, hermano del poeta, comunica la triste nueva inmediatamente a la embajada española en París y desde allí se difunde. El autor de *Campos de Castilla* ha fallecido a los sesenta y tres años en el pequeño pueblo de Collioure, tres semanas después de cruzar la frontera con los suyos en medio de una inmensa muchedumbre que, aterrada, huía ante la inminente caída de Barcelona.

Empiezan a llegar telegramas de pésame, entre ellos uno, muy afectuoso, de Manuel Azaña, presidente de la República y, desde el 6 de febrero, un desterrado más.

José recibe una cariñosa comunicación del hispanista Jean Cassou. Solicita, en nombre de los escritores galos, que el entierro se haga, con la debida solemnidad, en París. Considera que es un deber para ellos encargarse de «las cenizas del gran Antonio Machado, caído aquí, en tierra francesa, donde había buscado y creído encontrar refugio».

El hermano declina cortésmente la oferta, «mirando más que nada a la sencilla y austera manera de ser del Poeta», y pide permiso al alcalde, Marceau Banyuls, para que se efectúe en el recoleto camposanto local. Está de acuerdo.[3]

Por la mañana van acudiendo al pueblo numerosas personas, tanto españolas como francesas, que quieren dar el pésame a la

familia y participar en el entierro. Entre ellos el exministro socialista de Gobernación, Julián Zugazagoitia (que será devuelto por los nazis a Franco y fusilado en 1940). Las autoridades locales, al tanto ya de la importancia de Machado, permiten que doce soldados españoles presos en el Castillo Real de Collioure salgan para llevar a hombros el ataúd. Parece que llegan también algunos refugiados escapados de los cercanos e infectos campos de concentración de Argelès-sur-Mer y Saint Cyprien.[4]

El entierro es estrictamente civil, por expresa disposición de Machado, comunicada a José unos días antes, cuando intuía que le quedaba poco tiempo, y de una sobriedad acorde con su manera de ser. Sencillez absoluta y sin un cura.[5]

La comitiva se pone en marcha a las cinco de la tarde. El ataúd va envuelto en la bandera republicana, cosida adrede durante la noche por una vecina.[6]

El féretro lleva, escritas en grandes letras, las iniciales «A.M.» (ilustración 14).[7]

Sorprendidos al enterarse de que acaba de morir entre ellos un célebre poeta, se presentan muchos ribereños.[8]

Presiden el cortejo José Machado, Julián Zugazagoitia, el cónsul español en Port-Vendres, el alcalde Banyuls y dos representantes de la República en París, uno de ellos Rafael Sánchez Ventura, amigo de Luis Buñuel.[9]

Según la prensa local, asiste el general Vicente Rojo, muy admirado por el poeta.[10]

La comitiva cruza la rambla del pequeño Douy, encharcado, atraviesa la plaza principal de la población y enfila la avenida que conduce al cercano puerto. Frente al imponente Castillo Real, gira a la izquierda y se para delante de la Casa Consistorial. Luego vuelve sobre sus pasos para cubrir la corta distancia hasta el cementerio.

Antes de que se proceda a la inhumación, Julián Zugazagoitia pronuncia un discurso fúnebre. Traza una emocionada semblanza de la vida y obra de Machado y termina citando unos sencillos versos suyos, de sabor popular:

Corazón, ayer sonoro,
¿ya no suena
tu monedilla de oro?[11]

El alcalde Banyuls, accediendo a la petición de José Machado, demasiado afectado para hablar, agradece a todos los allí reunidos su presencia. «Con Machado —dice— desaparece, a la caída de la República, una de las más altas personalidades literarias de Europa y un sincero amigo de Francia».[12]

Terminado el acto, los presos españoles regresan silenciosamente a sus calabozos. El suyo ha sido el mejor homenaje anónimo posible al poeta que se había entregado en cuerpo y alma a la defensa de la República asediada por el fascismo, ahora hundida por los traidores de casa y de fuera.[13]

Unos días después, José Machado encuentra en un bolsillo del viejo gabán de su hermano un trozo de papel arrugado. Contiene tres anotaciones a lápiz: las palabras iniciales del monólogo de Hamlet «Ser o no ser…» —que obsesionaban al poeta—, una copla:

Y te daré mi canción:
Se canta lo que se pierde
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.

Y el verso:

Estos días azules y este sol de la infancia[14]

Gracias al papel sabemos que, pocas horas antes de fallecer, Antonio Machado, transido de dolor por el derrumbamiento de la República, pensaba en la mujer que no pudo ser suya. Y que, ante el último viaje, se sintió trasportado, una vez más, a la Sevilla de sus años infantiles. A la Sevilla que, luminosa bajo su cielo puro, fue eterno presente en su alma de poeta caminante.

1
DE SEVILLA A SORIA (POR MADRID Y PARÍS)

Hoy, en mitad de la vida,
me he parado a meditar…
¡Juventud nunca vivida,
quién te volviera a soñar![15]

Antonio Machado vino al mundo en Sevilla en julio de 1875. Su padre, Antonio Machado Álvarez, y sus abuelos paternos —Antonio Machado Núñez y Cipriana Álvarez Durán— eran republicanos viscerales y anticlericales, de procedencia portuguesa, que, con el regreso de la monarquía borbónica, a finales del año anterior, vivieron el hundimiento de sus más profundas esperanzas para el futuro del país.

Catedrático de Ciencias Naturales en la Universidad hispalense, el abuelo, gaditano de nacimiento, había participado en la Revolución de 1868 —«La Gloriosa»—, que echó a Isabel II, y ejerció de alcalde de la ciudad durante el llamado «Sexenio Progresista».

Después del asesinato de Prim en 1870, y luego de la abdicación del rey Amadeo en 1873, los once meses republicanos, con sus cuatro presidentes, habían sido tan conflictivos e inestables que facilitaron el regreso del antiguo régimen. España, según la

formulación, treinta años antes, de Mariano José de Larra, volvía, nueva Penélope, a su habitual práctica suicida de tejer y destejer. Machado Núñez había vuelto con resignación a su cátedra decidido a lavarse las manos de la política.[16]

El poeta no nació en un rincón cualquiera de la capital andaluza, sino en un paraíso interior digno del huerto bíblico de *El cantar de los cantares.* Paraíso perdido a los cinco años.

Se trataba del palacio de las Dueñas, propiedad de los duques de Alba alquilada entonces, en parte, a unas once o doce familias modestas, una de ellas la encabezada por el padre de Antonio.[17]

Situado a unos escasos quinientos metros del bullicio de la calle de Sierpes, el palacio, mezcla de elementos platerescos, góticos y mudéjares, está rodeado de una tapia altísima que lo escamotea de los ojos curiosos.

No ha cambiado sustancialmente desde el siglo pasado. El rumor de la ciudad apenas llega hasta los jardines, con sus tres elegantes patios y sus veredas de albero. En el silencio se percibe el canto y el aleteo de numerosos pájaros —palomas, gorriones, mirlos, acaso un mochuelo por la noche—, el susurro de los surtidores y, de vez en cuando, amortiguada, la campanada de alguna iglesia cercana.

Machado nunca olvidaría, estuviera donde estuviera, su edén infantil. Inspiró sus versos inaugurales e iría aflorando a menudo en su lírica posterior. Fue imborrable, quizás sobre todo el recuerdo de la fuente octagonal del Patio de los Limoneros —casi a ras de tierra y adornada con azulejos policromados—, en cuya superficie se reflejaban, ante los ojos maravillados del niño, los frutos (ilustración 2). En «El poeta visita el patio de la casa en que nació», de 1903:

El limonero lánguido suspende
una pálida rama polvorienta
sobre el encanto de la fuente limpia,
y allá en el fondo, sueñan
los frutos de oro…[18]

Al principio de su magnífico «Retrato» (1908), cuando Machado ya tiene treinta y tres años, da a entender, con los verbos en tiempo presente, que, en su fuero interno más íntimo, la escena sigue incólume:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero…[19]

Doce años después, en el soneto titulado «Al palacio de las Dueñas», rememora a su padre sentado en su despacho y luego saliendo por una puerta al jardín:

Esta luz de Sevilla… Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente…[20]

En 1913 nos sitúa en «un huerto sombrío» con

… el limonero
de ramas polvorientas
y pálidos limones amarillos,
que el agua clara de la fuente espeja…[21]

Y, ya en tiempos de la Segunda República, leemos:

Soñé la galería
al huerto de ciprés y limonero;
tibias palomas en la piedra fría,
en el cielo de añil rojo pandero,
y en la mágica angustia de la infancia
la vigilia del ángel más austero…[22]

Se podrían aducir otras muchas reminiscencias de las Dueñas en la poesía machadiana: sus jardines, su luz, su cielo azul, sus lunas, la fuente de los limones, el patio… y, como en la última cita, sus *galerías,* que se van a convertir en uno de los escenarios clave de los sueños que proliferan en los poemas de su primera etapa.

* * *

Habría que subrayar la enorme influencia que tuvo el abuelo Machado Núñez sobre el desarrollo intelectual y humano de sus nietos, especialmente Antonio. Tenía una sed inapagable de conocimientos y le fascinaba desde la ornitología, la botánica y la geología hasta la arqueología y la historia. Publicó un opúsculo sobre los peces del Guadalquivir y, al parecer, fue el primero en identificar un lince ibérico en Doñana. Llevaba a los niños de paseo por los alrededores de la ciudad y las riberas del río, y les enseñaba los nombres y las singularidades de flores y pájaros. Había empezado su carrera en Cádiz como médico y luego, tras ampliar estudios en París, recorrió las Américas antes de asentarse en la capital andaluza. Era un hombre afable en el trato, muy apreciado por todos, menos por el estamento clerical de la ciudad, que le tenía ojeriza y le consideraba un elemento de alto riesgo, con nefastas tendencias masónicas.[23]

En cuanto a la abuela, Cipriana Álvarez Durán, de procedencia extremeña, era buena pintora y sobrina del polígrafo Agustín Durán, primer director de la incipiente Biblioteca Nacional, iniciador de los estudios folclóricos en España y compilador del monumental y famosísimo *Romancero general,* en el cual, si hemos de creer al poeta, aprendió a leer. Folclorista como su tío, Cipriana coleccionaba coplas y cuentos y transmitió a su único hijo la pasión por la cultura popular.[24]

No hay que olvidar tampoco al padre de Cipriana, el raro militar, filósofo y político José Álvarez Guerra, autor de un tratado, *Unidad simbólica,* duramente condenado por Marcelino Menéndez y Pelayo, aquel martillo de los heterodoxos españoles. Era un ser tan extraño que casi parecía un ente de ficción.[25]

¿Y los abuelos maternos? Vivían en Triana. Allí, con toda seguridad, los visitaba con frecuencia su hija Ana acompañada por sus hijos, entre ellos Antonio y su hermano Manuel, once meses mayor, que también iba a ser poeta.

* * *

Sevilla, cuando nace Machado, es todavía un puerto comercial floreciente, y Triana —conectado con la ciudad por el famoso puente de hierro—, su barrio marinero por excelencia, como indicará Antonio en un poema temprano:

Sevilla, marinera
y labradora, que tiene
hinchada, hacia el mar, la vela…[26]

Las fotografías del francés Jean Laurent y del inglés Charles Clifford, celebérrimas a partir de mediados del siglo XIX, muestran este tramo del río atestado de barcos, los de vapor compitiendo con los veleros (ilustración 1).

Hoy el tráfico marítimo se ha desplazado hacia más abajo.

Los sevillanos nunca olvidan que el Guadalquivir ha sido a lo largo de siglos su camino al mar y al ancho mundo. No por nada Manuel y Antonio jugaban de niños a navegantes: el primogénito al mando de un buque de guerra, su hermano al de un mercante.[27]

Rafael Ruiz Pérez, el abuelo materno, había sido marinero de joven pero luego decidió quedarse en tierra firme como encargado de un pequeño negocio. Su mujer, Isabel Hernández García, según se contaba, nunca se dignó cruzar el puente. ¿Para qué, si tenía todo lo necesario y más en su barrio? Vivían en la calle Orilla del Río, hoy Betis, no lejos de la hermosa y espaciosa iglesia de Santa Ana, «la catedral de Triana». Razón de sobra para que Rafael e Isabel diesen el nombre de la madre de la Virgen a su hija, nacida en 1854 (ilustración 3).[28]

Cuando la conoce Antonio Machado Álvarez, Ana Ruiz vive con sus padres en la minúscula calle Duarte, al lado mismo del templo.[29]

El puente de Triana conduce, en la ribera derecha del río, a la plaza del Altozano, con su ficus inmenso, de la cual sale una de las calles más bellas de España, la de Pureza, paralela a la de Betis.

Entre sus otros atractivos alberga una Capilla de los Marineros, donde se venera a Nuestra Señora de la Esperanza.

En la fachada de la casa número 31 hay una placa que reza:

> En recuerdo de Antonio Machado Álvarez, «Demófilo», «padre del folklore andaluz». † 4 de febrero de 1893.

Machado Álvarez había partido para Puerto Rico en 1892, casi una década después del traslado de la familia a Madrid. Un año más tarde, a los cuarenta y cuatro, un hermano de la madre, capitán de barco, lo devolvió gravemente enfermo a Sevilla y murió casi enseguida en brazos de Ana Ruiz, llegada presurosa desde la capital.[30]

Autor de una pionera y magnífica *Colección de cantes flamencos* (1881), el padre del poeta, abogado de profesión, había creído, ingenuamente, que, a través de sus respectivos tesoros de folclore nacional, los pueblos del mundo entero se iban a abrazar fraternalmente —de ahí su seudónimo Demófilo, «El amigo del pueblo»—. Fue un sueño irrealizable, y, amargado y sin dinero, aceptó un destino en la isla antillana, donde tampoco logró despegar.

En su poema «El viajero», Machado parece tener presente, al evocar la vuelta a casa del «hermano», aquella triste peripecia paternal:

> *Está en la sala familiar, sombría,*
> *y entre nosotros, el querido hermano*
> *que en el sueño infantil de un claro día*
> *vimos partir hacia un país lejano.*
> *Hoy tiene ya las sienes plateadas,*
> *un gris mechón sobre la angosta frente;*
> *y la fría inquietud de sus miradas*
> *revela un alma casi toda ausente…*

En la segunda parte del poema, el viajero relata en voz propia sus andanzas:

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado cien mares,
y atracado en cien riberas.
En todas partes he visto
caravanas de tristeza…[31]

Machado iba a colocar el poema a la cabeza de sus *Poesías completas.* «De haber tenido grandes medios de fortuna se hubiera pasado la vida viajando», escribió su hermano José, cuatro años más joven. Luego añadió: «Dentro de sus posibilidades lo hizo lo más que pudo».[32]

* * *

El traslado a Madrid ocurre en 1883, cuando el abuelo consigue una cátedra en la Universidad Central.[33] Escasea el dinero y, durante años, los Machado van a ir cambiando de casa como nómadas. Se ha decidido que Manuel y Antonio se formen en la Institución Libre de Enseñanza (ILE), fundada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos, andaluz de Ronda, y algunos profesores compañeros suyos, hartos todos ellos del control férreo que ejercía desde siempre la Iglesia sobre la educación española, estrangulándola.

La ILE —el colegio de Primaria y Secundaria más progresista e innovador del país— estaba ubicado inicialmente en la calle de las Infantas y, a partir del curso 1884-1885, en la que sería su sede definitiva en el paseo del Obelisco, hoy General Martínez Campos. Muy cambiada actualmente, la propiedad es sede de la Fundación Francisco Giner de los Ríos.[34]

Sin currículo fijo, sin libros de texto, la meta primordial que se proponía la ILE era el desarrollo de cada joven según sus propias aptitudes innatas.

En opinión de uno de sus exalumnos, el colegio era «un fermento de renovación», «un ensayo constante, una dirección, una tendencia, una reforma nunca terminada, una perenne confrontación de los más atrevidos principios pedagógicos con la realidad práctica…». No había ni premios ni castigos, sino «una convivencia constante en el estudio y en el juego, en la Institución y fuera de la Institución».[35]

Las excursiones formaban parte consustancial del programa. Los profesores llevaban a sus alumnos con frecuencia a El Pardo, con sus magníficos encinares, y, cuando había más tiempo, al Guadarrama. Giner de los Ríos era muy dado a las largas caminatas por el campo, que para él era «algo inmanente y, a la vez, trascendente», inspirador de sentimientos casi religiosos.[36] En el caso de Antonio, la insistencia del maestro en la conveniencia de pasear con los ojos bien abiertos, para no perderse nada del entorno, venía a prolongar y completar la costumbre familiar. Y llegaría el momento en que dijera que sus profesores crearon en él un amor a la Naturaleza que superaba «infinitamente» al del arte.[37]

La influencia de la ILE sobre el poeta, pues, añadida a la del abuelo paterno, fue decisiva, vitalicia.

Machado Núñez murió en 1886 y fue enterrado en el Cementerio Civil de Madrid, donde yacen los restos de los hombres y mujeres de la otra España, la España de ambas Repúblicas, la España heterodoxa, liberal, masónica, «roja», agnóstica, atea. No podían faltar Giner de los Ríos y los otros prohombres de la ILE… y allí están todavía.

Detrás del hermoso mausoleo de Pablo Iglesias se encuentra la tumba de Machado Núñez.

En frente, al otro lado de la carretera, en el inmenso cementerio de la Almudena, atestado de símbolos cristianos, yacen los creyentes de la familia, entre ellos la abuela Cipriana.

* * *

Antonio y Manuel, que ya frecuentaban los círculos literarios y teatrales de Madrid, visitaron París juntos durante varios meses en 1899. Habían heredado de Machado Núñez un apego al idioma vecino, estimulado, quizás, por la Institución Libre de Enseñanza. En la capital gala se dedicaron con entusiasmo a profundizar su conocimiento de la lengua, tanto conversacional cuanto literaria.

Volvieron en 1902. Con el resultado de que Antonio iba a ser toda su vida profesor de francés en sucesivos institutos: Soria, Baeza, Segovia y, finalmente, Madrid.

En París intimaron con Rubén Darío, ya para entonces el poeta de lengua española más famoso a ambos lados del Atlántico. Hablaron con Oscar Wilde —muy disminuido por los rigores de su cruel prisión y ya cerca de la muerte— y confraternizaron con algunos literatos, extranjeros y españoles, entre ellos Pío Baroja. París era entonces, recordaría Antonio, «la ciudad del *Affaire Dreyfus* en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica… La gran figura literaria, el gran consagrado, era Anatole France».[38]

Paul Verlaine, rey de los poetas simbolistas, había muerto en 1896. Los hermanos se hicieron con su famosísima antología, *Choix de Poésies.* El impacto sobre Antonio fue determinante y se aprecia en dos poemas que publicó en marzo de 1901, tras su primera visita a París, en una pequeña revista madrileña, *Electra.*

En el primero, «La fuente», el «yo» —así como el del soneto «Après trois ans» de Verlaine— vuelve a visitar un parque viejo de «veredas solitarias». Se sienta en el pretil de una fuente monumental para contemplar la estatua que la protagoniza: un titán desnudo, «Mármol del Dolor», con «arrugada frente» abatida hacia el «hercúleo pecho». Desde la boca de un dragón cae por la espalda del gigante «la carcajada fría / del agua, que a la pila descendía / con un frívolo, erótico rumor». El «yo» del poema observa su «cejijunto gesto contorcido» y procura, sin éxito, desentrañar la significación del «símbolo enigmático» que tiene delante. Y declara:

Hay amores extraños en la historia
de mi largo camino sin amores,
y el mayor es la fuente,
cuyo dolor anula mis dolores,
cuyo lánguido espejo sonriente
me desarma de brumas y rencores.
La vieja fuente adoro;
el sol la surca de alamares de oro,
la tarde la salpica de escarlata
y de arabescos mágicos de plata.
Sobre ella el cielo tiende
su loto azul más puro,
y cerca de ella el amarillo esplende
del limonero entre el ramaje obscuro…[39]

La alusión al jardín infantil de las Dueñas es ineludible, aunque no consta que hubiera allí nunca una fuente tan escultóricamente elaborada.

La hipótesis se confirma en el segundo poema, donde hace su aparición inaugural la «galería del sueño», que será escenario de numerosos poemas oníricos del primer Machado:

Siempre que sale el alma de la obscura
galería de un sueño de congoja,
sobre un campo de luz tiende la vista
que un frío sol colora…[40]

Las galerías y pasillos del palacio de las Dueñas dejaron en el alma del futuro poeta, con el reflejo de los limones y el cielo azul en el espejo de la fuente, una huella imborrable. Nunca, nunca los olvidó.

* * *

A principios de 1903, tras la segunda estancia en París, editó su primer libro, *Soledades.* Por si no fuera suficientemente indicativo el título, el del primer grupo de composiciones, «Desolaciones y melancolías», ratificaba su temática, así como el poema «Crepúsculo», donde aparece

La soledad, la musa que el misterio
revela al alma en sílabas preciosas
cual notas de recóndito salterio…[41]

El «yo» de *Soledades* es extremadamente introvertido. Padece la obsesión de «lejanos dolores», la pesadumbre de una juventud nunca vivida plenamente y el ansia de un amor que no llega.

Pero hay un consuelo: la escapatoria por la galería de los sueños, que le conduce a las capas más hondas de su psique donde permanece intacto el pasado:

Sobre la tierra amarga,
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas,
parques en flor y en sombra y en silencio;
criptas hondas, escalas sobre estrellas;
retablos de esperanzas y recuerdos…[42]

Entre las presencias que pueblan estos paisajes subliminales destaca la de una figura femenina amada, pero siempre esquiva, inalcanzable.

La deuda de *Soledades* para con *Choix de Poésies* de Verlaine, tanto temática como técnica, se confirma en todo el librito. Y es que había en Machado una poderosa predisposición, por las circunstancias de su infancia, para que los «paisajes del alma» del francés le hablaran de una manera muy personal.

Ocupa una posición central en *Soledades* la secuencia titulada *Del camino*. En una redacción anterior, llevaba como epígrafe un

verso de los *Milagros de Nuestra Señora,* del poeta medieval Gonzalo de Berceo:

> *Todos somos romeros que camino [pasamos]…*[43]

La metáfora de la vida como camino, y de nosotros como peregrinos o romeros, es fundamental en el primer Machado y nunca estará ausente de su poesía posterior:

> *Muy cerca está, romero,*
> *la tierra verde y santa y florecida*
> *de tus sueños, muy cerca, peregrino*
> *que desdeñas la sombra del sendero*
> *y el agua del mesón en tu camino.*[44]

Una de las formas que toma el camino machadiano es el río, que, nacido tierras adentro, desemboca finalmente en el mar, donde pierde su identidad al mezclarse con las olas. No por nada *Soledades* termina con un pequeño poema, «Glosa», inspirado por las *Coplas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique:

> Nuestras vidas son los ríos
> que van a dar a la mar,
> que es el morir. *¡Gran cantar!*
> *Entre los poetas míos*
> *tiene Manrique un altar.*
> *Dulce gozo del vivir:*
> *mala ciencia del pasar,*
> *ciego huir a la mar.*
> *Tras el pavor de morir*
> *está el placer de llegar.*
> *¡Gran placer!*
> *Mas ¿y el horror de volver?*
> *¡Gran pesar!*[45]

Van saliendo en revistas sus nuevos poemas. Uno de ellos constituye toda una declaración de fe en el potencial del sueño como vía de autoconocimiento. Freud había publicado en 1899 *La interpretación de los sueños* yestá naciendo el psicoanálisis:

Y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,
en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.
De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños.[46]

Caminar con los ojos abiertos: ha sido la recomendación tanto del abuelo Machado Núñez como de Francisco Giner de los Ríos y sus compañeros de la Institución Libre de Enseñanza. Machado nunca dejará de estar atento a sus sueños, pero le preocupa caer en la tentación de una introspección exagerada o, como él la llamará, «autoinspección». Además, ya tiene un nuevo maestro que piensa igual: Miguel de Unamuno.

En estos poemas, el recuerdo del jardín de las Dueñas está a menudo latente. En uno de ellos nos acerca a la raíz de la angustia que le asedia desde los días de su niñez sevillana:

Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo;
—*Sí, yo era niño y tú mi compañera.*[47]

¿Quién fue la compañera del «yo» niño, luego perdida? La poesía «Sueño infantil» ayuda a situarnos:

Una clara noche
de fiesta y de luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría,
—era luz mi alma,
que hoy es bruma toda,
no eran mis cabellos
negros todavía—,
el hada más joven
me llevó en sus brazos
a la alegre fiesta
que en la plaza ardía.
So el chisporroteo
de las luminarias,
amor sus madejas
de danzas tejía.
Y en aquella noche
de fiesta y luna,
noche de mis sueños,
noche de alegría,
el hada más joven
besaba mi frente…,
con su linda mano
su adiós me decía…
Todos los rosales
daban sus aromas,
todos los amores
amor entreabría.[48]

La insistencia es tanta que uno siente la tentación de creer que estamos ante un hecho autobiográfico real. Ana Ruiz tuvo cinco hijos entre 1876 y 1881 —casi uno por año—, y siempre había criadas o niñeras para echar una mano en las tareas domésticas. Quizás se trataba de una de ellas, que, habiendo sido la encargada

de Antonio, desapareció de repente, por la razón que fuera, ocasionándole el trauma de sentirse abandonado.

Otro poema de la misma época tiende a ratificar la hipótesis:

Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.[49]

Machado jamás superaría del todo el dolor de haber perdido para siempre, durante su niñez, a una persona intensamente amada. «Antonio no ha tenido nunca esa alegría propia de la juventud», contaba más tarde su madre. Si no nació triste, triste fue nuestro poeta desde su más tierna infancia.[50]

* * *

El exalumno de Francisco Giner de los Ríos no puede seguir sin tener un trabajo fijo. En 1900 aprueba los ejercicios de ingreso en la Universidad Central de Madrid, pero no empieza una carrera. Ha hecho sus pinitos de cómico en el Teatro Español, que frecuenta asiduamente con su íntimo amigo Ricardo Calvo, gran actor en ciernes, pero no han dado mucho de sí. Ha publicado *Soledades* y colaborado en varias pequeñas revistas, pero sin ganar nada. ¡Y en 1905 va a cumplir los treinta años! Decide, pues, aconsejado por Giner, ser catedrático de francés. No tiene vocación de pedagogo, lo reconoce, pero se trata de enseñar un idioma que ama y de hablar

con los chicos de literatura, que al fin y al cabo es lo suyo. Y tiene la ventaja de vacaciones largas.

Habría preferido quedarse en Madrid entre los suyos, pero no hay plaza y, además, la competencia habría sido tremenda. Las únicas opciones son Soria, Baeza o Mahón.[51]

Opta por Soria.

La visita a finales de abril de 1907 para tomar posesión de su cátedra. La ciudad y el paisaje en que se asienta le impresionan tanto que nace un maravilloso poema que señala una nueva dirección en su obra. Ya no estamos en el jardín secreto de las Dueñas, sino en pleno campo castellano, con los ojos abiertos de par en par:

ORILLAS DEL DUERO

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.
Girando en torno a la torre y al caserón solitario
ya las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.
Es una tibia mañana.
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.
Pasados los verdes pinos,
casi azules, Primavera
se ve brotar en los finos
chopos de la carretera
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.
El campo parece, más que joven, adolescente.
Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,
y mística primavera!
¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña
ante la azul lejanía,
sol del día, claro día,

hermosa tierra de España![52]

Es la primera vez que aparece la palabra «España» en la poesía de Antonio Machado, el atisbo inaugural de un tema que, emparejándole con los escritores de la luego llamada Generación del 98, desarrollará en los poemas reunidos, en 1912, en *Campos de Castilla*.

* * *

En febrero de 1908, el diario madrileño *El Liberal* publica en primera plana, con una fotografía del poeta, su hoy famosa autosemblanza, «Retrato», compuesta en alejandrinos pausados. En ella admite que no es un conquistador, aunque declara admirar la hermosura femenina y haber recibido alguna flecha de Cupido. Reconoce tener en sus venas «gotas de sangre jacobina» —provenientes sobre todo del abuelo paterno—, si bien brotan, asegura, de «manantial sereno» Y afirma que es «bueno en el buen sentido de la palabra».

¿Cuál es su estética en estos momentos en que acaba de editar *Soledades. Galerías. Otros poemas,* segunda edición ampliada de su primer libro? Rehuir toda ornamentación, expresar con sencillez su mundo interior y, en línea con su admirado Pierre de Ronsard, el fluir irreparable del tiempo. Los espléndidos versos finales del poema aluden a la satisfacción que le proporciona tener por fin un trabajo digno que le permita no depender de nadie:

Y, al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando la hora llegue del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.[53]

Se trata de una premonición casi alucinante.

En Soria el poeta alcanza algo de su añorada juventud «nunca vivida» al conocer a Leonor Izquierdo Cuevas, cuya tía dirige la casa de huéspedes donde se aloja. Tiene trece años; Antonio treinta y dos. Vivir bajo el mismo techo les permite ir conociéndose poco a poco a largo de dos años mientras ella se va convirtiendo en mujer. Se casan en 1909. De alguna manera se trata del reencuentro con el hada de sus sueños recurrentes.

El poeta dirá que su boda fue el día más triste de su vida, cuando debería haber sido el más feliz, al provocar las derechas locales un escándalo en la iglesia y luego someterlos a una cruel cencerrada en la estación.[54]

Y es que, en Soria, el catedrático de francés iba siendo criticado por sus ideas avanzadas, expresadas en artículos y alguna conferencia. Aludió al ambiente hostil en una copla divertida:

En Santo Domingo,
la misa mayor.
Aunque me decían
hereje y masón,
rezando contigo,
¡cuánta devoción![55]

Por desgracia, sabemos poquísimo acerca de Leonor. «De talla, mediana; el cabello, castaño, un poco ondulado; no se ponía afeites: una niña; los ojos, morenos oscuros; la tez, más bien sonrosada; la voz, un poco aniñada. Le parecía en todo a la madre»: así la recordará su tía Concha Cuevas.[56] Uno de los alumnos de Machado la rememoraría «morena, pero blanca, con palidez de lirio», dotada de «unos grandes, profundos y rasgados ojos» y una mirada «como la de una gacela sorprendida».[57] Para un amigo de la familia era «menuda y trigueña, de alta frente y de ojos oscuros». Según el mismo testigo, ayudaba a su madre, soportaba como mejor podía a su padre, guardia civil jubilado bastante dado a

empinar el codo, adoraba la poesía y lloraba en silencio».[58] Las pocas fotografías suyas que se conocen, todas sacadas el día de la boda, nos la muestran con pelo espesísimo y cara oval. Da la impresión de estar muy orgullosa al lado de su marido (ilustración 4).[59]

En 1910 Machado consiguió una beca para ampliar estudios en París durante un año a partir del 1 de enero de 1911, y allí se fue, ilusionado, con Leonor. Iba a ser su luna de miel de verdad, lejos de Soria, lejos de España. Pero se convirtió en tragedia: el 14 de julio, día de la fiesta nacional, Leonor empezó a escupir sangre. Se diagnosticó tuberculosis, los médicos recomendaron el regreso al aire puro de la altiplanicie soriana y, aquel septiembre, antes de tiempo, emprendieron el viaje de vuelta con la ayuda económica de Rubén Darío.[60]

Machado le contó en una carta a su madre que la repentina aparición del mal —el más temido de la época— les había herido «como un rayo en plena felicidad».[61]

Poco a poco, tras el regreso a Soria, Leonor, amorosamente cuidada por Antonio, se iría extinguiendo.

* * *

Hay unos parajes sorianos especialmente vinculados a Machado que cualquier amante de su obra querrá conocer en persona. En primerísimo lugar, el bucólico camino, bordeado de álamos, que discurre, en la ribera izquierda del Duero, entre San Polo y la ermita de San Saturio, y por el cual, cogidos de la mano, tantas veces paseó con Leonor:

¡Álamos del amor que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana liras
del viento perfumado en primavera;
álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña,

álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva![62]

Otras dos referencias paisajísticas clave de la Soria machadiana son la cumbre de la montaña que domina la ciudad, Santa Ana o Santana, y la Laguna Negra, donde nace el Duero.

En el largo poema en alejandrinos «A orillas del Duero» —mucho más denso que el anterior del mismo título—, narra la penosa subida, «buscando recodos de sombra» bajo un sol de justicia, a la cima de la montaña y describe la inmensidad esteparia, rodeada de sierras, que se contempla desde ella. El panorama induce una reflexión sobre el actual decaimiento de Castilla y de quienes habitan y trabajan sus tierras, descritos injustamente como «atónitos palurdos sin danzas ni canciones»:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?

El poema cae de lleno dentro de algunos estereotipos de la historiografía tradicional, con el obligado elogio del Cid y las referencias de rigor a la llamada «Reconquista», la «Toma» de Granada y el «Descubrimiento». ¿No le preocupaba a Machado la desaparición de la mezcla de culturas que había en la península antes de 1492? ¿Admira de verdad la hazaña imperialista, el rapto del oro y de la plata de América que posibilitara el «milagro» español de entonces? ¿No ha leído a Fray Bartolomé de las Casas, tan crítico ante las crueldades propagadas por sus paisanos allende el mar? ¿O es que, en el fondo, solo quiere creer que un pueblo capaz de generar tan indiscutible energía podría cobrar una nueva pujanza? Quizás era esto.

El gran interés de «A orillas del Duero» estriba, de todas maneras, en revelarnos a un Machado hondamente afectado por la decadencia de su país y deseoso de su regeneración. O sea, al

Machado formado en la Institución Libre de Enseñanza, con su sueño de una gran España culta, dialogante y europea; al Machado que en estos momentos está en contacto con otros escritores, con Unamuno a la cabeza, empeñados en buscar soluciones a la acuciante parálisis nacional.[63]

En cuanto a la Laguna Negra, situada en las alturas de la Sierra de Urbión, a unos sesenta kilómetros al noreste de Soria, sube a verla poco antes del inicio del curso de 1910-1911. Entonces una odisea considerable de dos o tres días —coche correo, caminata a pie, caballos—, hoy se trata de un recorrido de poco más de cuarenta minutos.

Impresionado por el lago, sus imponentes alrededores y las incidencias del viaje, entre ellas comentarios sobre algunos brutales asesinatos recientes, frutos de la codicia, empezó a rumiar, ya de regreso a Soria, la posibilidad de componer un poema épico expresivo del alma de la meseta castellana. Así nació *La tierra de Alvargonzález,* que, pese a su deliberado laconismo, a guisa de romance de ciego, contiene unos pasajes de alto voltaje emotivo en primera persona:

¡Oh tierras de Alvargonzález,
en el corazón de España,
tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma!
Páramo que cruza el lobo
aullando a la luna clara
de bosque a bosque, baldíos
llenos de peñas rodadas,
donde roída de buitres
brilla una osamenta blanca;
pobres campos solitarios
sin caminos ni posadas,
¡oh, pobres campos malditos,
pobres campos de mi patria!…[64]

* * *

En mayo de 1912, cuando todavía quiere mantener la esperanza de que Leonor sobreviva, termina un poema hoy reconocido como uno de los más hermosos y conmovedores del castellano:

A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.
No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.
Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta,
al borde de un camino,
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hacia la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.[65]

No se produjo el milagro. Leonor se apagó el 1 de agosto de 1912. Fue enterrada en el camposanto del Espino, el «Alto Espino» de la «carta» dirigida por Antonio al año siguiente a uno de sus mejores amigos en Soria, el periodista José María Palacio:

… Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra…[66]

Terminado todo, el poeta huye cuanto antes a Madrid, dejando atrás un montón de papeles y borradores que, por desgracia, nunca se han recuperado.[67]

2
De Baeza a Segovia

«Después de mi desgracia —escribe Machado en septiembre de 1912— he decidido consagrarme a la poesía y no salir más de mi rincón».[68]

El «rincón» resulta ahora ser Baeza: la opción, junto con Mahón, que había rechazado en 1907. No es el sitio más idóneo tras perder a Leonor:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro de gay-saber,
aprendiz de ruiseñor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego…[69]

En otoño e invierno envuelven a Baeza —situada en «La Loma» cerca de Úbeda, a unos ochocientos metros sobre el nivel del mar— espesas nieblas. Y hay nieve. Esto no es Sevilla ni Málaga, sino el Jaén de tierras adentro.

«Soria es Atenas comparada con esta ciudad donde ni aun periódicos se leen —se queja al poco de llegar—. Las únicas preocupaciones son aquí la política y el juego; inquietudes espirituales, no existen; afán de cultura, tampoco […]. No hay un

solo periódico local, ni una biblioteca, ni una librería, ni aun siquiera un puesto de periódicos donde comprar los diarios de Madrid».[70]

Su soledad es abrumadora —«¡ay, ya no puedo caminar con ella!»— y no consuela estar en su Andalucía natal:

En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas,
y fantasmas de grises encinares…[71]

Los poemas que le inspira el recuerdo de los tiempos felices con Leonor serán de los más bellos jamás compuestos en castellano. Mientras pasea llorando por las afueras de la ciudad, su pensamiento vuela constantemente a Soria, a las orillas del Duero y al cementerio donde yacen sus despojos mortales:

¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano
cercado de colinas y crestas militares,
alcores y roquedas del yermo castellano,
fantasmas de robledos y sombras de encinares!
En la desesperanza y en la melancolía
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva…[72]

No tarda en desarrollar un programa de urgencia para combatir el dolor que amenaza con anegarlo. Para tener más posibilidades de conseguir la cátedra en Madrid que puede ser su salvación, necesita sacar cuanto antes la licenciatura que le falta. A trabajar, pues.

Inicia un cuaderno, *Los complementarios,* donde irá apuntando borradores de poemas, coplas populares, apuntes de lecturas, reflexiones sobre filosofía política, poesía y arte, pequeñas notas autobiográficas, versos de otros poetas que le llaman la atención, traducciones —sonetos de Shakespeare entre ellas—… Lee la prensa —cuando encuentra algo—, los nuevos libros de Unamuno y de Ortega y Gasset, con quienes se cartea, manda versos y textos a

diversas revistas. Su preocupación por España y su porvenir va en auge. Son feroces sus descripciones de los terratenientes conservadores, los dueños, los rentistas a quienes ha conocido en Soria y ahora en Baeza. En «Del pasado efímero» traza una descripción despiadada de un personaje de «casino provinciano»:

Bosteza de política banales
dicterios al gobierno reaccionario,
y augura que vendrán los liberales,
cual torna la cigüeña al campanario.
Un poco labrador, del cielo aguarda
y al cielo teme; alguna vez suspira,
pensando en su olivar, y al cielo mira
con ojo inquieto si la lluvia tarda.
Lo demás, taciturno, hipocondríaco,
prisionero en la Arcadia del presente,
le aburre; solo el humo del tabaco
simula algunas sombras en su frente.
Este hombre no es de ayer ni es de mañana,
sino de nunca; de la cepa hispana
no es el fruto maduro ni podrido,
es una fruta vana
de aquella España que pasó y no ha sido,
esa que hoy tiene la cabeza cana.[73]

En otro poema combativo, «El mañana efímero», proclama que España necesita urgentemente afrontar a una Iglesia enemiga acérrima de sus libertades. Los caciques y los curas, he aquí los enemigos de todo civismo, de todo progreso:

Esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza,
aún tendrá luengo parto de varones
amantes de sagradas tradiciones
y de sagradas formas y maneras;

florecerán las barbas apostólicas
y otras calvas en otras calaveras
brillarán, venerables y católicas…

No será fácil, no, pero un día tendrán su merecido:

Mas otra España nace,
España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.[74]

A Unamuno le habla de sus actividades tras la pérdida de Leonor. Su principal consuelo es ya la filosofía.[75]

Envía a Juan Ramón Jiménez una nota autobiográfica de excepcional interés. No tiene vocación de maestro, dice. Reconoce la influencia de los simbolistas franceses sobre su primera etapa poética, ahora rebasada. Tiene «un gran amor a España y una idea de España completamente negativa. Todo lo español me encanta y me indigna al mismo tiempo». «Mi vida está hecha más de resignación que de rebeldía; pero de cuando en cuando siento impulsos batalladores que coinciden con optimismos momentáneos de los cuales me arrepiento y sonrojo a poco indefectiblemente». Muy sociable no es, pero conserva «gran afecto a las personas». Confiesa haber llevado «vida desordenada» en su juventud y sido «algo bebedor, sin llegar al alcoholismo» —no añade más detalles —. Adoraba a su esposa y no piensa volver a casarse. Estima que la mujer española posee «una enorme superioridad sobre el varón» y que la salvación de España depende de ella. En cuanto al «problema nacional», le parece «irresoluble por falta de virilidad espiritual», a pesar de lo cual estima que hay que seguir luchando por el porvenir. Ah, la Iglesia: está «convencido de que España

morirá por asfixia espiritual si no rompe ese lazo de hierro». Para conseguirlo, los únicos escollos son la hipocresía y la timidez. Finalmente, su maestro incontestable es Miguel de Unamuno.[76]

Logra el milagro de plasmar el hastío que le produce Baeza en uno de sus poemas más originales, densos y preñados de humor.

«Poema de un día», subtitulado, con ironía «Meditaciones rurales», y demostrando maestría en el manejo de la rima humorística, arranca en su estancia una tarde gris de invierno. Está pensando en Leonor. Luego, al anochecer, le acompañamos a la rebotica en cuyo fondo se reúnen habitualmente unos caciques locales y sus amigos:

—Yo no sé,
Don José,
cómo son los liberales
tan perros, tan inmorales.
—¡Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores,
buenos administradores
de su casa.
Todo llega y todo pasa.
Nada eterno:
ni gobierno
que perdure,
ni mal que cien años dure.
—Tras estos tiempos, vendrán
otros tiempos y otros y otros,
y lo mismo que nosotros
otros se jorobarán.
Así es la vida, Don Juan.
—Es verdad, así es la vida.
—La cebada está crecida.
—Con estas lluvias…

Y van
las habas que es un primor…

El poeta, que, por lo visto, no ha pronunciado una sola palabra durante la tertulia si no es para despedirse, regresa a su habitación, donde le esperan el monótono tictac del reloj y, sobre la mesa, un libro nuevo de Unamuno, «el dilecto, / predilecto / de esta España que se agita / porque nace o resucita», y *Los datos inmediatos de la conciencia* de Henri Bergson.[77]

* * *

En octubre de 1913 le infunde ánimos el lanzamiento, de la mano de Ortega y Gasset, de la Liga de Educación Política Española, y se adhiere enseguida. Sigue deprimido por la mediocridad actual del país y deseoso de contribuir a su renovación.[78]

Su aislamiento en Baeza le impide participar en el homenaje ofrecido en Aranjuez aquel noviembre a Azorín, cuyo último libro, *Castilla*, le ha entusiasmado, pero manda un «elogio» que resulta ser una acerba profesión de fe:

Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa, desde un pueblo impío
que juega al mus, de espaldas a la muerte,
creo en la libertad y en la esperanza,
y en una fe que nace
cuando se busca a Dios y no se alcanza,
y en el Dios que se lleva y que se hace…

Machado es un revolucionario que, si bien repudia la violencia, es consciente de que, sin que medie la fuerza, todo cambio del *statu quo* español será casi imposible. Así lo deja claro al final del poema:

¡Oh, tú, Azorín, escucha: España quiere
surgir, brotar, toda una España empieza!

¿Y ha de helarse en la España que se muere?
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?
Para salvar la nueva epifanía
hay que acudir, ya es hora,
con el hacha y el fuego al nuevo día.
Oye cantar los gallos de la aurora.[79]

El hacha es recurrente en estos poemas. ¿Sabía que el apellido Machado significa «hacha corta» en el idioma de sus antepasados portugueses? Si fue así, y parece probable, cabe deducir que le complacería.

* * *

No hay escritor auténtico que no esté muy atento a los tiempos que le toca vivir. Machado no es excepción a la regla y sigue con atención la evolución de la actual poesía española. Le interesa sobre todo el malagueño José Moreno Villa, cuyo último libro, *Garba,* demuestra a su juicio un esfuerzo por liberarse de las secuelas del modernismo. Tiene una prevención, sin embargo: encuentra en Moreno Villa «imágenes que responden a intuiciones vivas; pero otras son cobertura de conceptos». Es la primera formulación de una tesis, casi un dogma, según la cual la imagen poética no debe estar al servicio de *conceptos*, de *ideas*, sino expresar y transmitir la emoción de lo hondamente sentido o intuido, en primer lugar la conciencia del tiempo que fluye inexorable.

Le resulta deleznable todo lo que en poesía huele a recargamento ornamental:

El pensamiento barroco
pinta virutas de fuego,
hincha y complica el decoro.[80]

O dicho de otra manera:

Toda la imaginería
que no ha brotado del río
barata bisutería.[81]

Queda claro: la poesía no tiene nada que ver con los juegos de ingenio. Es, al contrario, palabra sencilla, cordial, clara, «palabra esencial en el tiempo».[82]

* * *

Con Rusia y Alemania entregadas a una carrera armamentística alocada, Machado lleva tiempo convencido, como Rubén Darío, de que Europa está al borde de una conflagración sangrienta. No se equivoca. Se enciende aquel verano de 1914. El Gobierno español, presidido por Eduardo Dato, se apresura a anunciar su neutralidad… y el país se sienta en la barrera a ver qué pasa.

El poeta se indigna. ¿Europa en guerra y solo España en paz? «Es verdaderamente repugnante nuestra actitud ante el conflicto actual —escribe a Unamuno—, y épica nuestra inconsciencia, nuestra mezquindad, nuestra cominería. Hemos tomado en espectáculo la guerra, como si fuese una corrida de toros, y en los tendidos se discute y se grita. Se nos arrojará un día a puntapiés de la plaza, si Dios no lo remedia».[83]

A finales de agosto la gran noticia nacional es la destitución gubernamental del famoso y contestatario rector de Salamanca. Machado está escandalizado. En estos momentos, Unamuno, siempre molesto para el poder, es militante del PSOE y lucha por la libertad de cátedra, postura inaceptable para quienes mandan y cortan. ¿Cómo echarle un cable a don Miguel? El poeta se pone a las órdenes de Ortega y Gasset.[84]

El 29 de enero de 1915 se lanza en Madrid una ambiciosa revista, *España. Semanario de la vida nacional*, dirigida por Ortega, que va a tener un enorme peso en la vida intelectual del país.

«Nacido del enojo y la esperanza, pareja española, sale al mundo este semanario ESPAÑA», empieza el editorial inaugural.

Diecisiete años después del «Desastre» de 1898, el semanario promete ser portavoz de «toda una España nueva que siente encono contra otra España fermentada, podrida». Aunque publicado en Madrid, «será escrito en toda la nación», como confirma la larga lista de corresponsales de las distintas provincias, entre ellos Machado (Jaén). *España* cree que, a pesar de la mediocridad, ineficacia y monumental desprestigio actuales de las instancias estatales, empezando por el Parlamento, la «restauración» de la raza no es imposible. Solo hacen falta fe, voluntad y trabajo.

Machado ha mandado para el número inaugural el poema «Una España joven»:

Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,
la malherida España, de Carnaval vestida
nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda,
para que no acertara la mano con la herida.
Fue ayer; éramos casi adolescentes…[85]

Poco después le dice a Juan Ramón Jiménez que se muere por volver a Madrid. Ya son «ocho años de destierro» y le está pesando como una losa la vida provinciana, «en que acaba uno por devorarse a sí mismo». Piensa con frecuencia en abandonar la cátedra y tratar de vivir de su pluma, pero «esto sería la miseria otra vez».[86]

* * *

Aquel febrero se produce la muerte de Francisco Giner de los Ríos, que inspira una espléndida elegía del poeta. En ella insiste sobre la llamada del maestro al trabajo, al esfuerzo, con el pensamiento puesto en la gran España anhelada, y sin olvidar al poderoso adversario de siempre:

Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;

lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas![87]

El «nuevo florecer de España», por el cual Giner había luchado toda su vida, parecía ya, a su muerte, una realidad tangible. Pero las campanas del «sombrío catolicismo español», como lo ha calificado el poeta en otro lugar, no iban a enmudecer rápidamente ni entonces… ni después.[88]

Con la primavera sube con algunos amigos de Baeza al nacimiento del Guadalquivir en la Sierra de Cazorla, sin duda recordando su viaje de cinco años atrás al del Duero. Realizan el complicado recorrido de cuatro días en un «carricoche lento, / al paso de dos pencos matalones», y luego, para el último tramo, a lomos de bestias.[89]

Contemplar el lugar de origen del río de su infancia le conmueve.

Poco después visita Sanlúcar de Barrameda. Y surge un pequeño poema bellísimo:

¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar morir.
Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!
Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?[90]

El poeta borda la realidad al adjudicar al Guadalquivir un solo manantial, pero sería ocioso recriminarle su pino verde, tan caro a la poesía popular andaluza.

Sigue empeñado en escaparse cuanto antes de Baeza, con los ojos fijos sobre todo, como siempre, en Madrid. Solicita, sin éxito, distintas plazas.Comprende que es ya urgente la consecución de un título universitario para poder concursar con más posibles. Se

inscribe, pues, como alumno libre, para el curso 1915-1916 en la Facultad de Filosofía y Letras de la capital.[91]

Tomada la determinación, nada le impedirá llegar a la meta propuesta. Consigna en *Los complementarios*, con más frecuencia, sus reflexiones filosóficas. Entre ellas figura el título de un proyecto ambicioso: *Heterogeneidad del ser. Apuntes para una nueva teoría del conocimiento. Espacio y tiempo*. Es el anuncio del que va a ser pilar fundamental del pensamiento de su maestro «apócrifo» Abel Martín: la «otredad» o «radical heterogeneidad» del ser.

Al final de curso aprueba las tres asignaturas con sobresaliente. Ya tiene su tardía licenciatura bien encaminada.[92]

Apenas iniciado 1916 llega la noticia de la muerte de Rubén Darío en su Nicaragua natal. ¡Pobre Rubén! Solo tenía cuarenta y nueve años recién cumplidos, pero había abusado durante dos décadas del alcohol, acabando con una cirrosis atrófica del hígado. Su desaparición conmociona el mundo hispánico y afecta hondamente a Machado:

> *Si era toda en tu verso la armonía del mundo,*
> *¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?*
> *Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,*
> *corazón asombrado de la música astral,*
> *¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno*
> *y con las nuevas rosas triunfante volverás?*
> *¿Te han herido buscando la soñada Florida,*
> *la fuente de la eterna juventud, capitán?*…[93]

La muerte de Darío da lugar a una paulatina revisión de su obra y, en el caso de Machado, a una meditación en profundidad sobre lo que le debía, como poeta y como amigo.

Justamente en estos momentos, y bajo la influencia directa de Rubén, ha empezado a escribir versos quien va a ser el poeta español más famoso de todos los tiempos: Federico García Lorca. Quiso el azar que, coincidiendo con el fin del cuarto curso de

Machado en Baeza, Lorca visitara esa pequeña ciudad con un pequeño grupo de compañeros de la Universidad de Granada. Hay un acto en el instituto: Federico toca el piano, Machado lee unos poemas. El encuentro actúa como un poderoso estímulo para el granadino, forzado por las circunstancias —o sea, sus padres— a abandonar su sueño de dedicarse profesionalmente a la música.[94]

* * *

En 1917 Machado tiene la satisfacción de ver publicados dos libros: *Poesías completas,* con una fotografía suya como frontispicio, y *Poesías escogidas.*

Los «proverbios y cantares», que apuntaron en sus primeros versos y luego proliferaron en *Campos de Castilla,* constituyen a estas alturas una modalidad expresiva suya habitual. Algunos de ellos vuelven al perenne tema del camino, destacándose el que se hará famoso medio siglo después gracias a Joan Manuel Serrat. Lo insólito del caso es que Machado va ahora más allá de Gonzalo de Berceo y, fruto de sus muchas caminatas por paisajes distintos, se cree en condiciones de sentenciar:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en el mar.[95]

De las composiciones al parecer inéditas de las *Poesías completas,* la que quizás más impacta es «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido», divertidísimo y sarcástico

retrato del arquetípico «caballero andaluz», en su juventud mujeriego, jaranero, algo torero y «maestro en refrescar manzanilla», luego gran rezador católico, apostólico y romano:

Cuando mermó su riqueza,
era su monomanía
pensar que pensar debía
en asentar la cabeza.
Y asentóla
de una manera española,
que fue casarse con una
doncella de gran fortuna;
y repintar sus blasones,
hablar de las tradiciones
de su casa,
a escándalos y amoríos
poner tasa,
sordina a sus desvaríos…[96]

Poesías completas se lee como el diario íntimo del poeta durante dos décadas. Es interesante que, a sus cuarenta y dos años, decidiera pensar en tal proyecto, con foto incluida. No todos los poetas, por prolíficos que sean, lo hacen. Fuera el que fuera el motivo profundo de tal decisión, a partir de la publicación del poemario, el alma de Antonio Machado apenas tendrá secretos para el lector sensible, así como su obsesión con el tiempo que todo lo destruye, que todo se lo lleva por delante, que todo lo cambia:

Al corazón del hombre con red sutil envuelve
el tiempo, como niebla de río una arboleda.
¡No mires: todo pasa; olvida: nada vuelve!
Y el corazón del hombre se angustia… ¡Nada queda!
El tiempo rompe el hierro y gasta los marfiles.
Con limas y barrenas, buriles y tenazas,
el tiempo lanza obreros a trabajar febriles,

enanos con punzones y cíclopes con mazas.
El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;
socava el alto muro, la piedra agujerea;
apaga la mejilla y abrasa la hoja verde;
sobre las frentes cava los surcos de la idea…[97]

* * *

A finales de 1917, de vacaciones en el nuevo piso familiar de General Arrando 4, a tiro de piedra de la plaza de Chamberí, Antonio asiste a una conferencia de Unamuno. Poco después le envía una larga misiva. Acaba de leer *Abel Sánchez.* Le ha impresionado por su insistencia sobre la envidia española. Ve en la novela una invitación a «expulsar de nuestras almas al hombre precristiano, al gorila genésico que todos llevamos dentro». El problema es que el cainismo español persiste, traducido en «ese sentimiento tan fuerte y tan vil que es el patriotismo».[98]

Van transcurriendo los meses y todavía no logra escaparse de su «rincón moruno». Es desesperante, necesita vida, teatro, tertulias, hablar con sus hermanos, con su madre… No bastan las vacaciones, quiere una comunión diaria con ellos.

Para mayo de 1918 Antonio y Manuel han empezado a colaborar en una obra dramática en verso sobre Julián Valcárcel, el hijo bastardo y rebelde del conde-duque de Olivares. Es una dirección nueva en la vida de ambos. A Antonio le ilusiona el proyecto —«veo una posibilidad de oro y nombradía»—. También a Ana Ruiz, la madre, que ya está pensando «en el hotel campestre que hemos de adquirir a cuenta de futuros éxitos». Los Machado nunca han tenido dinero. ¡Ahora quizás ganarán algo! Pero no será con esta obra, cuya gestación se va a demorar siete años.[99]

En junio, otra vez en Madrid, Antonio se examina de Psicología Superior, Lengua y Literatura Griegas e Historia de la Filosofía. Luego, en septiembre, de Antropología y Psicología Experimental. Todo son notables y sobresalientes. A los cuarenta y tres años ha

acabado la licenciatura y le será más fácil escapar por fin de Baeza.[100]

Parece mentira, hasta patético, que a su edad, con sus *Poesías completas* en la calle y una nombradía creciente, tenga que vivir así, mal remunerado, en provincias, cuando lo que más quiere, merece y necesita es estar en Madrid.

Durante 1919 se multiplicarán los intentos infructuosos de conseguir otra plaza mejor: Zaragoza (Lengua Francesa), Orense, Mahón y Cádiz (Lengua y Literatura Castellanas), León, Lérida, Orense, Palencia, Salamanca y Lugo (Psicología, Lógica y Ética).[101]

Mientras tanto ha decidido ir a más y doctorarse en Filosofía. Así se lo explica en una carta a Ortega y Gasset, a quien pide unas orientaciones para su examen de Metafísica con él aquel verano, y le explica que, si bien no ha leído todavía a Aristóteles, cree tener «una concepción relativamente clara de Kant en sus líneas generales». Recibe un sobresaliente, así como, de manos de Manuel Bartolomé Cossío —su antiguo maestro en la Institución Libre de Enseñanza—, un notable en Pedagogía.[102]

En septiembre hay otros sobresalientes en Derecho y Estética y… ¡ya es doctor! O sea, dueño, tras un lustro de esfuerzos, tesón y decepciones, de todas las credenciales necesarias para opositar con éxito a una cátedra de postín. Es decir, en Madrid.

No consta, sin embargo, que se molestara en solicitar su título, quizás porque ya había conseguido cátedra no en la capital, sino en Segovia.

Estamos en diciembre de 1919.[103]

* * *

Segovia le ofrece mucho más que Baeza, qué duda cabe: una Universidad Popular —en la cual dará clases gratuitas de francés para obreros—, tertulias con personas afines, teatro, conferencias… y la relativa proximidad a Madrid, en vez de estar en el… quinto

pino. Durante trece años irá y vendrá en tren, un tren lento y en el cual va tan a gusto,

Yo, para todo viaje
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—,
voy ligero de equipaje…[104]

entre ambas ciudades, sin abandonar nunca el deseo de lograr cuanto antes el puesto que tanto anhela en la Villa y Corte.

Uno de sus amigos más estrechos en Segovia es Mariano Quintanilla, catedrático de Filosofía en el instituto, para quien «las dos modalidades» que formaban la personalidad del poeta eran «un escepticismo agudo y una bondad extraordinaria». Quizás nadie le definiría tan acertadamente con tan pocas palabras.[105]

En Madrid, a principios de la década de los años veinte, es el momento del ultraísmo, joven movimiento en plena rebeldía contra los últimos coletazos del modernismo y del sentimentalismo. Machado hojea a uno de sus gurús, el poeta chileno Vicente Huidobro, que acaba de pasar por la ciudad, y no le gusta nada su búsqueda obsesiva de la imagen ingeniosa, con juegos tipográficos incluidos.[106]

Por lo que toca al ambiente político, lo encuentra tan irrespirable como siempre. En marzo de 1921 se produce el asesinato del presidente del Consejo, Eduardo Dato. ¡Otra vez los energúmenos anarquistas! La noticia del magnicidio —que recuerda el de Prim en 1870, que torció otra vez la dirección de la historia española— consterna al país. Luego, en julio, es el holocausto de Annual, con miles de soldados españoles sacrificados inútilmente debido a la ineptitud, improvisación y corrupción de los mandos militares en África.

El poeta sigue tomando buena nota de las actuaciones públicas de su admirado Unamuno y lee, como viene haciendo desde hace años, sus nuevos libros. El 24 de septiembre de 1921 le escribe una

larga carta. Pese a la tragedia de Annual, se queja, los políticos siguen siendo inútiles. Juzga ya «inexcusable» una revolución. Estima que es imprescindible resucitar el republicanismo. Alfonso XIII es una «repugnante lombriz de caño sucio».[107]

En *Los complementarios* deja constancia, a principios de 1922, de su desánimo: la guerra de Marruecos «ha entristecido a muchos hogares», el «vampirismo financiero» devora el país, el Congreso está cerrado y «el pueblo más desdichado de Europa aguarda atónito y resignado a que *le consumen* la ruina definitiva».[108]

En otro apunte vuelve a quejarse. «Ya en el concepto del mundo burgués hemos sustituido a Turquía», denuncia. Lo peor de todo es que a las izquierdas les parece dar igual: «Creen, o aparentan creer, que nuestra regeneración puede operarse por presión externa. Seremos remolcados hacia el porvenir. ¿Y por qué no hundidos como boya inútil?».[109]

Aquel febrero, Unamuno habla en Segovia. Para Machado, que lo presenta ante el público, es «la más alta representación de la intelectualidad española, de la conciencia de España en estos angustiosos momentos».[110]

Al mes siguiente, el propio poeta luce como conferenciante, discurriendo allí sobre literatura rusa. ¿Qué es «lo específicamente ruso»? Repite lo enunciado ya en distintas ocasiones: el «sentido de lo íntegramente humano», el amor al prójimo, que es «la gran revelación de Cristo». «Se diría que el ruso ha elegido un libro —el Evangelio—, lo ha puesto sobre su corazón y con él, y solo con él, pretende atravesar la historia».[111]

Entre los asuntos comentados por Machado y sus contertulios segovianos figura la Liga de los Derechos del Hombre, fundada en Francia veinticinco años atrás y cuya sección española preside Unamuno. Firman el manifiesto el 4 de marzo de 1922 y se establece en la ciudad una delegación de la asociación, con el poeta como presidente.[112]

El 13 de septiembre de 1923, con el golpe del general Miguel Primo de Rivera, es, para Machado, el colmo. «España cae en

cuatro pies —apunta el 2 de octubre—. ¿Se levantará? Probablemente encontrará cómoda la postura y permanecerá en ella largo tiempo».[113]

No se equivocaba. Tanto en *Los complementarios* como en su correspondencia con Unamuno, desterrado a Fuerteventura por el nuevo régimen en febrero de 1924, expresa su desdén por la clase política que ha hecho posible el éxito de la asonada.

En cuanto a Alfonso XIII, alude ahora con desprecio a lo que define como «su natural cobardía».[114]

Y es que Antonio Machado, cuando quiere, no tiene pelos en la lengua.

* * *

A fines de mayo de 1924 publica otro libro, *Nuevas canciones.* Pero no son tan *nuevas* y añaden poco a las *Poesías completas* de 1917. La temática gira insistentemente en torno a la pérdida de Leonor y a la soledad tenaz del poeta. El libro deja traslucir el profundo anhelo de otro amor. E incluye, entre sus «proverbios y cantares», alguna recomendación memorable:

Para dialogar,
preguntad, primero;
después… escuchad.[115]

O:

Enseña el Cristo: a tu prójimo
amarás como a ti mismo,
mas nunca olvides que es otro.[116]

En un soneto, Machado glosa versos de su primera época en los que aparecía su musa, ahora vuelta a apostrofar:

¡Oh soledad, mi sola compañía,

oh musa del portento, que el vocablo
diste a mi voz que nunca te pedía!,
responde a mi pregunta: ¿con quién hablo?…[117]

No deja de seguir de cerca la *res publica.* Está convencido de que los generales Berenguer y Navarro no serán castigados con la pena máxima por el desastre de Annual, sino que, para complacer a Alfonso XIII, serán tratados «con sobrada benevolencia». Y así sucede.[118]

En su opinión, solo el exiliado Miguel de Unamuno salva a España del desprecio de Europa.[119]

¡Que desolación!

* * *

Poco después de iniciado *Los complementarios*, en 1912, Machado había atribuido allí a un poeta de su invención, Abel Infanzón, una maliciosa copla:

¡Oh maravilla!
Sevilla sin sevillanos,
¡la gran Sevilla!…[120]

Infanzón reaparece ahora y la glosa. Es, una vez más, el *locus amoenus* infantil machadiano:

Dadme mi Sevilla vieja
donde se dormía el tiempo,
en palacios con jardines,
bajo un azul de convento.

Salud, oh sonrisa clara
del sol en el limonero
de mi rincón de Sevilla,
¡oh alegre como un pandero,

luna redonda y beata,
sobre el tapial de mi huerto!

Sevilla y su verde orilla,
sin toreros ni gitanos,
Sevilla sin sevillanos,
¡oh maravilla![121]

Resulta, así, que Infanzón, el primer personaje «apócrifo» de Machado —ya habrá más— no solo es sevillano, sino sevillano cuya infancia es espejo de la suya.

* * *

Manuel y Antonio han sido siempre aficionados al teatro y han estrenado arreglos de algunas obras de otros autores, entre ellas *Hernani*, de Victor Hugo. En enero de 1925, la gran actriz María Guerrero les pide una comedia original. Deciden retomar *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel*, empezada siete años atrás, y trabajan con entusiasmo en el proyecto durante los siguientes meses.

No sabemos las razones por las cuales eligieron en su momento la historia del hijo bastardo del conde-duque de Olivares, aunque es probable que el hecho de llamarse Leonor de Unzueta su gran amor fuera una de ellas. Hay paralelismos indudables en la obra con la Leonor soriana, y Valcárcel hace suya una recomendación de un soneto de Machado:

Huye del triste amor, amor pacato,
sin peligro, sin venda ni aventura,
que espera del amor prenda segura,
porque en amor locura es lo sensato…[122]

Leonor, amada por Julianillo con «locura» desde su primera juventud, ha desaparecido sin huella en la Nueva España, dejándole

en un estado de melancolía mortal que, según uno de los personajes, «hoy dicen hipocondría». Es la palabra con la cual Machado ha descrito, en *Soledades*, su condición de amante abandonado y deprimido.[123]

En la obra, pues, se insinúa el *pathos* de la vida sentimental del poeta, de su «largo camino sin amores», ahora más triste que nunca.[124]

Al margen de su anacronismo, al estar escrita en verso, se trata de una comedia bien construida que cobra vitalidad sobre todo cuando aparece en ella el motivo popular, caro a ambos hermanos, a través de coplas y música:

¡Si mi corazón abrieras
lo mismo que una granada,
en cada grano te vieras,
Leonor mía, retratada!

Desdichas de la fortuna se estrena en febrero de 1926. Hay mucha expectación: es la primera obra dramática original de los Machado y María Guerrero es una actriz famosísima. Pese a las deficiencias y poca modernidad de la obra, la noche es un éxito de público y de crítica. Éxito que sirve como estímulo para que los hermanos sigan colaborando.[125]

Unos días después, la Asociación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza organiza un homenaje para festejar el éxito de sus dos exalumnos. Se celebra en el jardín. El recuerdo de Francisco Giner de los Ríos impregna el ambiente. En su breve discurso, Manuel Bartolomé Cossío afirma que ha encontrado en la obra un mensaje digno del maestro: «Sé siempre sincero, lucha contra la farsa, afírmate en tu naturaleza; vive tu propia vida».[126]

Va cuajando, mientras tanto, el texto que, al publicarse durante el verano de 1926 en la *Revista de Occidente*, titulado *Cancionero apócrifo. Abel Martín*, va a sorprender a quienes desconocen que Machado, además de poeta y dramaturgo, es doctor en Filosofía.

Solo se nos brindan en él unos escasos datos sobre Martín, su nacimiento y muerte: nada acerca de su educación o profesión, la causa de su temprana desaparición a los casi cincuenta años, de su físico, de sus amigos, ni siquiera los nombres de sus padres… Nos enteramos, eso sí, de que fue un hombre «en extremo erótico» que profesaba «un apasionado culto a la mujer». Pero respecto a amores, reales o imaginados, solo podemos inferir, por una copla suya:

… Aunque a veces sabe Onán
mucho que ignora Don Juan

que quizás fuera un adicto al autoerotismo, más dado a fantasías sexuales que a la realización de empresas amorosas con personas de carne y hueso.

El apócrifo Martín, como Machado, tiene mucho que decir acerca del uso de los ojos. Existen, recalca, para escrutar lo que hay a nuestro alrededor, no para contemplar allí, de alguna manera, el reflejo propio. Resulta que el primer poema compuesto por el apócrifo fue una copla que ya contenía lo esencial de su pensamiento:

Mis ojos en el espejo
son ojos ciegos que miran
los ojos con que los veo.

Machado, no ya Martín, lo formula de manera más sucinta en otra copla:

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.[127]

Y también aconseja:

Mas busca en tu espejo al otro,
al otro que va contigo.[128]

El Narciso para quien los ojos de la amada solo son un espejo en el que verse a sí mismo no podrá nunca conocer el amor como lo entiende Martín, porque el amor es reconocer la absoluta «otredad» de la persona amada.

El *Cancionero apócrifo* fue el producto de un esfuerzo intelectual e imaginativo considerable y cabe pensar que, cuando se publicó, Machado experimentó una honda satisfacción. Además, ya iba surgiendo un nuevo apócrifo, nacido del costado de Martín: Juan de Mairena.

¿Por qué la invención de estos personajes? Parece ser que, después de publicar *Nuevas canciones*, llegó a la conclusión de que no podía seguir por más tiempo en su arraigado ensimismamiento, y que la creación de *alter egos* a través de los cuales expresar y proyectar sus preocupaciones íntimas y elucubraciones filosóficas le ayudaría a superar su retraimiento social y a aventurarse por caminos, ya atisbados, que podían dar más de sí. Por otro lado, su colaboración teatral con Manuel hacía inevitable el trato no solo con actores, actrices y productores, sino con periodistas y, acaso lo más importante, con el gran público. Otro acicate para conectar con el mundo exterior.

* * *

Va creciendo la oposición a la dictadura de Primo de Rivera y se acaba de publicar en Madrid el manifiesto fundacional de Alianza Republicana. Machado es uno de los firmantes, junto con notabilidades como Vicente Blasco Ibáñez, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y Unamuno.[129]

Antonio y Manuel, entretanto, tienen otro proyecto dramático. Como oriundos que son de Sevilla, no podían sentirse indiferentes ante el mito de Don Juan. No es sorprendente, por tanto, que se les hubiera ocurrido poner en órbita a un Tenorio actualísimo. Así nace

Juan de Mañara, en el que empiezan a trabajar durante el verano y el otoño de 1926.

La intención satírica de la obra es patente. Sus personajes, orgullosísimos de su abolengo, de sus monjas, de sus aventureros, representan la autosatisfacción estéril de la clase dominante española. Se nota especialmente cuando hablan del abuelo Enrique, en sus tiempos «tronero mayor de Sevilla entera», quien, tras purgar sus errores en Roma, ha vuelto a sus fincas hecho todo un beato.

La obra se estrena en marzo de 1927 y tiene un éxito clamoroso, pese al anacronismo de estar, como *Julianillo,* en verso.[130]

Va calando que los hermanos son coautores teatrales de peso. El periodista Ángel Lázaro quiere saber si a partir de ahora habrá una obra conjunta cada año. «Don Antonio hace un gesto vago y sonríe. Sonrisa siempre un poco triste, nostálgica, venida de los jardines solitarios del alma». Lázaro conoce a su hombre. «Todos los sábados don Antonio se escapa de Segovia y viene a Madrid —sigue—. Don Manuel le espera en un café de la Gran Vía, y allí charlan durante mucho tiempo. Luego, cuando el crepúsculo reparte sus últimos oros sobre los tejados y los miradores de la ciudad, los dos hermanos se echan a la calle. Manuel va airoso, elegante, cortesano… Antonio va como a empujones, arrastrando no sé qué fardo misterioso, con patética obstinación, hacia lo imposible… ¡Sonámbulo divino!».

Lázaro confirma, citando el famoso «Retrato», el «torpe aliño indumentario» del poeta, y resalta su físico «alto, alto, ancho, encorvado», su incapacidad práctica, su falta de vocación como profesor y la profunda tristeza que le impregna desde la muerte de su mujer.[131]

El poeta acaba de ser elegido miembro de la Real Academia Española. Le quita importancia al asunto, como es típico en él, y nunca llegará a formalizar su ingreso en la Docta Casa.[132]

Unamuno le felicita desde su exilio francés. «Es un honor al cual no aspiré nunca —contesta—, casi me atreveré a decir que aspiré a no tenerlo nunca. Pero Dios da pañuelo a quien no tiene narices».

Aprovecha para decirle cuánto se le echa de menos en la España miserable y chabacana de Primo de Rivera, y que ha asistido al estreno de su drama *Todo un hombre.* Ha leído, además, *Agonía del cristianismo,* que está teniendo cierta resonancia en Europa. Así, pues, «Unamuno salva a España del olvido, mientras España…». Iba a añadir una barbaridad. Pero rectifica: «No, España tampoco lo olvida».[133]

* * *

Son ya los días del tercer centenario de la muerte de Luis de Góngora y de su enérgica reivindicación a manos de los jóvenes poetas etiquetados luego como «Generación del 27». A Machado se le pide su opinión acerca del cordobés. Prefiere no pronunciarse: y es que su prevención contra la imagen barroca, de la cual Góngora es el máximo exponente, le incapacita para acometer, en estos momentos por lo menos, una revalorización personal del mismo.[134]

En los círculos intelectuales y artísticos de Madrid se está hablando con insistencia no solo de Góngora, sino de Sigmund Freud y la publicación en español de sus *Obras completas,* que lleva en marcha cinco años. En la Residencia de Estudiantes —hijuela de la Institución Libre de Enseñanza— se comentan entre acaloradas discusiones los tomos a la par que van saliendo —ahí están los testimonios de Dalí, Buñuel y otros— y aparecen reseñas en las revistas más importantes. La influencia de los postulados freudianos se empieza a notar en la literatura y el arte.[135]

Machado, tan atento a sus sueños, no podía estar con los brazos cruzados ante el fenómeno del psicoanálisis. Ya se notó en algunos de sus primeros poemas. ¿Cómo sorprenderse, pues, de que entre los hermanos surja la idea de intentar un drama de orientación freudiana?

Decidieron situar la trama, como la de *Juan de Mañara,* en su Andalucía natal. Intuyeron que la obra necesitaba un título con

resonancias simbólicas. Y así nació *Las adelfas.*

En la poesía popular andaluza, la adelfa es emblema de infelicidad amorosa, pues se trata de un arbusto de flores bellísimas pero tan venenosas que alejan a insectos y animales:

Eres como la adelfa,
mala gitana;
que echas hermosas flores
y luego amargan.

Con la flor de la adelfa
te he comparado,
que es hermosa y no come
de ella el ganado.[136]

Araceli, la protagonista de la obra, sufre pesadillas recurrentes relacionadas con la misteriosa muerte de su marido. ¿Qué pasó? ¿Se suicidó? ¿Fue un accidente? ¿Fue ella responsable al no haber sido capaz de amarlo de verdad? ¿Cómo lo ve el psicoanalista Carlos Montes, que creció al lado de Araceli y estuvo enamorado de ella? Entiende, como buen freudiano, que para liberarse de un trauma infantil la única terapia eficaz es lograr sacar a la superficie las experiencias reprimidas que «cada cual al fondo / sin fondo del alma lleva».

Estamos, pues, en las galerías del sueño machadianas de *Soledades*, las galerías por las que yerra el fantasma de la compañera perdida para siempre.

No por nada, liberada Araceli de su trauma, la obra termina la noche de San Juan, entre coplas y hogueras, cuando la adelfa, según una creencia muy extendida en Andalucía, pierde por única vez al año su veneno.

* * *

Por estas fechas Machado va acabando un poema muy original y confesional, «Recuerdos de sueño, fiebre y duermevela», en el que repasa su vida desde los tempranos años en el palacio de las Dueñas hasta el difícil presente en que el anhelo, nunca ausente, de un nuevo amor pugna con el afán de seguir leal a la memoria de Leonor.

En la primera sección del poema, el soñador se aproxima a la ventana de la amada, rosa en mano y garganta seca de emoción, pero tres inquilinas de una cercana casa de lenocinio lo interrumpen.

El punto de partida de la siguiente sección es un verso de veinte años atrás donde asomaba, «en la desnuda tierra del camino», la sombra de la amada.[137] El «yo» glosa:

Era la tierra desnuda,
y un frío viento, de cara,
con nieve menuda.
Me eché a caminar
por un encinar de sombra:
la sombra de un encinar…

Ante la repentina aparición de la amada, es la desesperación:

La vi un momento asomar
en las torres del olvido.
Quise y no pude gritar.

Se suceden otras alusiones a la infancia, al amor perdido, reencontrado y, de nuevo, esquivo:

¿No me respondes, bien mío?
¡Nada, nada!
Cuajadita con el frío
se quedó en la madrugada.

Al final del poema, el muerto y su guía —con ecos de Virgilio y Dante— siguen transitando por las calles donde penan los condenados por excesos amorosos.[138]

Durante la primera mitad de abril de 1928 se pone a la venta la segunda edición de las *Poesías completas*. En su reseña, el escritor Juan Chabás se limita a comentar los textos atribuidos a Abel Martín y Juan de Mairena. No lo duda: los dos personajes apócrifos, «explicándose a sí mismos y el uno al otro, entreabren con claridad certera el secreto de la poesía de su creador». No se equivocaba.[139]

La salida de la nueva edición de las *Poesías completas* coincide con el triunfal estreno en Barcelona de *Las adelfas,* con la gran actriz argentina Lola Membrives en el papel de Araceli. Triunfal, sí… pero con reservas justificadas por parte de algunos críticos, para quienes resulta del todo anacrónico escribir en verso, ¡en pleno 1928!, una obra sobre ni más ni menos que el psicoanálisis.[140]

Membrives, encantada con el éxito de *Las adelfas*, pide a los hermanos una comedia andaluza «sin andalucismos ni usos dialectales». Se ponen manos a la obra enseguida. El punto de partida es una famosa copla popular recogida por su padre en su colección de cantes flamencos:

La Lola,
La Lola se ba a los Puertos
La Isla se quea sola.

«La Lola era una cantadora célebre de la Isla», explicaba Álvarez Machado en una nota a pie de página. O sea, de la Isla de San Fernando en Cádiz.[141]

Manuel había glosado once años atrás una variante de la copla en un poema, «Cante hondo», que empezaba:

«La Lola,
la Lola se va a los Puertos,
la Isla se queda sola».

Y esta Lola, ¿quién será,
que así se ausenta, dejando
la Isla de San Fernando
tan sola, cuando se va?[142]

Los hermanos deciden pronto que el Guadalquivir será el eje de la obra, desde su nacimiento hasta su desembocadura. Así de claro lo dirá la propia Lola al comparar el manantial del cual brota el flamenco con el del río, visitado por Antonio en 1915:

¿Usted no ha visto
en la Sierra de Cazorla
nacer el Guadalquivir
entre piedras, gota a gota?
Pues así nace el cantar,
como el río, y baja a Córdoba
y a Sevilla, hasta perderse.

Antonio y Manuel ya tienen un núcleo temático que les implica íntimamente a ambos: el cante jondo —con el inevitable recuerdo del padre—; Andalucía la Baja, que es su patria; las reminiscencias de los viajes a Ultramar de sus antepasados; y la posibilidad de satirizar, como ya hicieron en *Juan de Mañara*, el caciquismo.

Les costará un gran esfuerzo, sin embargo, llevar a término el proyecto.

Proyecto sobre el cual va a incidir ahora el trastornador acontecimiento que el destino tiene preparado para Antonio en estos momentos y que le marcará hasta el fin de sus días.

* * *

Ocurre a principios de junio de 1928, cuando llega a Segovia, con una tarjeta de presentación para Machado, la escritora madrileña Pilar de Valderrama, que admira su poesía y le quiere conocer en persona. Tiene treinta y nueve años, raíces cordobesas —en

Montilla—, abundante pelo negro y grandes ojos oscuros. Nada más verla, Antonio decide que es la mujer a quien lleva años esperando (ilustración 5).

Madre de dos hijos, rica, de derechas e intensamente católica, Valderrama se encontraba entonces en una situación límite. Unos meses antes, su marido le había confesado que acababa de suicidarse una joven con la cual mantenía relaciones. Ella conocía de sobra su carácter mujeriego, pero esto era diferente, atroz. Y decidió ausentarse de Madrid unos días y aprovechar para saludar a Machado.

Una noche, después de cenar, le invita a dar un paseo hasta el Alcázar. El poeta nunca olvidará la belleza del paisaje bajo la luna, visto, con ella a su lado, desde la explanada.

Cuando se produce el encuentro, Pilar ya ha decidido renunciar al amor físico y solo buscar en el hombre, en adelante, la amistad y la ternura. Lleva tiempo intuyendo, por su poesía, que Machado se las podría proporcionar. Al conocerle en persona comprende que es así.[143]

Desde el primer momento impone sus condiciones. Le explica que, por fidelidad a sus creencias, a sus hijos y a sí misma, «no podía ofrecerle más que una amistad sincera, un afecto limpio y espiritual, y que de no ser aceptado así por él, no nos volveríamos a ver». El poeta contestaría: «Con tal de verte, lo que sea».[144]

Durante el verano se ven a escondidas en La Moncloa, donde, en medio de los jardines, hay un palacete del siglo XVIII —reconstruido tras la Guerra Civil y hoy residencia oficial del presidente del Gobierno— y una glorieta con una fuente y bancos de piedra. El lugar será tema de algunos poemas intensos de «la diosa» (ilustración 6):

Hoy he vuelto a mi Jardín
de la Fuente del Amor,
que canta y cuenta sin fin
su dolor.

El mismo banco de piedra
donde los dos una tarde…[145]

La Estación del Norte, testigo de las idas y venidas del poeta entre Segovia y Madrid, se encuentra al pie de la ladera, integrada en el Parque del Oeste, en cuya cresta se asienta el Paseo de Rosales, donde vive Valderrama con su familia en un lujoso chalé. A menudo, nada más llegar a la capital, Machado sube y, oculto entre los arbustos, espera ansioso a que aparezca en su balcón. A veces tiene suerte, a veces no.

Aquel otoño, cuando comienza a hacer frío, empiezan a frecuentar un café de Cuatro Caminos, barrio obrero entonces, casi en el extrarradio de la ciudad. Se llama el Franco-Español.

Machado solo tiene clase los tres primeros días de la semana, y su costumbre es volver a Madrid los miércoles. Suelen verse los viernes por la noche y los sábados por la mañana o por la tarde. Los domingos regresa a Segovia.[146]

Valderrama dice en su libro de memorias, *Sí, soy Guiomar* (1981), que el poeta le escribió *unas doscientas cuarenta cartas*, nada menos, durante los siete años de su amistad, de las cuales quemó todas, menos «unas cuarenta», en vísperas de la Guerra Civil.[147]

Hoy, las que quedan están en la Biblioteca Nacional de España. De las dirigidas por ella al poeta no se conoce ni una.

Es una tragedia.

Para empeorar la situación, las misivas de Machado que han sobrevivido fueron desfiguradas brutalmente por Valderrama. Recurrió a cortes e incluso a tratamientos con decolorantes para borrar pasajes que consideraba imprudentes o arriesgados. Por suerte, algunos han vuelto a ser legibles con el paso de los años.[148]

Acerca de los primeros seis meses de la relación, al faltar las misivas correspondientes de Machado, no tenemos información concreta alguna. La primera carta que se conserva se redactó entre

el 11 y el 12 de enero de 1929. Revela su obsesión total por Pilar y que practican un juego imaginario, procedente de un «Tercer Mundo» inventado por ella, donde, a cierta hora previamente convenida, recibe su visita:

> En la noche vendrá mi diosa —¿se acordará?— a ver a su poeta. Procuraré que la habitación no esté demasiado fría; aunque mi diosa es tan buena y tiene tanto calor en el alma que no le asusta el frío, ni el viento cuando va a acompañar a su poeta […]. Mañana a las doce iré a nuestro café, con la esperanza de verte; siempre con ánimo de ser bueno, y con el propósito, que todavía no he cumplido, de arrodillarme delante de ti […]. Pasé por el Parque. No vi a mi diosa. Estaban echadas las persianas de los balcones […]. Cuida tu cuerpecito, diosa mía, que aunque tú eres sobre todo alma, él es también de Dios y, por cierto, de los que hace cuando está de buen humor y se esmera en sus obras […]. Adiós, reina y gloria mía, el corazón de tu poeta, inmenso para ti —solo para ti— te acompaña…

Y así por el estilo. La carta demuestra que, ya para principios de 1929, se siente seguro del amor —platónico— de Pilar. De que, si sigue respetando lo acordado y comportándose bien, no le va a fallar. Y que, si no acude a la cita prometida, alguna fuerza mayor debe de haber.

«¡Con qué regocijo vuelvo a Madrid!», le escribe el 16 de enero.[149] Dos días después, su alegría al verla «es algo elemental que comparo con la del niño que, después [de] haberse perdido entre un gentío extraño, encuentra a su madre». «O algo más elemental todavía —añade—: el corazón me salta en el pecho, realmente loco, y no hallo manera de sujetarlo […]. Mi alegría tiene algo del loco regocijo del perro que ve a su amo tras larga ausencia».[150]

La referencia a la madre y el niño nos remite a *Soledades,* con el «adiós» definitivo, en medio de la fiesta, del «hada más joven».

¿Por qué disfrazó Machado a Valderrama con el enigmático nombre de Guiomar cuando publicó luego los poemas inspirados en ella? ¿En qué posible antecedente pensaba? Se han sugerido numerosas candidatas: la mujer del rey Artús; la de Jorge Manrique; la protagonista del «Romance de Guiomar y del emperador Carlos»; las varias Guiomares que aparecen en las obras de Cervantes; la cantada por Amado Nervo en un soneto; la segoviana de *La gloria*

de don Ramiro, la famosa novela de Enrique Larreta; «El Balcón de doña Guiomar» en Ávila; la calle de Doña Guiomar en Sevilla…[151]

Quizás la última hipótesis sea la más convincente, aunque pudo haber un poco de todo. Se trata de Guiomar de Manuel, fallecida en 1426, célebre por su amor a la ciudad y por su alma caritativa, que ayudaba con generosas limosnas a las monjas del convento de las Dueñas. Toda vez que el palacio de los duques de Alba tomó su nombre, quizás Machado relacionaba la geografía de su infancia con aquella mujer bondadosa, de nombre tan sugerente.[152]

También podría ser que cayera en la cuenta, al barajar la posibilidad de adoptar para Pilar el seudónimo, de que las letras de «mar», reorganizadas un poco, daban «amr», o sea, Antonio Machado Ruiz, en cuyo caso «Guiomar» significaría para él no solo «guía hacia la mar» —muerte, olvido—, sino del poeta en su camino por la vida a partir de entonces.

En cuanto a la opinión de la propia Valderrama, llegó a la conclusión inverosímil de que solo era cuestión de encontrar un nombre «que tuviera las mismas sílabas que el mío y que sonara igual para poder usarlo en versos». No descartaba la posibilidad, empero, de que el poeta estuviera pensando también en la esposa de su tan admirado Jorge Manrique.[153]

Da pena que Machado sufriera tanto por una mujer que, habiéndole seducido ella a su manera, luego, durante años, se negará a corresponderle físicamente en lo más mínimo. Por algo le brotaría una copla amarga:

Tú me buscaste un día
—yo nunca a ti, Guiomar,
y yo temblé al mirarme en el tardío
curioso espejo de mi soledad…[154]

* * *

Avanza con pie firme *La Lola se va a los Puertos.* Empezada antes del encuentro de Machado y Valderrama, la relación va incidiendo

ahora sobre la de la cantaora con su guitarrista Heredia, relación exclusivamente profesional y amistosa, con la prohibición, impuesta por Lola, del amor que, desde hace años, experimenta por ella.

A Valderrama le gusta mucho la escena que le ha dado a leer Antonio. El poeta está contentísimo: «Y cuando a ti te gusta, que eres el gusto mismo y el talento y —todo hay que decirlo— la más juncal y salada de las mujeres, algo bueno tendrá».[155] El piropo se parece a los muchos dirigidos a Lola, por distintos varones, a lo largo de la obra. Para Heredia la cantaora es «la hembra juncal». Y cuando exclama

¡Lo que hace Dios cuando está
de buen humor, y se esmera
una miajita en sus obras!

es casi lo mismo que Machado le ha dicho a Pilar en la primera misiva de la serie.

El poeta oscila entre la euforia y la depresión. Cuando no recibe una carta de la diosa, es el hundimiento; cuando llega, es la gloria; si hay un *rendez-vous,* aunque solo sean unos minutos, se repone. Uno de los problemas es que Pilar le dice, a principios de 1929, que no vuelva a reaparecer en el parque frente a su casa. Sin duda teme que le vea su marido, o algún vecino, rondando por ahí y empiecen los rumores.

«¿Estuviste en esa función cinematográfica?», le pregunta Antonio el 26 de enero de 1930. «¿Y qué has hecho estos días? ¿No habrás olvidado a tu poeta? ¡Ay, Pilar, no me olvides nunca!». Se está volviendo incluso celoso e incluye una copla a propósito:

… Porque nadie te mirara
me gustaría que fueras
monjita de Santa Clara.

Ella tampoco es ajena a los celos, o así por lo menos lo aparenta, y le acusa de haber hablado con otra mujer. A lo que le

contesta:

> Yo te agradezco tu poquito de rabia, saladita mía, porque es señal que me quieres; pero no la tengas, Pilar. A ti y a nadie más que a ti, en todos los sentidos —¡todos!— del amor, puedo yo querer. El secreto es, sencillamente, que yo no he tenido más amor que este. Ya hace tiempo que lo he visto claro. Mis otros amores solo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo la mujer real, la diosa. Cuando esta llegó, todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo han consagrado…

Es casi, casi negar la intensidad del amor que ha sentido por Leonor, expresada con tanta ternura y nostalgia en los poemas elegíacos escritos en Baeza.[156]

Faltan las cartas del poeta escritas entre febrero y mediados de agosto de 1929. El 15 de agosto contesta en el acto la de Pilar que le acaba de llegar. Ha estado «muy inquieto», pues sospecha haber caído «un poquito en desgracia» a raíz del encuentro de unos días antes. ¿Qué había pasado? Quizás se trataba del episodio evocado décadas después por la propia Valderrama. Una tarde, al llegar al Franco-Español, el poeta lo había encontrado atestado, y Jaime, el camarero, consciente del disgusto que iba a producir en sus dos asiduos clientes, había preparado una habitación alternativa. «Me hizo subir por la escalera —cuenta Valderrama— y en una salita del primer piso me esperaba Antonio. No hice más que abrir la puerta y ver una mesa, un diván y al poeta que me recibía gozoso. Ni siquiera me senté, despidiéndome hasta otro día a pesar de su insistencia porque me quedara unos momentos, pero no lo hice y me marché».[157]

¡Pobre Machado! A consecuencia de su «desliz», o de otro parecido, tiene sueños de gran intensidad. En uno de ellos, Pilar le encierra en un cuarto oscuro «y te marchabas, dejando cerrada la puerta, diciéndome, desde lejos: ahí te quedas, poeta mío, que ya no te quiero».

Luego viene el «sueño bueno», de verdad asombroso:

> Era en una de estas viejas ciudades de mi destierro, que el sueño no precisa —Segovia, Soria…—, vaga ciudad de Castilla y era, primero, una mañana, poco después

> del alba. Tú ibas camino de la iglesia con manto y mantilla negras [sic], y en la mano un libro de misa. Yo te seguía diciéndote versos que no puedo recordar y que tú escuchabas volviendo la cara, de cuando en cuando… Después era a la orilla de un río y entre álamos paseábamos juntos y, al fin, era en una iglesia, esta la recuerdo muy bien, la de Santa María la Mayor de Soria, donde yo me casé. Allí estuvimos arrodillados juntos, después de la ceremonia. Había un enorme gentío y sonaba el órgano. El sueño se complicaba con recuerdos auténticos de mi boda, pero con esta diferencia: mi estado de espíritu era en esta ocasión de una alegría rebosante, todo lo contrario de lo que fue en mis nupcias auténticas. La ceremonia fue entonces para mí un verdadero martirio. Y ahora salía yo contigo del brazo, lleno de alegría y de orgullo. Se diría que, en el sueño, tomaba yo el desquite de nuestro secreto amor, pregonándolo a los cuatro vientos. Tales son los absurdos compensatorios del sueño merced a los cuales vivimos en otro mundo lo que más vedado nos está en este. El resto del sueño no te lo quiero contar. Era demasiado feliz, aun para sueño.[158]

¿Sueño inventado para impresionar a Guiomar? Fuera así o no, revelaba al Machado más hondo, más auténtico y más discípulo de Freud.

Con su carta incluye la última escena de *Lola*, sin haber insertado todavía dos versos enviados por Pilar para su incorporación. Tienen mucho que ver con su relación: «El corazón de la Lola / solo en la copla se entrega». La obra está ya en manos de Membrives, que no tardará en montarla. «Voy a ser bueno, Pilar —le promete para terminar—. Perdóname. ¿Verdad que volverás a atarme en nuestro rincón? Y nunca me olvides, saladita mía, gloria y reina. Tu poeta te adora y no vive más que para ti…»[159]

¿Se había levantado para intentar besarla? Unas noches después se vuelven a ver y le escribe cuando se va: «¡Ay! Pilar, tú no sabes bien lo que es tener tan cerca a la mujer que se ha esperado toda una vida, al sueño hecho carne, a la diosa… Ahora que estoy solo quiero llorar un poco, de amor, de gratitud. Así no se me romperá el corazón».

Está ya insertando los dos versos de Pilar. «En ellos se expresa maravillosamente la idea esencial de la obra. ¡Qué buena eres, diosa mía! Dios te pague tanta bondad para tu poeta. ¿Dices que hay algo nuestro en la comedia? En todo lo que escribo y escribiré hasta que me muera estás tú, vida mía. Todo lo que en la Lola aspira a la divinidad, todo lo que en ella rebasa del plano real, se

debe a ti, es tuyo por derecho propio». Le recuerda que cuando se conocieron solo estaba escrita buena parte del primer acto, e insiste en que el desenvolvimiento de la personalidad de Lola está en impagable deuda para con ella:

> La idea de que Dios, trabajando un día de fiesta, corrija su creación y pretenda salvar al mundo formando a la Lola y enviándola a los mortales para ordenar el universo por el querer, se me ocurrió a mí pensando en mi diosa […]. A ti se debe, pues, toda la parte transcendente e ideal de la obra. Porque yo no hubiera pensado jamás en la divinidad de una cantadora flamenca. Solo mi Pilar es divina; pero todo personaje femenino para tu poeta ha de tener algo tuyo. ¿Comprendes ahora por qué desearía yo que esta obra tuviera un verdadero éxito?[160]

Un día después, Pilar le envía un poema suyo, «Ofrenda», que le produce una inmensa alegría. Le dice que ha dado cien besos a cada uno de sus dieciocho versos y que, cuando lo recibió, acababa de tener un sueño en el cual ella le quería con todo su corazón. Quiere creer que el sueño y la composición de «Ofrenda», que por desgracia se desconoce, coincidieron exactamente en el tiempo.[161]

En cuanto a los poemas suyos inspirados por ella, se publican, titulados «Canciones», en el número de la *Revista de Occidente* correspondiente a septiembre de 1929. Son un magnífico tributo a la amada encontrada por fin después de tan largo camino sin amores:

En un jardín te he soñado,
alto, Guiomar, sobre el río,
jardín de un tiempo cerrado
con verjas de hierro frío.
Un ave insólita canta
en el almez, dulcemente,
junto al agua viva y santa,
toda sed y toda fuente.
En ese jardín, Guiomar,
el mutuo jardín que inventan
dos corazones al par,
se funden y complementan

nuestras horas…[162]

El poeta imagina que viaja en tren con la diosa —algo que nunca pudo hacer— y, por la referencia al amado Guadarrama, parece que se trata de la línea entre Segovia y Madrid, tan transitada por el poeta a solas:

Tu poeta
piensa en ti. La lejanía
es de limón y violeta,
verde el campo todavía.
Conmigo vienes, Guiomar,
nos sorbe la serranía.
De encinar en encinar
se va fatigando el día.
El tren devora y devora
día y riel. La retama
pasa en sombra; se desdora
el oro de Guadarrama.
Porque una diosa y su amante
huyen juntos, jadeante,
los sigue la luna llena…

En 1929, cuando se publica el poema en la *Revista de Occidente*, casi nadie podía saber que Guiomar era una mujer de carne y hueso. Hoy, gracias al puñado de cartas conservadas por Valderrama, sabemos que existió realmente y que obsesionó al poeta hasta la muerte.

* * *

Tres días antes del estreno de *La Lola se va a los Puertos,* Antonio y Manuel son entrevistados otra vez por Ángel Lázaro. Les pregunta si la comedia es andaluza o *flamenca*. No se puede establecer una linde fija entre lo gitano y lo andaluz, contestan, pues lo específico

de Andalucía es su asimilación de distintas culturas. O sea, Andalucía es mestiza o no es nada. Resaltan que ellos son andaluces, no *andalucistas,* y que, además, no todos los andaluces son iguales. ¡Cuidado con las generalizaciones![163]

El periodista quiere saber si Lola y su guitarrista son gitanos. La misma respuesta: lo más grande de Andalucía no es lo gitano, sino *la mezcla de culturas* que define a las milenarias tierras del sur y que incluye, eso sí, y a mayor honra, lo calé. Y remachan: «Andalucía, que ha sabido ser tantas cosas, asimilar tantos elementos exóticos, y donde tantos injertos raciales han prendido y dado su flor y su fruto, no ha de avergonzarse de haber sido alguna vez un poco gitana».[164]

La Lola se va a los Puertos se estrena el 8 de noviembre de 1929 en el teatro Fontalba de la Gran Vía, hoy desaparecido. Es un triunfo enorme: el público que abarrota el coliseo se entrega sin reservas, los aplausos subrayan muchas frases, los coautores son llamados numerosas veces al final de cada acto. Lola, encarnada con desenfado por la Membrives, es la reina de la noche madrileña.

¿Estuvo Pilar entre el público? Resulta difícil imaginar que no se las ingeniara para asistir al estreno de una obra a la cual no solo había aportado unos versos, sino cuya protagonista le debía rasgos esenciales de su personalidad. El orgullo es el orgullo. Pero no hay constancia de su asistencia.

A los pocos días se celebra el exitazo con una fiesta flamenca por todo lo alto en el Hotel Ritz. Acude «lo mejor de la intelectualidad, del gran mundo y del periodismo», empezando por el dictador, al fin y al cabo andaluz de Jerez de la Frontera, y su hijo José Antonio, el futuro fundador de Falange Española, que ofrece el agasajo en nombre de la comisión organizadora.

Durante la velada, Antonio lee unas cuartillas «de sabrosa sátira contra ciertos gustos teatrales y del credo dramático que sustenta con su hermano».[165]

Un amigo suyo de Segovia le ve «enteramente feliz». Pero cabe imaginar que la procesión, al no estar a su lado la diosa, va por

dentro.[166]

* * *

La irritación social ya cunde en todo el país tras los siete años en el poder de Primo de Rivera. A finales de diciembre de 1929, sin que apenas trascienda, hay un abortado complot contra la dictadura, dirigido, entre otros, por el general Gonzalo Queipo de Llano.[167]

Consciente de la impopularidad creciente del régimen, así como de la suya propia, Alfonso XIII cesa a Primo de Rivera con la esperanza de cortar el impulso conspirador. El 30 de enero de 1930 le sustituye el general Dámaso Berenguer, tan desdeñado por Machado, que anuncia su propósito de formar un Ejecutivo «apolítico» y de convocar elecciones.[168]

El 9 de febrero se permite el regreso de Unamuno, dispuesto a dar otra vez leña tras un exilio casi tan largo como la dictadura.

El 11 se celebra en Segovia un banquete para conmemorar la inauguración de la República de 1873. Asiste Machado. Los comensales dirigen un telegrama «de salutación y aplauso» al autor de *Niebla* y *Abel Sánchez.*[169]

«Es don Miguel de Unamuno la figura más alta de la actual política española —escribe el poeta poco después en la prensa—. Él ha iniciado la fecunda guerra civil de los espíritus, de la cual ha de surgir —acaso— una España nueva».[170]

Mientras tanto, en París, ha muerto Primo de Rivera. Pase lo que pase ahora, es el fin de una época.

A partir del 24 de abril volvemos a tener acceso a las cartas del poeta a Valderrama, que acaba de publicar un nuevo librito de versos, *Esencias*, con alusiones veladas a su relación. Machado le insta a que se lo mande «a las personas que han de ocuparse de él». Está haciendo lo posible por promocionar la carrera literaria de su diosa.[171]

Unamuno no tarda en volver a Madrid. El 3 de mayo se organiza un banquete en su honor. Machado preside, entre otros, la mesa. El

díscolo pensador se expresa muy poco satisfecho con la situación política. «Los republicanos tienen miedo a la República —se queja —. Los socialistas, al Socialismo, y este miedo no es más que el deseo de no cargar con las más mínimas responsabilidades». Por lo que le toca a él, está «dispuesto a todo» y se niega a morir hasta que no haya desaparecido «la mayor parte de esa podredumbre». El espoleador de conciencias más impertérrito del país ha regresado. [172]

Seis días después, Machado coincide con Valderrama en un teatro. «No pude menos de salir a verte un momento —le escribe—. Tú debiste sentir que yo te miraba, aunque no llegaste a volver la cabeza del todo. ¿Qué sería de mí sin estos momentos que, de cuando en cuando, me concedes? Solo me aterra pensar que, acaso, yo haya contribuido a complicar y a entenebrecer tu vida». [173]

Era más bien al revés. Pilar le acaba de anunciar que estará fuera todo el verano con su familia. Al poeta le abruma la noticia. ¿Y el jardín de la fuente en La Moncloa, desde hace tiempo prohibida por la diosa? ¿Cómo estará ahora que llega la primavera? Dice que a menudo se transporta hasta allí «con el pensamiento».[174]

Una noche va al teatro con sus hermanos. Cree ver a la diosa simultáneamente en dos filas distintas, tal es su turbación. Pilar le ha dicho, al parecer, «que no tiene tantos motivos de tristeza». Y contesta:

> Verdad en parte. Pero repara en que con uno me basta para sufrir mucho más de lo que tú imaginas. Si tú pudieras vivir toda la intensidad de esta pasión mía y la conciencia que tengo yo de esta barrera que ha puesto la suerte entre nosotros, tendrías compasión de mí. Toda una vida esperándote sin conocerte, porque, aunque tú pienses otra cosa, toda mi vida ha sido esperarte, imaginarte, soñar contigo. Y cuanto tú, al fin, llegas, diosa… Sí, yo lo comprendo, cuanto nos separa no es culpa tuya, y tú eres santa, buena y piadosa para tu poeta. Con todo, has de perdonarme que yo más de una vez haya pensado en la muerte para curarme de esta sed de lo imposible.[175]

Tiene otro motivo para estar deprimido. Continúa, aislado, en Segovia —ya son diez años—, agobiado de responsabilidades administrativas. En cualquier país civilizado del mundo, debió de

pensar, podría dedicarse con exclusividad a su creación literaria sin verse forzado a seguir, mal remunerado catedrático de francés, en un instituto de provincias.[176]

Entretanto, el teatrillo que Pilar y su marido han montado en el chalé de Rosales acaba de tener un éxito de crítica del cual Antonio se expresa complacido. Uno se pregunta cómo era posible aguantar tanta exclusión de la vida de la amada.

Es el aniversario de su encuentro. «Esta noche te aguardo en nuestro Tercer Mundo —le anuncia—. ¿Vendrás? Mañana partiré para Segovia y allí recibiré tu última visita de este curso. Yo celebraré allí un aniversario, a las once de la noche, en la explanada del Alcázar, mirando a la sierra. Ya me dirás si a esa hora y en el mismo día has evocado tú la misma silenciosa escena».[177]

Ha llegado la noticia del éxito ruidoso que está cosechando en Buenos Aires *La Lola se va a los Puertos.* «Todavía tu poeta va ser rico. ¿Qué te parece?», bromea. Se apresura a añadir que la diosa tiene «en parte» la «culpa» del triunfo porque, según parece, ha sido definitivo el final del tercer acto, «allí donde están tus versos».[178]

Sigue viviendo en función casi exclusiva de las visitas de la amada al «rincón». «Sin ti hace mucho tiempo que no viviría y, así, mi vida entera no es más que un homenaje a mi diosa —confiesa el 9 de junio de 1930—. Fuera de estos momentos en que nos vemos, el resto de mi vida no vale nada; ¡nada! diosa mía. Yo te juro que nada de ella me alegra: ni éxitos, ni halagos, ni gloria literaria». Hay en marcha un plan para nombrar hijos predilectos de Sevilla a los hermanos. ¡Incluso quieren ponerle una lápida en el palacio de las Dueñas! Pero no va a ir, de tan desconsolado que está. ¡Que coloquen la lápida cuando haya muerto! ¡Que le dejen en paz! Jura desear que todos se olviden de él menos ella. Y, de hecho, solo asistirá Manuel al acto.[179]

Empeñado en terminar su crítica de *Esencias*, le ha llamado fuertemente la atención el poema en prosa titulado «Piedad». Es uno de los textos de Valderrama más reveladores de su intimidad, donde, entre otras alusiones muy personales, se lee:

Por piedad no se abandona al marido —o a la mujer— que ultraja.
Por piedad se acoge al hijo que del ultraje nació.
Por piedad se renuncia al amor y se vive al lado de quien no se ama.
Por piedad, cuando no queda amor, se da ternura.

¡Qué difícil para Machado aceptar que Pilar siga viviendo *por piedad* con un marido a quien no ama! ¿Se le ocurre que tal vez siente piedad por él también? Parece que no. Le ha requerido que rompa su carta anterior. El poeta protesta. «Todas tus cartas son para mí sagradas, ¿sabes? Las guardo, además, donde nadie pueda leerlas». Pilar ha insinuado que hace mal en continuar viéndole. «Dar cuerda a un corazón por unos cuantos días, ese es todo tu pecado —le responde—. ¿Qué te parece?».

Ha decidido desistir de un proyectado viaje a París. Quiere trabajar, piensa que no tiene derecho a perder tiempo, «porque tal vez no me queda mucho para mi obra y debo aprovecharlo». Preparará, pues, su discurso de ingreso en la Academia, la nueva comedia, «que será la última», un libro de poemas dedicados a ella y… «colorín colorado». «Si eso hiciera —concluye— me daría por satisfecho».[180]

* * *

Se van aproximando las vacaciones de Pilar con su familia. «Ya pienso con terror en los días de tu ausencia —le confía Antonio—. ¡Tan feliz como vengo yo siendo este verano con los ratitos que me concedes». Y prosigue:

> Aunque alguna vez pensé que no podía crecer este cariño que te tengo, noto que cada día que pasa te quiero más, porque cada día veo en ti un matiz nuevo, un nuevo destello de tu divinidad. Ahora, cuando te recuerdo, no solo te veo, sino que también te oigo hablar, como si te tuviera a mi lado. Cuando duermo, me ocurre a veces despertar oyendo tu voz. Lleno estoy de ti, diosa mía, pasadito me tienes de un fuego del que tú eres inocente, sin duda. En él quiero consumirme.[181]

En la carta final que se conserva de esta etapa ella ya se ha ido. El poeta se pregunta si la volverá a ver y recuerda con acuciante nostalgia «la radiante sorpresa» de su llegada para el último encuentro. Pilar le ha pedido unos «cantares» suyos inéditos. Le manda «Apuntes líricos para una geografía emotiva de España» —reminiscencias de sus caminatas por los campos de Jaén— y añade una copla alusiva a su habitual comunicación «tercermundista»:

Por los caminos del aire,
con los vilanos del monte
me llegan tus ¿sabes? ¿sabes?

con el comentario: «Y todo ello para que no me olvides. Y para animarte a escribir tus poesías. ¿Sabes?».[182]

Los «¿sabes?» aparecen con frecuencia en las cartas, forman parte de su lenguaje secreto y tienen evidentes connotaciones eróticas. ¿Son los besos y caricias que tanto deseaba el poeta? Quizás.

La distancia física que los separa no puede impedir, claro, que se vean en su espacio imaginario. «Hoy jueves, además —le escribe el 7 de agosto de 1930—, espero según tu promesa tu visita de Tercer Mundo. ¿Vendrás? Yo dedico toda la noche a esperarla, como toda esta mañana a evocar tu imagen en nuestro rincón conventual». [183]

Sigue trabajando con Manuel en una comedia nueva, *La prima Fernanda*, protagonizada por una española desinhibida que regresa en la actualidad a Madrid desde Francia y se enfrenta con una sociedad corrompida y, en muchos aspectos, anquilosada. El error de los hermanos ha sido volver a escribir en verso y, para más inri, recurrir a apartes y otros trucos teatrales ya caducos. *La prima Fernanda* no tiene la menor posibilidad de pasar de ser un *tour de force* anacrónico, por mucha modernidad que traten de inyectarle, por mucha sátira que contenga de los políticos y de las fuerzas reaccionarias.

Los republicanos, mientras tanto, están convencidos de que se va acercando su hora. El 17 de agosto de 1930 se reúne secretamente en San Sebastián un nutrido grupo de representantes antimonárquicos. Se llega a un pacto, nunca formalizado por escrito, según el cual, de triunfar sus pretensiones, se instaurará un Gobierno Provisional que, bajo la presidencia de Niceto Alcalá-Zamora, garantice la libertad religiosa y política y proceda a la elección de Cortes Constituyentes. También se prevén estatutos de autonomía para las regiones que los deseen, después de los necesarios debates parlamentarios.[184]

El acuerdo no trasciende a la opinión pública, pero podemos estar seguros de que Machado, por sus vinculaciones republicanas, está al tanto.

El 28 de septiembre se celebra en la plaza de toros de Madrid un masivo acto que da la medida del apoyo que existe en el país para acabar con la monarquía. Se calcula que acuden más de quince mil personas. Hablan, entre otros, Manuel Azaña. El entusiasmo es enorme.[185]

Entretanto, Valderrama ha vuelto a Madrid y se han reanudado los encuentros esporádicos en Cuatro Caminos. En la primera carta que se conoce de este periodo, el poeta confiesa: «Literalmente has dado cuerda a mi corazón. Llevaba muchos días de agotamiento moral y casi fisiológico. Después de verte, salí de nuestro rincón como hombre nuevo».[186]

Por las mismas fechas aparece su larga reseña de *Esencias*. Hace hincapié en el énfasis puesto por la poetisa sobre la *caritas* cristiana. Intuimos que quiere demostrar a Pilar que entiende la raíz honda de su rechazo del sexo que hubiera deseado disfrutar con ella.[187]

El 26 de octubre, después de la alegría de verla en el «rincón», le envía una pequeña reflexión: «Pero pienso, Pilar, que somos demasiado buenos. ¿Tendremos que arrepentirnos de ello algún día? Arrepentirse de la virtud; ¡extraña paradoja! Las verdades vitales son siempre paradójicas y un poco absurdas. Solo tú, con tu

gran talento, comprendes lo que te quiero decir, y aun lo perdonas en el fondo de tu corazón. Porque todo es amor, diosa mía: lo que te digo y lo que me callo». El problema, como confiesa a continuación, es que le parece cada día más hermosa. «Y quedamos en que el amor como antiafrodisíaco —acaso no hay otro mayor— es un poco cruel y requiere una cierta ceguera. ¡Cuántas veces he renegado de mis ojos!».

Se nota que ya maneja con soltura la ambigüedad, la insinuación, consciente de lo resbaladizo del terreno.[188]

Lleva tiempo quejándose de su salud. Decide a principios de noviembre hacerse un «reconocimiento detallado». «No estoy bueno, diosa mía —le cuenta—. Solo a tu lado me siento vivir intensamente, con olvido de todo. Sí, en esos momentos, soy feliz, fuerte, joven, sano… Después empiezo a decaer, y a recaer en mi abatimiento». Es, otra vez, la premonición de la muerte, la necesidad de trabajar deprisa para terminar cosas esenciales, «sobre todo el libro que te consagro, y tirar una edición completa y corregida de mis obras». Calcula que va a necesitar un par de años. «Con eso me contento. Después… Confieso que la vida me pesa mucho. Gracias a ti la llevo con resignación. Pero… esta enorme barrera entre nosotros. Y quién sabe lo que más allá nos espera. ¡Ay! Mucho me temo que todo acabe aquí».

¿Y si cae enfermo? Que Pilar no deje de ir a verle. «Será para mí un gran consuelo. Porque tú eres, no dudes, el gran amor de mi vida».[189]

Unos días después, al volver a Segovia, le espera una carta suya con versos que le hacen llorar.[190] Su comentario hace sospechar que se trata del poema «Testamento de un amor imposible»:

Si yo me muero antes, volverás una tarde
a buscarme en la fronda de aquel viejo jardín.
Te sentarás de nuevo sobre el banco de piedra
junto a la fuente aquella que te hablará de mí.

Si yo me muero antes, recogerás mis versos
y formarás con ellos un breviario de amor…[191]

La siguiente carta, escrita entre el 14 y el 20 de diciembre de 1930, fue «manipulada, amputada, recortada y después recompuesta» por Valderrama, con la supresión, incluso, de su emotiva despedida: «¡Adiós! El beso infinito» —en una carta anterior había borrado la que decía: «¡Adiós! El beso inacabable»—.[192]

Qué desesperación debió de sentir ante la situación imposible en que se encontraba con la diosa, incapaz, por lo visto, de darle ni un beso.

Estaba, por otro lado, la política. Cabe pensar que Machado aludiría, en sus cartas de estos días, a la fracasada sublevación de Jaca del 12 de diciembre. Sentenciados a muerte Fermín Galán y su compañero García Hernández, el primero, antes de caer acribillado, había gritado «¡Viva la República!». Machado no olvidaría aquel sacrificio.[193]

Por suerte, Vaderrama no borró ni mutiló el pasaje en que el poeta volvía sobre sus sueños recientes. Uno de ellos ha sido portentoso. Estaba con ella en Segovia, donde se paseaban por los claustros del vetusto monasterio de Santa María del Parral cuando, de repente, tropezaron con Unamuno vestido de fraile y cantando *La Marsellesa.* Y sigue Machado: «¿Qué te parece el sueño? Después nos cogió de la mano, nos llevó al altar mayor, nos echó una bendición y desapareció. El resto del sueño no puedo recordarlo bien, pero era sumamente grato y complicado con una música maravillosa. No creas que invento nada, diosa mía».[194]

Sueño o no, el relato confirma la inmensa importancia que Machado sigue concediendo a Unamuno, ya casi su confesor, en momentos tan críticos para España.

3
CAMINOS REPUBLICANOS

El 9 de febrero de 1931 se levanta la censura gubernamental por primera vez desde 1923 y los periódicos progresistas empiezan a desvelar las iniquidades de la dictadura.[195]

El mismo día, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala lanzan su Agrupación al Servicio de la República. Machado se adhiere enseguida.[196]

El 13 de febrero dimite el general Berenguer, a quien tanto desprecia el poeta. Le toma el relevo el almirante Juan Bautista Aznar.[197]

El 14, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala acuden a Segovia para dar el mitin inaugural de su campaña republicana. Machado preside el acto, presenta a los oradores y advierte:

> La revolución no consiste en volverse loco y levantar barricadas. Es algo menos violento, pero mucho más grave. Rota la continuidad evolutiva de nuestra historia, solo cabe saltar hacia el mañana. Para ello se requiere el concurso de mentalidades creadoras, porque, si no, la revolución es una catástrofe. Saludo a estos tres hombres como verdaderos revolucionarios, como los hombres del orden, de un orden nuevo.[198]

El 16 de febrero *Heraldo de Madrid* publica en primera página unas declaraciones de Ortega. España, no lo duda, está en vísperas de un acontecimiento trascendental. «Puede decirse —sentencia— que se ha retardado en treinta y tres años el momento de dar cauce

a las aspiraciones nacionales representadas por la Generación del 98».

El 6 de marzo se convocan elecciones municipales para el domingo 12 de abril. Elecciones, así lo espera la Agrupación al Servicio de la República, que darán fin a siete años de «envilecedora esclavitud política».[199]

El día de los comicios hace un tiempo primaveral en casi toda España y la gente afluye masivamente a los colegios electorales. La jornada se desenvuelve dentro del más estricto civismo.

Por la noche, cuando se difunde la noticia de que los republicanos han arrasado, Machado escribe a Valderrama desde Segovia. Sus palabras denotan su temor de que la nueva coyuntura pueda ser motivo de conflicto entre ellos. Pilar ya le ha expresado su inquietud al respecto. Y le contesta, cauto:

> Algo me preocupan también las noticias que aquí circulan sobre la agitación política. Procura en estos días, diosa de mi alma, no salir ni andar por el centro de Madrid. Como el triunfo antidinástico ha sido abrumador, temo disturbios graves. Veremos. Por mi parte, ahora que veo demasiado cerca un posible triunfo de la República, pienso en formar en partidos lo más alejados del poder. Es nuestra misión.[200]

¡Demasiado cercaun posible triunfo de la República! Lleva décadas deseándolo. Pero no hay que alarmar a la amada.

Al día siguiente es evidente que el triunfo significa el fin de la monarquía. Por lo que le toca a Segovia, la bandera republicana se iza, por la tarde, en el Ayuntamiento. Participan en el acto Machado y otros amigos.[201]

El martes 14 tiene lugar en la Casa del Pueblo segoviana una multitudinaria manifestación encabezada, entre otros, por el poeta y algunos compañeros de la Agrupación al Servicio de la República. Al llegar al Azoguejo, que está abarrotado, son recibidos con aplausos y vítores. Desde allí se dirigen al Ayuntamiento.[202]

Poco después aparecen en el balcón central del edificio los representantes de las distintas formaciones políticas de progreso. Hay discursos, se recuerda a Galán y García Hernández, los

mártires de Jaca. Terminado el acto, los manifestantes se dispersan «en medio del mayor entusiasmo y corrección».[203]

El 15 de abril Machado le da cuenta a Pilar de lo sucedido en la ciudad, minimizando su propia participación en los hechos:

> Recibí tu carta, diosa mía, el miércoles a mi vuelta de Segovia, después de tres días de trajín e insomnio por los sucesos políticos. Fuimos unos cuantos republicanos platónicos los encargados de mantener el orden y ejercer el gobierno interino de la ciudad. He aquí toda la intervención de tu poeta en el nuevo régimen, del cual he de permanecer tan alejado como del viejo.

De modo que, para no asustarla, Machado ya es un «republicano platónico», o sea, casi de mentirijillas, no el revolucionario de *Campos de Castilla* y de la correspondencia con Unamuno y Ortega.

La carta revela que ha estado hojeando, ¡por recomendación de Valderrama!, la revista fascista *La conquista del Estado,* que considera «un periodiquillo sin importancia, escrito por unos cuantos jóvenes que no saben lo que quieren ni lo que dicen. Por un lado simpatizan con Mussolini y el fascio italiano, por otro, con la Revolución rusa. Eso no es nada, ni tiene la menor trascendencia». [204]

Antonio sabe de sobra que, cuando con la diosa es cuestión de política, mejor andar con pies de plomo. Si fue así antes, ahora mucho más, cuando, al parecer, se va interesando por el fascismo.

La llegada del nuevo régimen, en resumen, se le antoja a Valderrama una abominación, como corrobora en sus memorias. Influye en ello el hecho de que coincide con la agonía de su madre, quien, tras una larga enfermedad, fallece, como si de un sombrío presagio se tratara, el 8 de mayo de 1931. «Nunca se borró de mi memoria la noche del 14 de abril —escribe en *Sí, soy Guiomar*— cuando yo la estaba velando, mientras el rey Alfonso XIII salía justamente a aquella hora de España, para no volver más. Era el prólogo de lo que luego había de venir y que yo vi aquella noche con claridad meridiana, casi de visionaria: el sufrimiento que a los españoles nos aguardaba».[205]

Por culpa, claro, de los republicanos, no de quienes desde el primer momento conspiraron contra el nuevo orden. Su reacción ante lo que está ocurriendo no podía ser más ajena a la del poeta. Este recordará seis años después, en plena guerra y a través de su Juan de Mairena «póstumo», lo que supuso para él la proclamación de la República:

> ¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el lino más puro de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!… Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón. Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecen fundirse en una clara leyenda anticipada o en un romance infantil:
>
> *La primavera ha venido*
> *del brazo de un capitán.*
> *Cantad, niñas, en corro:*
> *¡Viva, Fermín Galán!*
>
> Florecía la sangre de los héroes de Jaca, y el nombre abrileño del capitán muerto y enterrado bajo las nieves del invierno era evocado por una canción que yo oí cantar o soñé que cantaban los niños en aquellas horas:
>
> *La primavera ha venido*
> *y don Alfonso se va.*
> *Muchos duques le acompañan*
> *hasta cerca de la mar.*
> *Las cigüeñas de las torres*
> *quisieran verlo embarcar.*
>
> Y la canción seguía, monótona y gentil. Fue aquel un día de júbilo en Segovia. Pronto supimos que lo fue en toda España. Un día de paz que asombró al mundo entero…[206]

El Gobierno Provisional actúa con rapidez. El 15 de abril deroga por decreto el odiado Código Penal de la Dictadura.[207] El día 17, la inicua Ley de Jurisdicciones, según la cual, desde 1906, los supuestos delitos cometidos por civiles contra el ejército eran juzgados por tribunales militares.[208]

El 24 de abril, en medio de tanto bullicio, se estrena *La prima Fernanda.* Por la mañana se publica una entrevista con los autores. Insisten en el extraordinario cambio que se acaba de producir en la

vida española y alegan que su obra tiene en este sentido algo de «présaga», al poner en escena un mundo político corrompido y al borde del colapso.[209]

Manifiestan al día siguiente que la escribieron tiempo atrás, que circunstancias adversas demoraron su estreno y que, en consecuencia, su temática quedaba menos actual.[210]

Matea Monedero, la mujer de José Machado, diría recordar que, durante el estreno, su marido le había señalado a una mujer que, en uno de los palcos, «lucía un peinado muy aparatoso, por lo que me llamó extraordinariamente la atención». Era, según José, «la que está persiguiendo a Antonio». Monedero contaba que el poeta salió durante un entreacto para hablar con ella y que a José la relación de su hermano con Valderrama no le hacía gracia alguna.[211]

La prensa se mostró demasiado benévola con *La prima Fernanda,* a pesar del anacronismo de estar escrita en verso. Pero para el combativo crítico y escritor Antonio Espina, casi veinte años más joven que los Machado, era lamentable que dos auténticos poetas hubiesen sido capaces de deformar «los valores líricos de sus grandes estilos hasta convertirlos en un magma confuso de elementos inexpresivos» al servicio de una comedia pretendidamente moderna. La obra era «vieja, y pesada, y mediocre, y sensiblera».[212]

* * *

Los que han traído la República tienen claro que la obligación primordial de la flamante democracia, sin minimizar las demás, es mejorar cuanto antes la calidad de la enseñanza pública, dominada desde hace siglos por la Iglesia. La meta: crear siete mil escuelas nuevas el primer año y cinco mil cada uno de los cuatro siguientes. A lo largo de los treinta años anteriores solo se habían abierto 11.128.[213]

El 1 de mayo de 1931 se celebra la fiesta del trabajo. Hay imponentes manifestaciones. En Salamanca marchan juntos,

cogidos del brazo, Unamuno —ahora, tras su exilio, más famoso y popular que nunca— y el líder socialista excarcelado Francisco Largo Caballero.[214]

Por estos días se publica una entrevista con los Machado. Se expresan muy satisfechos con la epifanía de la República. Los grupos católicos y monárquicos ya se están organizando para la defensa de sus intereses tradicionales, señalan, sobre todo en el campo de la enseñanza. Era inevitable. Aplauden los decretos ya promulgados y esperan otros. Opinan, con razón, que el problema religioso es «el más difícil y delicado». ¿Cómo afrontarlo, cómo resolverlo? «El Estado no ha de avasallar a la Iglesia —manifiestan—, pero sí ejercer sobre ella una tutela amorosa, obligar a los curas a cumplir más fiel e intensamente su misión, sin invadir otra esfera que la puramente religiosa, mejorar su situación económica y elevar, sobre todo, el nivel de su cultura».[215]

¡Vana esperanza! Todo va a peor cuando, el 11 de mayo, tras la publicación de una pastoral hostil firmada por el cardenal Segura, arzobispo de Toledo y primado de España, se queman conventos en Madrid. Desmán, de autoría nunca aclarada, que provoca entre las derechas una reacción virulenta. ¡Y todavía la República no ha cumplido dos meses de vida![216]

Ese mismo mes, el Gobierno Provisional lanza las Misiones Pedagógicas, cuyo cometido es llevar cultura —un inicio de cultura— a los pueblos más aislados de la geografía española. Machado no duda en ser uno de sus impulsores. Luego, a principios de junio, no solo participa en la puesta en marcha de la delegación segoviana de Acción Republicana —el partido de Manuel Azaña al que pertenece desde 1926—, sino que ocupa un puesto en su comité ejecutivo. Nada, pues, de ver los toros desde la barrera.[217]

En julio, Pilar de Valderrama, con los nervios alterados por la muerte de su madre y también por lo que está ocurriendo en el país, se va con los suyos a Hendaya. Y hasta allí llega para verla Antonio, en una «breve escapada» casi clandestina.[218]

Los diputados de las Cortes Constituyentes están elaborando febrilmente el texto de la Magna Carta. Hay debates viscerales. El más intenso es el de la cuestión religiosa. Se inicia el 8 de octubre y lo protagonizan el socialista Fernando de los Ríos y el abogado católico José María Gil Robles.[219]

El 14 de octubre, *El Sol* anuncia en primera plana que Manuel Azaña, desde hace dos días presidente del Gobierno, acaba de pronunciar en un «sensacional discurso» una frase de enorme calado: «España ha dejado de ser católica». Las derechas no se la perdonarán nunca y volverán sobre ella insistentemente.

En estos momentos de ilusión republicana, Machado vuelve a trabajar en su discurso de ingreso para la Academia de la Lengua, más que nada, por lo que parece, presionado por la diosa. Solo se conoce por un borrador mecanografiado incompleto. Versa sobre la literatura contemporánea en general y la poesía en particular. Tiene el interés de confirmar que sigue involucrado en la elaboración de su *alter ego* Juan de Mairena.[220]

El 19 de marzo de 1932 se publica una orden gubernamental autorizándole a residir en Madrid durante el resto del curso para poder colaborar con las Misiones Pedagógicas. Es fácil imaginar con qué ilusión abandonó provisionalmente sus deberes segovianos para dedicarse a un trabajo tan acorde con sus convicciones.[221]

Una semana después, la actriz catalana Margarita Xirgu estrena la comedia nueva de los hermanos, *La duquesa de Benamejí*, compuesta en verso y prosa. Se ubica en Andalucía bajo el reinado del tiránico Fernando VII, con una buena cosecha de estereotipos sureños, bandidos incluidos. Los críticos se sienten en general decepcionados, pero solo Antonio Espina, una vez más, tiene la valentía de declarar sin ambages que es un intento fracasado: a su juicio, más que comedia, el libreto de una zarzuelapara la cual no se ha compuesto todavía la música. «Es inútil —sentencia— repetir efectos de viejo teatro. El romanticismo histórico es ya pieza de museo».[222]

* * *

El 2 de junio de 1932 es el cuarto aniversario del encuentro de Machado y Guiomar. Si, según le escribe el poeta, su «aspecto fisiológico» ha mejorado, no así su «estado de espíritu», que califica de «gran angustia». «Apenas puedo trabajar. Es posible que todo ello pase, como otras veces, pero cada nueva depresión de espíritu es en mí más larga y más grave. ¿Será la vejez? Es posible y sería lo peor. Siempre tuve más miedo a la vejez que a la muerte».

No deja traslucir la probabilidad —todo son rodeos— de que su condición es consecuencia de la permanente frustración que le genera no poder convivir con ella.

Pilar se ha expresado disgustada con el rumbo que está tomando la República, en especial, al parecer, la cuestión del Estatuto catalán, debatida acaloradamente en las Cortes. «Razón tienes, diosa mía —concede, diplomático, Machado—, cuando me dices que la República —¡tan deseada!, yo confieso haberla deseado sinceramente— nos ha defraudado un poco».[223]

En otra carta apunta: «En fin, dejemos la política, la cual, dicho sea de paso, no ha de apasionarme nunca, ni monárquica ni republicana».[224]

No es verdad. Siempre le ha apasionado la política. Siempre ha sido un republicano convencido. Al año de inaugurarse el nuevo régimen se da cuenta de que la política los puede separar.

Sigue su depresión. «He pasado unos días muy malos, lleno de intranquilidad y angustia», se queja hacia mediados de junio, sin dar más explicaciones.[225]

Es el verano y Valderrama se irá pronto con los suyos, esta vez a San Sebastián.

En la última carta del epistolario que tenemos, que hay que suponer redactada a principios de julio, Machado promete seguir acudiendo al «rincón bendito» de Cuatro Caminos durante su ausencia, y confía en que Pilar, por su parte, le haga desde allí alguna «visita de Tercer Mundo».[226]

Tiene en marcha con Manuel una nueva comedia, *El loco amor.* Tema: «El eterno de Calixto y Melibea, Fernando y Dorotea, etc.». No se sabrá nada más del proyecto, que, a juzgar por su título, versaría sobre la variante de obsesión amorosa que Pilar ha generado en el poeta.

«Sigo tus consejos en todo —va terminando la carta—. Mi salud, sin embargo, depende de que tú no olvides a tu poeta, ¿sabes? Y como para nosotros ya no hay distancias, yo sabré siempre ¡siempre! cuándo piensas en mí».[227]

Son ya trece años en Segovia. En agosto de 1932 se entera de que, para el próximo curso académico, se van a crear nuevos institutos de Segunda Enseñanza en el país y, en concreto, tres en Madrid. Puede ser su salvación. Hace constar su deseo de conseguir la cátedra de Lengua Francesa en uno de ellos. Son excelentes sus credenciales académicas, literarias y políticas, y aquel septiembre es designado titular del Instituto Calderón de la Barca.[228]

Después de su largo periplo por provincias ha conseguido por fin tener un puesto fijo en su añorada Ítaca madrileña.

Luis Álvarez Santullano, compañero suyo en las Misiones Pedagógicas, rememorará, en el exilio de la posguerra, la tertulia cotidiana de los hermanos: «Todas las tardes, en la proximidad del oscurecer, fuese invierno o verano, reuníanse en un café madrileño y con ellos dos o tres amigos, el actor Ricardo Calvo, inexcusablemente. Era la peña de los Machado, los dos poetas y el pintor [José], a la que poco a poco se incorporaban amigos y admiradores de Antonio, sobre todo…».[229]

* * *

Soria, entretanto, no ha olvidado a su poeta y decide nombrarlo hijo adoptivo. No se puede negar. «Nada me debe Soria, creo yo —escribe con su habitual modestia a los responsables del homenaje—, y si algo me debiera, sería muy poco en proporción a lo que yo le

debo: el haber aprendido en ella a sentir a Castilla, que es la manera más directa y mejor de sentir a España».[230]

Lo cual no deja de ser una asunción muy cuestionable.

El acto tiene lugar la mañana del 5 de octubre de 1932 delante de la ermita de San Saturio. Son las fiestas del santo y acude una multitud de vecinos.

Machado llega acompañado de su hermano José. No ha estado en la ciudad, que sepamos, desde la muerte de Leonor veinte años atrás. Encuentra Soria menos silenciosa, menos tranquila.[231] Quizás le afloraron, contemplando el río, los dos versos sobre el tiempo que allí arriba, en la cumbre de Santa Ana, le había inspirado el vasto panorama de la estepa numantina:

Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
Cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.[232]

Al agradecer el acto no menciona por su nombre a Leonor, quizás por pudor al estar ahora poseído por el amor a otra mujer, pero alude a la luna amoratada que se levantó detrás de Santa Ana «en una tarde de septiembre de 1907», luna que nunca ha olvidado y que se relaciona indisolublemente, en su memoria, con el inicio de su relación con quien sería su esposa.

Al descubrirse la placa de mármol con el busto del poeta, la orquesta municipal interpreta una marcha triunfal, hay fervientes aplausos y se dan vivas a Machado y a Soria.[233]

No subió a la tumba de Leonor en el Espino, quizás para evitar que se convirtiera en otro acto público. Volver a la ciudad en tales circunstancias suponía una prueba muy dura. Una vez cumplido el que consideraba su deber, volvió con José, sin pernoctar allí, a Madrid.

* * *

Dos noticias protagonizan las primeras planas de los periódicos a principios de 1933: la matanza de campesinos, el 12 de enero, en el

pueblo gaditano de Casas Viejas, y la llegada al poder, el día 30, de Adolfo Hitler.

En Casas Viejas, unos quinientos braceros anarquistas habían proclamado el comunismo libertario y rodeado la casa-cuartel de la Guardia Civil, con la muerte de un sargento y un número. Llegó al pueblo, para castigar a los responsables, un fuerte contingente de la Benemérita y de la Guardia de Asalto, y hubo doce fusilados.[234]

Casas Viejas se convierte en la cuestión política más polémica del momento. Se difunde la mentira de que Azaña dio la orden de «tiros a la barriga». Parece imposible, pero el bulo, heraldo de otros muchos casos de *fake news* propagados por las derechas, adquiere pronto categoría de hecho probado y demostrado. El presidente del Gobierno, que había proclamado que España ya no era católica, resultaba ahora ser un asesino. Durante las semanas siguientes se irá averiguando la verdad del caso con una lentitud ruinosa para el crédito de Azaña.[235]

En cuanto a Hitler, la prensa española sigue de cerca lo que está ocurriendo en Alemania y el crecimiento del fascismo en España, donde se sospecha, con razón, que las derechas están tramando la destrucción de la democracia.[236]

El país se va dividiendo fatalmente en dos bandos. Proliferan los síntomas. En Madrid empieza a editarse la revista *El Fascio;* luego sale a la calle una nueva y combativa revista comunista, *Octubre.* Mientras *El Socialista* lleva reportajes sobre los desmanes de los nazis, entre ellos la destrucción de los sindicatos, el católico *El Debate* no oculta su satisfacción por el Concordato que el Führer acaba de firmar con el Vaticano.[237]

Machado, atento a todo, remite por estas fechas a la revista sevillana *Mediodía* un magnífico poema, «Últimas lamentaciones de Abel Martín», en el que surgen una vez más, entre sueños, punzantes recuerdos del paraíso infantil de las Dueñas:

Hoy, con la primavera,
soñé que un fino cuerpo me seguía

cual dócil sombra. Era
mi cuerpo juvenil, el que subía
de tres en tres peldaños la escalera.
—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario
trocaba el hondo espejo
por agria luz sobre un rincón de osario.)
—¿Tú, conmigo, rapaz?
—Contigo, viejo.
Soñé la galería
al huerto de ciprés y limonero;
tibias palomas en la piedra fría,
en el cielo de añil rojo pandero,
y en la mágica angustia de la infancia
la vigilia del ángel más austero…[238]

Nunca ha olvidado Machado su paraíso perdido, nunca le abandonan los sueños vividos y rememorados después. Sin ellos no sería el poeta que es.

La tercera edición de las *Poesías completas* se publica unos meses más tarde. Incluye el poema «Muerte de Abel Martín». Casi ciego, solo, Martín escucha, mientras va cerrando la noche, el griterío de los niños en la calle y los agudos silbidos de los últimos vencejos —pronto se irán— que vuelan alrededor de una cercana torre. Aparece una vez más el leitmotiv de la mujer huidiza de las galerías oníricas:

Y vio la musa esquiva
de pie junto a su lecho, la enlutada,
la dama de sus calles, fugitiva,
la imposible al amor y siempre amada.
Díjole Abel: Señora,
por ansia de tu cara descubierta,
he pensado vivir hacia la aurora
hasta sentir mi sangre casi yerta.

Hoy sé que no eres tú quien yo creía;
mas te quiero mirar y agradecerte
lo mucho que me hiciste compañía
con tu frío desdén…[239]

¿Cómo no intuir la alusión a Guiomar en esta dama fugitiva, «la imposible al amor y siempre amada», reencarnación a su vez de la esquiva presencia femenina de los poemas oníricos de *Soledades?*

* * *

Se han convocado elecciones generales para el 19 de noviembre de 1933. Y hay un grave problema para el futuro de la nueva democracia. Es que, mientras los republicanos progresistas están divididos, las derechas han formado una ingente coalición electoral, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), liderada por el abogado católico José María Gil Robles, que no oculta la simpatía que le produce la Italia de Mussolini.[240]

Los resultados dan una amplia victoria a la CEDA y Machado apunta en uno de sus cuadernos, parodiando dos versos de su época soriana («La primavera ha venido. / Nadie sabe cómo ha sido»):

La República se ha ido.
Nadie sabe cómo ha sido.
R.I.P.[241]

¿Nadie sabe cómo? Pues sí: por la desunión de siempre de las fuerzas progresistas, escindidas en una multiplicidad de partidos, cada uno atento a lo suyo. Y las consecuencias van a ser gravísimas.

El 12 de enero sale una entrevista del poeta con la escritora comunista Rosario del Olmo, que quiere saber cuáles son para él los deberes del arte actual. ¿Deberes? Contesta que quizás únicamente el de ser eso, *actual.* O sea, de ser de su propio tiempo,

no de otro, y de tener siempre en cuenta al prójimo. «Porque —insiste— pasó el tiempo del solipsismo lírico en que el poeta se canta y escucha a sí mismo».[242]

Es la reiteración de una convicción ya expuesta en numerosas ocasiones anteriores y que irá cobrando cada vez más pujanza.

El 3 de abril se funda un nuevo partido político, Izquierda Republicana, fusión de Alianza Republicana, de Manuel Azaña, el Partido Republicano Radical Socialista, de Marcelino Domingo, y la Organización Republicana Gallega Autónoma (ORGA), de Santiago Casares Quiroga.

Machado, que lleva años admirando intensamente a Azaña —primer presidente de la coalición— y perteneciendo a Alianza Republicana, se saca el carnet.[243]

El 7 de abril se publica en *Heraldo de Madrid* un manifiesto titulado «Contra el terror nazi». Encabeza el poeta la lista de firmantes, que incluye, entre otros, a su hermano Manuel, Alejandro Casona, María Teresa León, Ricardo Baroja, Ramón J. Sender y Rafael Alberti. El documento demuestra la enorme inquietud que está sembrando ya en España la imparable expansión del nazismo.[244]

Las derechas españolas, que ya llevan cinco meses en el poder, empeñadas en deshacer la legislación progresista del primer bienio, lo ven, por supuesto, con otros ojos.[245]

El poeta no dudará en firmar todos los manifiestos antifascistas que se le pongan por delante a partir de este momento, y está dispuesto a expresar sus opiniones hasta en órganos declaradamente marxistas, entre ellos *Octubre*, dirigida por Rafael Alberti y María Teresa León, a la cual contribuye con un corto ensayo titulado *Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia.*[246]

Atribuido a su apócrifo Juan de Mairena, el texto retoma una convicción recurrente de Machado: que lo «específicamente ruso», tal como se expresa en la literatura prerrevolucionaria, es «la interpretación exacta del sentido fraterno del cristianismo, que es, a

su vez, lo específicamente cristiano». «Lo más probable, lo casi seguro —razona Mairena— es que Rusia no sea tan infiel a sí misma que renuncie a su misión histórica, esencialmente cristianizadora».[247]

Era evidente que el poeta tenía sus dudas con respecto al marxismo. No se sentía capaz de asumir del todo su raíz materialista, pero tampoco podía negar su enorme potencial para la mejora de la sociedad.

Nadie más lejos de ser *antimarxista*, en fin,que Antonio Machado.

* * *

El 1 de octubre de 1934 se produce una crisis cuando la CEDA, que ha mantenido durante diez meses como presidente del Gobierno a Alejandro Lerroux —a quien Machado detesta, ya que lo considera un traidor a los valores democráticos—, le retira su apoyo. Niceto Alcalá-Zamora, presidente de la República, se ha negado hasta ahora a permitir la participación en el Ejecutivo de la coalición liderada por Gil Robles, pero, ante la nueva situación, le concede tres carteras: Agricultura, Trabajo y Justicia.

Gerald Brenan consideraba que se trataba de una «decisión fatal», causa de todos los «desastres» posteriores.[248] Otro gran hispanista, Gabriel Jackson, ha señalado que la presencia en el Gobierno de representantes de la CEDA les parecía «tanto a los liberales de la clase media como a la izquierda revolucionaria como un equivalente a la implantación del fascismo en España».[249]

Los sindicatos convocan una huelga general revolucionaria para el 4 de octubre que resulta muy violenta en Asturias, Cataluña y el País Vasco. En Asturias los mineros resisten hasta el 15. Cuando cae Oviedo, la represión es feroz.[250]

El presidente Lluís Companys, mientras tanto, ha proclamado la República Catalana dentro de la República Federal Española. La aventura solo dura diez horas. Azaña, que había llegado a

Barcelona a finales de septiembre, y que proyectaba regresar a Madrid el 4 de octubre, es detenido. Las autoridades alegan su implicación en lo sucedido, pero no es el caso.[251]

El 9 de noviembre Machado es entrevistado por un conocido periodista, Alardo Prats, para *El Sol.* Quiere conocer su opinión acerca de la pretendida crisis que, según se dice, estaría padeciendo la cultura. El poeta estima que es muy difícil saber lo que está pasando. Prats insiste. Machado opina que hay «desorientación», desde luego. ¿A qué se atribuye? «A la falta de ideas directoras, a las luchas políticas y sociales…». Sigue el asedio periodístico. Dice que no acepta el término «masas», cuya utilización es interesada. No hay masas, solo individuos. ¿Y el compromiso político del creador? El poeta debe reflejar el momento que le toca vivir, no ponerse al servicio de un partido, no contaminarse. ¿Y cómo ve la literatura en la Unión Soviética? La respuesta es tan contundente como inesperada: «Todo lo que he leído de la literatura de la Rusia nueva es francamente superficial, y de ninguna manera se puede comparar con la producción de los viejos maestros rusos».[252]

Durante los siguientes años Machado repetirá que lo realmente admirable de Rusia es su sentido de la fraternidad, de raíz cristiana.

* * *

El 26 de octubre se lanza un nuevo periódico: *Diario de Madrid.* El poeta acepta la invitación de su director, el crítico y ensayista Fernando Vela, para iniciar una colaboración regular. Decide dar a conocer las notas que ha ido acumulando, desde los años baezanos, relacionadas con su maestro apócrifo Juan de Mairena.[253]

El personaje se explayará en *Diario de Madrid* a lo largo de casi un año. El primer artículo sale el 4 de noviembre de 1934, el último el 24 de octubre de 1935. En total, treinta y tres.

En 1928, Mairena era «poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Cantar». Ahora, como Machado, es dramaturgo y catedrático de instituto, oficialmente de Gimnasia —actividad que le repugna—, pero, en la práctica, de Retórica y Sofística, con clases «gratuitas y voluntarias» impartidas al margen del programa oficial.[254]

Mairena enseña a sus alumnos «una actitud interrogadora y reflexiva»[255] y, en particular, un escepticismo empeñado en dudar de todo, incluida la duda misma. Es decir, «una posición escéptica frente al escepticismo».[256] Su pedagogía estriba en el respeto más absoluto al otro, con quien solo tienen cabida la sugerencia, el ejemplo y el diálogo, nunca la imposición. La consigna es: «desconfiar de todo lo que se dice».[257]

La sintonía con Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza salta a los ojos.

Mairena insiste en la necesidad de hablar bien, lo cual es imposible «pensando mal».[258] Recomienda a sus alumnos que renieguen del barroquismo, de la grandilocuencia. Y les propone que sometan a análisis continuo los lugares comunes, las frases hechas, los tópicos y demás banalidades que se manejan diariamente.[259]

A su juicio, los españoles tienen algunas cualidades muy positivas —la generosidad, por ejemplo, o la falta de soberbia—, pero adolecen de no pocos defectos, entre ellos el no querer aprender del prójimo. «En España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo —advierte—. Todos queremos estar de vuelta, sin haber ido a ninguna parte. Somos esencialmente paletos».[260]

Mairena muere en 1909 —a los cuarenta y cuatro años—, pero su glosador es netamente actual y alude a lo que está ocurriendo a su alrededor. Machado especula a veces sobre lo que Mairena hubiera opinado de tal o cual acontecimiento posterior a su extinción. Incluso le hace vaticinar algún hecho futuro que luego resulta ser cierto.

El apócrifo admira el folclore de su tierra andaluza, expresión, a su modo de ver, de «un escepticismo extremado».[261] Y proyecta poner en pie, sin conseguirlo, una Escuela Popular de Sabiduría Superior en evidente deuda con las numerosas iniciativas en parecido sentido, igualmente frustradas, del padre de los Machado.[262]

El 3 de enero de 1935 los «Apuntes y recuerdos» de Mairena en el *Diario de Madrid* incluyen unos versos amorosos, atribuidos a Abel Martín e integrados luego, en su mayoría, en «Otras canciones a Guiomar», que Machado incluirá en la cuarta edición de *Poesías completas*. Demuestran que sigue obsesionado con Pilar de Valderrama.

Mairena comienza con la reproducción de tres coplas amorosas de Abel Martín:

Escribiré en tu abanico:
te quiero para olvidarte,
para quererte te olvido.
Te abanicarás
con un madrigal que diga:
en amor el olvido pone la sal.

Te mandaré mi canción:
«Se canta lo que se pierde»,
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.

Mairena explica a su clase que los versos expresan la creencia de Abel Martín según la cual «el amor empieza con el recuerdo, y que mal se podía recordar lo que antes no se había olvidado». ¿No captan bien los alumnos qué quería decir con ello? Pues otros versos de Martín lo exponen «muy claramente»:

Sé que habrás de llorarme cuando muera
para olvidarme y, luego,

poderme recordar, limpios los ojos
que miran en el tiempo.
Más allá de tus lágrimas y de
tu olvido, en tu recuerdo,
me siento ir por una senda clara,
por un «Adiós, Guiomar» enjuto y serio.[263]

Parece que ya para estas fechas Valderrama ha hecho saber al poeta que no pueden seguir viéndose, o que tienen que hacerlo con menos frecuencia. En *Sí, soy Guiomar,* refiriéndose a sus últimos encuentros, se excusa afirmando que «la situación en Madrid empeoraba de día en día» y que, en consecuencia, las «dificultades» para acudir al Franco-Español «aumentaban, sucediéndose las revueltas callejeras y los atentados»:

> Por añadidura, aquel salón tranquilo y poco frecuentado comenzó a llenarse de alborotadores, gentes mal encaradas que vociferaban y no nos permitían hablar con sosiego. Todo esto me obligó a decidir que suspendiéramos las entrevistas mientras la situación no cambiara. Cuando con gran sentimiento mío se lo comuniqué a Antonio, lo comprendió y se resignó una vez más, conviniendo en seguir escribiéndonos siempre que pudiéramos.[264]

Los versos siguientes aluden a la mencionada visita de Machado a la amada durante unas vacaciones veraniegas en la playa:

¡Solo tu figura,
como una centella blanca,
en mi noche obscura!

*

Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar.

*

En el gris del muro,
cárcel y aposento,
y en un paisaje futuro
con solo tu voz y el viento;

*

en el nácar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca;

*

asomada al balcón
que bate la mar de un sueño,
y bajo el arco del ceño
de mi vigilia, a traición,
¡siempre tú!
Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.

«Aquí —comenta Mairena— la creación aparece todavía en la forma obsesionante del recuerdo. A última hora el poeta pretende licenciar a la memoria, y piensa que todo ha sido imaginado por el sentir». Los versos siguientes no podían expresar con más claridad la pretensión *a última hora* del maestro Martín:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía,
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,

contra el amor que la amada
no haya existido jamás…[265]

Ante la evidencia de que su relación con Valderrama nunca ha sido ni será la que él hubiera deseado, Machado parece haberse resignado y llegado a la amarga conclusión de que todo ha sido una quimera. Y de que, quizás, la única realidad consiste en la conciencia creadora, capaz, en su caso, de haber inventado, partiendo del ser de carne y hueso llamado Pilar de Valderrama, a una mítica, apócrifa «Guiomar».

* * *

El 1 de abril de 1935 el periodista Ángel Lázaro le vuelve a entrevistar. Esta vez, además de averiguar qué proyectos literarios le están ocupando, quiere dar a sus lectores una idea de cómo es el poeta en su aspecto humano.

Machado fuma sin parar mientras hablan, como es su costumbre, y acaricia el puño de su bastón.

> Rostro infantil, de aire lejano —apunta Lázaro—. Desdén por todas las pequeñas cosas del mundo. Hay a quien le basta para vivir un trozo de pan y otro de queso, me decía alguien refiriéndose al poeta en una ocasión: pero a Antonio Machado le basta con el pan solamente. Una virtud suprema del poeta. Por ella se salvará siempre, y cuando los hombres pasen afanados como la ardilla en busca de la tiránica vanidad de cada día, él los verá pasar sereno, impávido, con las pupilas cargadas de dulzura y de eternidad.

Le pregunta de dónde ha surgido Juan de Mairena. ¿Cuánto tiempo lleva dialogando con él? «¡Qué sé yo! Muchos años. Doce o quince», contesta, como si la cosa no fuera con él.

¿Nuevos proyectos? Revela que ha terminado con Manuel una comedia en prosa, *El hombre que murió en la guerra*, pero que todavía no han encontrado al galán idóneo para encarnar al protagonista. ¡Es que existe una grave crisis de actores![266]

El hombre que murió en la guerra no será representada hasta después de la Guerra Civil, en 1941. Publicada en 1947, con prólogo de Manuel, es una obra harto banal, de trama inverosímil e

inconsecuente —no convence el soldado aristócrata que vuelve a casa, con otro nombre, diez años después de la Gran Guerra de 1914-1918—.

Por estas fechas entrevista otra vez a Machado la escritora y periodista comunista Rosario del Olmo. ¿Cuáles son, a su juicio, las «verdaderas causas» que están amenazando ahora con destruir la paz del mundo? El hambre, a su juicio, es una de ellas; otra «la escasa fantasía del hombre para imaginar los horrores de la guerra». Luego la insolidaridad y «la incurable barbarie y el sadismo de las multitudes urbanas». El problema, en el fondo, es el egocentrismo del hombre contemporáneo, el olvido del amor fraternal de raíz cristiana. Es lo que expone Juan de Mairena en el *Diario de Madrid*… y lo que seguirá exponiendo Machado hasta el final.[267]

El 1 de septiembre ha muerto Manuel Bartolomé Cossío. Para la España progresista es la pérdida de uno de sus hombres más insignes. Al día siguiente, miles de sus discípulos, amigos y admiradores abarrotan el Cementerio Civil. El maestro recibe sepultura cerca de Francisco Giner de los Ríos en medio de un imponente silencio. Se trata de un grandioso acto de afirmación democrática. Asisten muchos destacados políticos —entre ellos, Azaña, Fernando de los Ríos y Julián Besteiro— y numerosos intelectuales y escritores.

En la prensa constaba la asistencia de los «hermanos Machado». ¿Aprovecharon para visitar la tumba del abuelo? Es probable, máxime si recordaron que Cossío había acudido a su entierro en 1886.[268]

Todos los periódicos republicanos destacan la defunción del maestro. Los de derechas apenas lo mencionan.[269]

Veinte años antes, conmovido por la muerte de Giner, Machado le había dedicado una sentida elegía. Ahora le toca reflexionar sobre la vida y la obra de otro prohombre de la Institución Libre de Enseñanza y, por ende, «Padre de la República». Lo hace

insertando un breve elogio en su columna de Juan de Mairena en el *Diario de Madrid.*[270]

El 24 de octubre publica allí su último artículo. Y es que su amigo Luis Álvarez Santullano, que trabaja en *El Sol,* le ha convencido para que se traslade al «periódico español entonces más leído», con la garantía de un espacio privilegiado en la primera plana de los domingos.[271]

La colaboración arranca el 17 de noviembre de 1935 y terminará el 28 de junio de 1936, en vísperas de la Guerra Civil: catorce artículos quincenales que llegarán, efectivamente, a un público amplio.[272]

Entretanto, a principios de octubre, Mussolini invade Abisinia. El 6 de noviembre, Machado firma una enérgica protesta al lado de Teófilo Hernando —distinguido histólogo, catedrático de Medicina de la Universidad de Madrid—, Fernando de los Ríos, el conocido abogado, escritor y político republicano Ángel Ossorio y Gallardo, el periodista Roberto Castrovido, Álvaro de Albornoz —ministro del Gobierno Provisional de la República—, el penalista de renombre internacional y uno de los padres de la Constitución de 1931, Luis Jiménez de Asúa, Federico García Lorca y alguno más. Parece ser que, en momentos de férrea censura gubernamental, como si la República se hubiera convertido en dictadura, solo se atreve a publicar el documento *Diario de Madrid.*[273]

El 8 de diciembre de 1935, cuando ya se está hablando de elecciones generales, Machado recibe una visita del escritor alicantino Juan Guerrero Ruiz. Le comenta que está preparando la cuarta edición de las *Poesías completas* y un libro con los artículos de Juan de Mairena publicados en *Diario de Madrid* y, ahora, en *El Sol*. ¿Y *El hombre que murió en la guerra?* ¿Qué es del drama? Al poeta le parece que es de lo mejor que él y Manuel han hecho hasta la fecha y se queja, una vez más, de que no se haya podido estrenar todavía por falta de un buen actor. La explicación seguía siendo poco convincente.[274]

4
FRENTE POPULAR, MADRID ASEDIADO

¡Madrid, Madrid! ¡Qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarra, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas.[275]

El 7 de enero de 1936 todos los periódicos anuncian que se ha decretado la disolución de las Cortes del «Bienio Negro», así calificado por la prensa de izquierdas.

Para los demócratas se ha acabado por fin la pesadilla.

Se convocan elecciones generales para el 16 de febrero.

Se habla de «la recuperación de la República» y de la necesidad imperiosa de crear, sin perder tiempo, un gran bloque electoral progresista. ¡No hay que repetir el error garrafal de 1933!

El 15 de enero se sella el pacto del Frente Popular.

El fervor que se registra en todo el país se parece mucho al vivido antes de las elecciones municipales de abril de 1931, siempre recordadas con emoción por Machado. Los actos políticos de todo signo se multiplican. Madrid se empapela de propaganda y en la Puerta del Sol cubre la fachada que se extiende entre las calles Mayor y Arenal un inmenso cartelón de Gil Robles. Ha costado una fortuna e incluso se ilumina por la noche. Reproduce la cabeza del Jefe con ademán displicente. En la esquina superior izquierda reza la leyenda «ESTOS SON MIS PODERES», con una flecha que indica a una

vasta muchedumbre encabezada por nueve militantes de las juventudes de la coalición llevando sendas banderas de la organización. Otra leyenda asegura: «DADME LA MAYORÍA ABSOLUTA Y OS DARÉ UNA ESPAÑA GRANDE».

Machado sigue de cerca los acontecimientos. El 19 de enero, en su columna de *El Sol,* se pregunta: «¿Qué hubiera pensado Juan de Mairena de esta segunda República —hoy agonizante—, que no aparece en ninguna de sus profecías?». «Agonizante» porque el poeta espera que salga de las urnas, después del bienio catastrófico, una «Tercera República» plenamente democrática. Propone a continuación la contestación de su maestro apócrifo:

> Mairena hubiera dicho, cuando se inauguraba: ¡Ojo al sedicente republicanismo histórico, ese fantasma de la primera República! Porque los enemigos de esta segunda habrán de utilizarlo, como los griegos utilizaron aquel caballo de madera, en cuyo hueco vientre penetraron en Troya los que habían de abrir sus puertas y adueñarse de su ciudadela.[276]

La alusión va sobre todo por Alejandro Lerroux, cuatro veces presidente del Consejo durante los dos años derechistas, a quien acusa de haber nombrado como ministros a varios políticos que, en realidad, eran enemigos encubiertos del régimen republicano. Lerroux, para Machado, es «un hombre profundamente viejo, un alma decrépita de ramera averiada y reblandecida».[277]

A principios de febrero se crea en Madrid la Mesa Permanente Española de la Unión Universal por la Paz. Entre sus componentes figuran Machado y Azaña —tantas veces juntos en defensa de los valores republicanos—. El manifiesto de la organización se publica poco después. Avisa que el peligro de una conflagración internacional está creciendo vertiginosamente, como demuestra el conflicto italo-abisinio; que defender la paz «no supone simplemente maldecir de la guerra y cruzarse de brazos», sino *trabajar* por ella; que España, que ha incorporado el pacifismo a su Constitución, «puede hacer oír su voz, enteramente desinteresada, en defensa del orden internacional», y que no reaccionar «es solo un modo de contribuir a la guerra».[278]

En vísperas de las elecciones generales, el poeta participa en otras iniciativas políticas y encabeza la convocatoria de un homenaje popular a Rafael Alberti y María Teresa León, que se celebra el 9 de febrero. Durante el acto García Lorca lee el borrador de un manifiesto titulado «Los intelectuales con el Bloque Popular», que se da a conocer en el diario comunista *Mundo Obrero.*[279]

Se acaba de morir en Galicia su amigo Ramón del Valle-Inclán, a quien, treinta y tres años atrás, había dedicado unos poemas de *Soledades*. Su muerte le duele en el alma. Redacta unas cuartillas para el homenaje póstumo, celebrado el 15 de febrero en el teatro de la Zarzuela, a dos pasos del Congreso. Al no poder acudir en persona, las lee por él Alberti.[280]

El 16 de febrero de 1936 la gente acude masivamente a las urnas. El Frente Popular gana por una estrecha mayoría, pero, debido a la Ley Electoral de 1932, que adjudica al triunfador una ventaja numérica, obtiene 267 escaños en las nuevas Cortes. Las derechas, 132. Los republicanos están eufóricos.[281]

Se libera, sin perder un minuto, a los miles de presos políticos que atestan las cárceles. Las escenas cuando salen son delirantes. Luego se decreta el estado de alarma, que se irá renovando mes tras mes y que concede al Ejecutivo poderes policiales excepcionales. Estando en esto, el presidente del mismo, Manuel Portela Valladares, le pide sin éxito a Azaña que asuma inmediatamente el poder en nombre del Frente Popular. Se niega, alegando que necesita tiempo para preparar un programa legislativo.[282]

El triunfo electoral de las izquierdas siembra el pánico entre las derechas, que ven el fantasma de la revolución marxista a la vuelta de la esquina. El fracaso en las urnas de Gil Robles ha sido estrepitoso y se produce, entre personas conservadoras, un notable viraje hacia posiciones más radicales. En junio de 1931 la Falange ya había tomado la decisión de «ir, con todas sus consecuencias, a la guerra civil», y lleva preparándose desde entonces.[283] Ahora engrosan sus filas cada vez más jóvenes de clase media. El objetivo

de la organización es multiplicar el caos y hacer inevitable un golpe de Estado.[284]

El 11 de marzo un grupo de pistoleros falangistas casi logra asesinar al catedrático de Derecho Penal Luis Jiménez de Asúa, uno de los padres de la Constitución de 1931. Matan a su escolta.[285]

El 14 son detenidos José Antonio Primo de Rivera y otros jerifaltes de la formación.[286]

El mismo día *El Sol* publica el segundo manifiesto de la Unión Universal para la Paz. Lo firma Machado.[287]

El 15 hay un atentado fracasado contra el líder socialista Francisco Largo Caballero.[288]

El 18 se declara ilegal, por «asociación ilícita», a Falange Española de las JONS.[289]

El 1 de abril se fusionan las organizaciones juveniles comunista y socialista. Es el nacimiento de las Juventudes Socialistas Unificadas.[290]

El diálogo, siempre recomendado por Machado, parece ya casi imposible.

El mismo 1 de abril toma posesión de la cátedra de Lengua y Literatura Francesas del Instituto Nacional Cervantes de Segunda Enseñanza de Madrid, para la cual ha sido nombrado por orden ministerial del 10 de marzo. El edificio está al lado del Ministerio de Guerra —palacio de Buenavista—, en un inmueble provisional de la calle Prim, 3, esquina con la del Barquillo.[291]

Siguen los atentados. Se acerca el quinto aniversario de la República y la Falange tiene interés en generar el mayor número posible de alborotos. El 14 de abril, durante el desfile conmemorativo de la Castellana, cae en una refriega un alférez de la Guardia Civil. Su entierro al día siguiente en el cementerio de la Almudena se convierte en batalla campal y hay varios muertos.[292]

Así las cosas, la editorial Espasa-Calpe pone a la venta la cuarta edición de las *Poesías completas.* El único poema añadido a la

tercera es «Otras canciones a Guiomar», anticipado el año anterior en *El Sol.* Contiene seis versos inéditos sobre el olvido:

Te pintaré solitaria
en la urna imaginaria
de un daguerrotipo viejo,
o en el fondo de un espejo,
viva y quieta,
olvidando a tu poeta

y otros, contundentes, sobre la raíz de la inspiración machadiana:

… el verso del poeta
lleva el ansia de amor que lo engendrara
como lleva el diamante sin memoria
-frío diamante- el fuego del planeta
trocado en luz, en una joya clara…[293]

Quizás, al incorporar «Otras canciones a Guiomar» a su *magnum opus,* Machado esperaba, además de inmortalizar a su amada secreta, dejar constancia de la desesperación que le producía su relación tan incompleta.

* * *

Acaba de fallecer, casi olvidado, otro gran amigo de los días juveniles, el antaño prolífico y celebérrimo poeta almeriense Francisco Villaespesa. Un periodista quiere saber qué opina Machado sobre su obra y se acerca al café Varela. Algo incómodo, esquiva un tanto la pregunta. Luego dice que no ve influencia suya alguna sobre los poetas actuales. Y es que el modernismo murió tiempo atrás.[294]

Unos días después evoca en *El Sol*, a través de Juan de Mairena, los días de principios de siglo cuando Villaespesa era el animador más vigoroso entre quienes luchaban en España por el

movimiento capitaneado por Rubén Darío: «¡Cuánta vida, cuánta alegría, cuánta generosidad hay en él! Por una vez, la juventud, una juventud, parece estar de acuerdo con su definición: “el ímpetu generoso que todo lo da y que todo lo espera”».[295]

Otra tarde pasa una hora en el Varela con los hermanos el argentino Pablo Suero, buen amigo de García Lorca llegado desde Buenos Aires para tomarle el pulso al país y cubrir las elecciones. «Antonio tiene algo de viejecillo, sin serlo todavía del todo —apunta —. Cubre su cabeza un sombrerillo de alas pequeñas abarquilladas. Tiene un mirar apagado como su voz. Manuel está más entero, pero se respira entre ellos algo de cansancio, de resignación, de desencanto».

Manuel se queja, como lo ha hecho en entrevistas anteriores, de que no hay manera de que se represente *El hombre que murió en la guerra*, pese a ser «obra de aliento y de actualidad». Antonio, que apenas ha hablado, añade que están trabajando ahora en un drama histórico que quizás titulen *La Diosa Razón*. La protagonista es la hermosa española Teresa Cabarrús, famosísima en la Francia de la Revolución y casada, entre otros, con Jean-Lambert Tallien, delegado de la Convención en Burdeos.[296]

En *La Diosa Razón* los hermanos querían insinuar, al parecer, sus temores respecto a la turbulenta situación política imperante en la España del Frente Popular, donde ya circulan rumores incesantes acerca de un inminente golpe de Estado.[297]

¿Y la otra diosa? Para principios de abril, Pilar de Valderrama y su marido han tomado la decisión de trasladarse cuanto antes al Portugal del dictador Salazar, según *Sí, Guiomar soy yo* para «librar del peligro» a sus niños. «Con el mayor dolor de mi corazón —alega — escribí a Antonio comunicándoselo, diciéndole sería solo por unos meses y aconsejándole saliera él también de España o, por lo menos, de Madrid. No quise despedirme de él de palabra por lo penoso que había de ser para los dos, prefiriendo hacerlo por escrito».

El relato no es nada convincente. ¿Realmente le causó tanto dolor actuar como nos dice que lo hizo? Además, ¿cómo podía saber si la estancia en Portugal iba a durar solo unos meses? Todo indica que ella y su marido estaban al tanto del golpe que se tramaba contra la República y que temían por sus vidas ante la inevitable reacción popular.

Si hemos de creer a Valderrama, el abandono de la capital fue muy precipitado, con las consecuencias nefastas que sabemos para la conservación de las misivas del poeta:

> Lo primero que pensé fue en sus cartas que, formando un abultado paquete, no podía llevarme. Entonces escogí al azar las que estaban encima, sin releerlas siquiera por la premura del tiempo. Solo retuve un puñado, unas cuarenta que le llevé a mi amiga María para que las guardara en su casa, y las demás, casi doscientas, las quemé en la chimenea que tenía en mi salón. Como me fue imposible seleccionarlas, luego advertí que había destruido varias del mayor interés, entre ellas algunas de las *Canciones a Guiomar*, «Hora del último sol», «Junto al agua fría» y otras, así como el magnífico soneto que Antonio me había enviado dentro de un libro de El Dante —lo que mucho me dolió—: «Perdón, Madona del Pilar, si llego…», que se publicó en un diario de provincias…[298]

Se trataba de una carta en forma de soneto, compuesta durante los últimos años segovianos del poeta y pensando, efectivamente, en Dante y Beatriz:

Perdón, madona del Pilar, si llego
al par que nuestro amado florentino,
con una mata de serrano espliego,
con una rosa de silvestre espino.
¿Qué otra flor para ti de tu poeta
si no es la flor de su melancolía?
Aquí, donde los huesos del planeta
pule el sol, hiela el viento, diosa mía,
¡con qué divino acento
me llega a mi rincón de sombra y frío
tu nombre, al acercarme el tibio aliento
de otoño, el hondo resonar del río!

Adiós; cerrada mi ventana, siento
junto a mí un corazón… ¿Oyes el mío?[299]

¿Tan *abultado* era el paquete de cartas para no poder llevarlo a Portugal? Es imposible imaginar que no hubiera sitio. ¿Y por qué destruirlas en vez de ocultarlas todas en un sitio seguro? En la caja fuerte de un banco, por ejemplo. Si dejó unas cuarenta con su amiga María Estremera, ¿por qué no todas?

Valderrama nos quiere hacer creer que la desaparición de las cartas fue para ella «un mal irreparable y amargo» del que nunca se recuperó, y que también «perdió» la contestación del poeta a la suya de despedida, «aunque la recuerdo porque se grabó profundamente en mi corazón». Dice que en ella le pidió que no le olvidara nunca, «pase lo que pase». Suena probable.[300]

Ida la diosa, Machado sigue firmando manifiestos. El 6 de mayo se anuncia la constitución del Comité de Amigos de Portugal, cuyo propósito es difundir en España el conocimiento de los brutales métodos represivos de la dictadura, organizar una campaña de protesta y ayudar a las víctimas. El poeta envía su apoyo. También García Lorca. Seguramente no se le oculta la ironía de que Valderrama y su marido acaban de cruzar la frontera lusitana para guarecerse bajo el paraguas del nefasto régimen vecino.[301]

Siguen los atentados y disturbios. El 7 de mayo los falangistas abaten en Madrid al capitán Carlos Faraudo, miembro de la Unión Militar Republicana Antifascista e instructor de las milicias de las Juventudes Socialistas Unificadas. Su entierro se convierte en un multitudinario acto de reivindicación política y miles de personas desfilan ante el féretro.[302]

«Desde este momento —escribirá el prominente exmilitar republicano Manuel Tagüeña— nadie podía detener la marcha de los acontecimientos. El país se despeñaba por la senda de la guerra civil».[303]

El 8 de mayo los secuaces de José Antonio Primo de Rivera casi logran acabar con la vida del exministro José María Álvarez de

Mendizábal.[304]

El mismo día las Cortes destituyen al presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora.

Es elegido en su lugar Manuel Azaña. Quiere que Indalecio Prieto asuma la presidencia del Ejecutivo, pero el PSOE, dividido, se opone. Ceguera trágica. Avispado hombre de prensa, dueño de un diario, Prieto está muy al tanto de lo que está ocurriendo en el país. Tiene carisma e incluso sus adversarios admiran su campechanía, su inteligencia, su oratoria y su sentido práctico —es el artífice de los Nuevos Ministerios y de grandes proyectos hidráulicos—.[305] Azaña, muy contrariado al no tenerlo a su lado, designa en su defecto al gallego Santiago Casares Quiroga, hombre poco resolutivo, agresivo en el Congreso, nada diplomático. En absoluto persona idónea para dirigir el Gobierno en unos momentos tan sumamente peligrosos.[306]

La reacción de las derechas ante la elección de Azaña como presidente de la República es visceral. ¡El enemigo que proclamó en 1931 que España ya no era católica! Los debates en las Cortes adquieren una virulencia sin precedentes en la historia del parlamentarismo español. El líder indiscutible de la ultraderecha, con Primo de Rivera en la cárcel, es José Calvo Sotelo, tribuno de verbo inflamado e inflamador. Se respira guerra civil.

Pilar de Valderrama alega que le escribió a Machado desde Estoril para felicitarle en su día, el 13 de junio, y para instarle otra vez a que saliera de Madrid, «de donde nos venían noticias cada vez más alarmantes». Añade que no recibió acuse de recibo. ¿Llegó a manos del poeta la misiva, si realmente se envió? No lo sabemos.[307]

El 28 de junio publica en *El Sol* la que resultará ser la última entrega de la serie de Mairena: breves reflexiones sobre diversos asuntos, mayormente filosóficos.[308]

Espasa-Calpe tiene en prensa *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo.* Solo es inédito el último de los apartados. Gira en torno a la sabiduría de las

coplas populares andaluzas, que Mairena recomienda a sus alumnos «porque la verdadera poesía la hace el pueblo». Cita un ejemplo:

La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte;
hoy peno porque te vi.

Esta copla, razona, «pudieran hacerla suya muchos enamorados, los cuales no acertarían a expresar su sentir mejor que aquí se expresa. A esto llamo yo poesía popular…». Y también Machado, claro, que siempre ha abogado por la sencillez y rechaza de plano, como su *alter ego,* la poesía «de tropos superfluos y eufemismos de negro catedrático».[309]

En las apreciaciones de Machado-Mairena sobre la poesía popular andaluza se intuye, una vez más, la presencia de los manes del padre de Antonio, «Demófilo» —muerto tan a deshora—, en cuya antología de cantes flamencos figuran algunas de las letras, o variantes de ellas, comentadas en clase por el provocador maestro de Retórica y Sofística. Entre ellas la que se acaba de reproducir.

* * *

Disponemos de poca información acerca de lo vivido por Machado en los primeros días de la sublevación, iniciada el 17 de julio en África y extendida enseguida a la península. Sabemos, eso sí, que presenció el asalto al Cuartel de la Montaña, que recordará como una empresa heroica del «espíritu arrollador del pueblo madrileño cuando, guiado por un ideal de justicia o enardecido por el sentimiento de su hombría ultrajada, se decide a afrontar todos los peligros…». Lo comparará con la resistencia opuesta a los invasores franceses en 1808, inmortalizada por Goya.[310]

Manuel no se encuentra en Madrid cuando se produce la sublevación. Se ha ido a Burgos con su mujer para celebrar allí, el

16 de julio, la onomástica de la hermana de esta, religiosa en un convento de la ciudad. Tratan de volver a la capital, pero es demasiado tarde y pierden el último autobús.[311]

* * *

En su «Retrato» de 1908, Machado escribió:

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.[312]

«Capitán» es una palabra suya clave. De la época baezana hay un poemilla en que el «yo», seguido por la luna sobre el olivar, comenta:

Que esta luna me conoce
y, con el miedo, me da
el orgullo de haber sido
alguna vez capitán[313]

A lo largo de la contienda el término aparecerá muchas veces en sus escritos. «La verdad es que todos estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros», dice en uno de los primeros.[314]

Admira tanto a Enrique Líster que terminará el soneto que le dedica con los versos

Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría.[315]

Durante toda la guerra, el poeta será él mismo un capitán luchando con su pluma, ya que no puede blandir la espada, a favor de la República asediada por el fascismo.

Se debe recordar, en este sentido, el manifiesto publicado en varios diarios madrileños apenas dos semanas después de iniciada la guerra bajo el rótulo «Adhesiones al Gobierno»:

> Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno, de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por sus libertades.
>
> Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo Lafora, Antonio Marichalar, Pío del Río Hortega, José Ortega y Gasset, Ignacio Bolívar.[316]

La defección posterior de Ortega, así como las declaraciones antirrepublicanas del exiliado Marañón —a quien el joven Santiago Carrillo, consejero de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid, ha facilitado el pasaporte— le dolerán especialmente.[317]

Machado apenas sale de casa. Hay que suponer que lee con avidez la prensa, comenta con sus hermanos lo que está ocurriendo —seguramente se preguntan constantemente por Manuel—, escucha la radio y recibe alguna visita. La rutina de antes se ha roto del todo: ya no hay clases, vida de café, tertulias. Madrid está en pie de guerra, van llegando rumores y luego certidumbres acerca de la brutal represión que están llevando a cabo los rebeldes y nadie duda de lo que pasará en la capital si entran los fascistas y «los moros». Ahí está, además, la «Quinta Columna», compuesta de mucha gente desafecta al régimen republicano. ¿Quién sabe lo que está pensando el vecino de al lado, la gente que vive arriba, en frente, abajo? Cunden el pánico, la suspicacia. Nadie se fía de nadie. Y con cada semana que pasa va cobrando intensidad la represión ejercida en Madrid contra el enemigo interior, real o imaginado, no solo por las fuerzas legales, sino por elementos incontrolados y representantes de los distintos partidos de izquierdas. Las afueras amanecen cada día con montones de cadáveres (Manuel Chaves Nogales lo contará en *A sangre y fuego,* en 1937, y luego Arturo Barea en *La forja de un rebelde),* se oyen

disparos y gritos por la noche, se producen alborotos en las cárceles.

No hay manera de calcular cuánto tiempo se puede prolongar la lucha, ni cuál será su desenlace. Durante las primeras semanas parece imposible que la República, con los medios de que dispone, no sea capaz de reducir a los sublevados. Pero el apoyo de Alemania e Italia a los insurrectos, luego el de Rusia a la República, convierte la lucha en mucho más que una guerra civil y hace que la resolución de la contienda sea imprevisible. Todo es inseguridad, miedo… y *fake news.*

Pero el rumor que ha empezado a circular sobre el asesinato de Federico García Lorca en Granada a manos de los fascistas no es falso. El 8 de septiembre la prensa madrileña lo confirma. La noticia afecta profundamente a Machado. No ha olvidado su encuentro en Baeza con el joven pianista y poeta, y ha seguido con admiración su carrera a partir de entonces. Sobre todo le ha conmovido *Bodas de sangre*. Lorca, además, había montado, con el teatro ambulante universitario La Barraca —hermana de las Misiones Pedagógicas—, una versión escénica de *La tierra de Alvargonzález.* ¡Cómo no agradecer el detalle! En realidad, el aprecio era mutuo y Machado no podía desconocer cuánto le debía el granadino, que había leído con embeleso la primera edición de las *Poesías completas,* publicada en 1917 por la Residencia de Estudiantes de Madrid. Así que surge inmediatamente el impulso elegíaco:

> Día 8 de septiembre.
>
> Por la prensa de esta mañana me llega la noticia. Federico García Lorca ha sido asesinado en Granada [palabra ilegible]. Un grupo de hombres —¡de hombres!—, un pelotón de fieras lo acribilló a balazos, no sabemos en qué rincón de la vieja ciudad del Genil y el [Darro] Dauro, los ríos que él había cantado. ¡Pobre de ti, Granada! Más pobre todavía si fuiste algo culpable de su muerte. Porque la sangre de Federico, tu Federico, no la seca el tiempo.
>
> Sí, Granada, Federico García Lorca era tu poeta. Lo era tan tuyo que había llegado a serlo de todas las Españas pulsando tu propio corazón.[318]

Va naciendo «El crimen fue en Granada», que se dará a conocer en octubre. Aunque Machado no la consideraba del todo lograda,

contribuirá de manera contundente al descrédito del bando rebelde.

Dos de sus versos se inscribirían, para siempre, en la memoria colectiva de los españoles:

> *… Que fue en Granada el crimen*
> *sabed —¡pobre Granada!—, en su Granada.*[319]

* * *

Machado se adhiere sin perder tiempo a la Alianza de Intelectuales Antifascistas, que celebra el 1 de noviembre un acto multitudinario. Los oradores arremeten contra los Gobiernos de Francia e Inglaterra, que, al negarse a intervenir en el conflicto, se han colocado al lado de los facciosos. Es lo que denunciará una y otra vez el poeta en sus escritos durante la guerra.[320]

Las tropas enemigas han llegado casi a la Casa de Campo. Por la noche, los madrileños escuchan las alocadas, sádicas y mentirosas arengas radiofónicas de los generales Queipo de Llano y Mola, que producen confusión, rabia y terror.[321]

Un estremecedor editorial publicado el 3 de noviembre de 1936 en la primera plana del diario *La Voz* da pormenorizada cuenta de la situación límite en que se halla la capital ante el inmediato asalto fascista. Se acercan a Madrid «los que han fusilado a seis mil hombres, mujeres y niños en Sevilla; cuatro mil, en Granada; tres mil, en Cádiz; cinco mil, en Zaragoza […]. Traen como vanguardia y fuerza de choque a moros y legionarios. Han prometido a unos y otros concederles, como premio de sus fatigas y peligros, dos días de saqueo libre en la capital de España. ¡Dos días de saqueo libre, madrileños! Pensad en lo que ello representa de horror».

Acompañaban a los cabileños y mercenarios del Tercio, sigue *La Voz*, jóvenes requetés y falangistas, las manos ya rojas de sangre:

> Madrid será diezmado. De su millón de habitantes perecerá la décima parte. Así fue decidido por Franco, Mola, Gil Robles y consortes. Yagüe, el monstruoso Yagüe, el de los ametrallamientos en la plaza de toros de Badajoz, y su segundo, el feroz Castejón, son los encargados de llevar a cabo la bárbara carnicería. Tienen ya una larga

experiencia. Recordemos las palabras pronunciadas por Yagüe cuando los falangistas de Badajoz le felicitaban por su idea de matar desde los tendidos del circo taurino de la ciudad extremeña a los dos mil hombres, mujeres y niños, presos allí por sus hordas: «Esto ha sido un ensayo, que repetiré en mayor escala en la plaza Monumental de Madrid».

¿Se trataba de bravatas? En absoluto, asegura el diario, sino de amenazas que se cumplirán rigurosamente si la capital no resiste. Los sublevados ya han demostrado de sobra de lo que son capaces. Además, no se salvarán los vecinos si se rinden o huyen. Los moros se comportarán como los salvajes africanos que son, y se entregarán a matar a mansalva y a violar a las mujeres con la «atroz lujuria» que les caracteriza.

Fue un análisis nada exagerado de lo que les esperaba a los madrileños en esos momentos.

* * *

La noche del 4 de noviembre se forma un nuevo Gobierno, presidido por el socialista Francisco Largo Caballero y, por fin, con la participación de los anarquistas, que antes se negaban. Largo está convencido de la necesidad de trasladar el Ejecutivo enseguida a Valencia. Si Madrid sucumbe, la guerra habrá terminado. El asunto se debate acaloradamente en el Consejo celebrado la tarde del día 6. Los cuatro ministros de la CNT y los dos comunistas se niegan a apoyar la iniciativa. Largo amenaza con dimitir si no hay acuerdo. Se consigue a las 18:45 horas.[322]

Todos están seguros de que la caída de la capital es inminente. También lo creen muchos corresponsales extranjeros que acompañan a los insurrectos.[323]

Largo Caballero confía al general José Miaja Menant la defensa de la capital. Le explica que pronto recibirá instrucciones concretas. A las 20:30 horas, Miaja y el general Sebastián Pozas reciben sendos sobres con la orden de no abrirlos hasta las seis de la mañana siguiente. Es una farsa: hay un vacío de poder

gubernamental, los sublevados están ya en la Casa de Campo. Los abren en el acto.[324]

A Miaja le toca poner en marcha sin demora la Junta de Defensa de Madrid. Se logra a trancas y barrancas durante la noche. Las oficinas gubernamentales están vacías. Nadie coge el teléfono. Todo el aparato del Estado Mayor se ha volatilizado. No hay artillería antiaérea, armas para el pueblo —que las está reclamando—, munición.[325]

En realidad, solo funcionan el Partido Comunista y el Quinto Regimiento. Pero con la Junta de Defensa ya en pie, se produce el milagro. Los facciosos, al intentar entrar en la ciudad por la mañana, se encuentran con una feroz resistencia y son repelidos. Machado cantará la bravura de Miaja:

Tu nombre, capitán, es para escrito
en la hoja de una espada
que brille al sol, para rezado a solas,
en la oración de un alma,
sin más palabras, como
se escribe César, *o se reza* España.[326]

El poeta nunca podrá olvidar el zumbido de los primeros cañonazos disparados por los sublevados desde la Casa de Campo, muchos de los cuales cayeron cerca del ya abandonado chalé de Pilar de Valderrama en el paseo de Rosales.

> Allí estaba la guerra —escribirá—, embistiendo testaruda y bestial, una guerra sin sombra de espiritualidad, hecha de maldad y rencor, con sus ciegas máquinas destructoras vomitando la muerte de un modo frío y sistemático sobre una ciudad casi inerme, despojada vilmente de todos sus elementos de combate, sobre una ciudad que debía ser sagrada para todos los españoles, porque en ella teníamos todos —ellos también— alguna raíz sentimental y amorosa.[327]

La eficaz resistencia del 7 de noviembre anima a los madrileños a seguir luchando.

El mismo día, la revista *Ayuda,* que tres semanas antes había dado a conocer «El crimen fue en Granada», publica un importante

texto de Machado, *Divagaciones de actualidad*.

Se trata de una reflexión sobre el señorío del pueblo español, que el poeta contrasta con el *señoritismo.* Para el poeta, una vez más, el auténtico hombre castellano es el Cid Campeador de la épica medieval: todo lo opuesto a los traidores infantes de Carrión, los de la afrenta del robledal de Corpes, maltratadores de mujeres, cobardes, vanidosos y vengativos, «estampas definitivas de una aristocracia encanallada».[328]

Los días 14 y 17 de noviembre las bombas incendiarias causan destrozos en varios monumentos y museos madrileños, entre ellos el Prado, la Biblioteca Nacional y el palacio de Liria, propiedad —como el de las Dueñas— de los duques de Alba. Lo ocurrido saca de quicio a Machado.[329]

La revista *El Mono Azul* publica el 19 del mes una protesta dirigida a los intelectuales del mundo. La firman una treintena de escritores eminentes, entre ellos, con Machado, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, José Bergamín, León Felipe, María Teresa León, Rafael Alberti y Ramón Menéndez Pidal.[330]

El 21 fallece, luchando en las afueras de la ciudad, su amigo el escultor Emiliano Barral. El entierro tiene lugar al día siguiente en el Cementerio Civil, donde unos años antes había labrado el magnífico mausoleo de Pablo Iglesias.[331]

Su muerte acongoja a Machado.[332]

El mismo día se sabe que ha fallecido, en el sector de la Ciudad Universitaria de Madrid, el mítico líder anarcosindicalista Buenaventura Durruti, y que Alemania e Italia acaban de reconocer la Junta de Burgos.[333]

* * *

Rafael Alberti contaría cómo el Quinto Regimiento tomó la decisión de «salvar la cultura viva de España» invitando a quienes la representaban en Madrid a ser evacuados a Valencia. Entre ellos, a Machado. Cuando el poeta de *Marinero en tierra* se presenta en

General Arrando con León Felipe, y le explican de qué se trata, se niega. Para convencerle hace falta una segunda visita. Solo acepta, a regañadientes, con la condición de ir acompañado de sus familiares.[334]

Son recogidos por un coche oficial el 24 de noviembre a las doce horas. Únicamente pueden llevar consigo lo más estrictamente necesario.[335]

Antes de la salida del convoy el Quinto Regimiento ofrece un almuerzo a los que van a ser evacuados. Tiene lugar en su cuartel general en el barrio de Cuatro Caminos, no muy lejos del «rincón» del café Franco-Español donde tantas veces se habían visto Machado y la diosa.

Van llegando los intelectuales y científicos, entre ellos el histólogo Pío del Río Hortega, el pintor y poeta José Moreno Villa, el fonólogo Tomás Navarro Tomás, el psiquiatra Miguel Prados Such —hermano del poeta—, Emilio Prados y el urólogo Isidro Sánchez Covisa.[336]

Durante la comida pronuncian sendos discursos el comandante Carlos Contreras —sobrenombre del italiano Vittorio Vitali, comisario político del Quinto Regimiento— y Antonio Mije, consejero de Defensa de la Junta de Madrid y miembro del Comité Central del Partido Comunista (ilustración 7).

Machado da las gracias en nombre propio y de sus compañeros. «Yo no me hubiera marchado —dice—, estoy viejo y enfermo. Pero quería luchar al lado vuestro. Quería terminar mi vida que he llevado dignamente, muriendo con dignidad. Y esto solo podría conseguirlo cayendo a vuestro lado, luchando por la causa justa como vosotros lo hacéis».[337]

Cuando terminó, el fonólogo Tomás Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional, «dio muy emocionado un viva al 5º Regimiento —relata *Heraldo de Madrid*—. El momento fue de gran emoción. Muchos de los presentes lloraban y hombres que se han visto en duros combates, en situaciones difíciles, estaban verdaderamente acongojados».[338]

Durante el almuerzo se hizo la que probablemente fue la última fotografía de Machado en Madrid, sentado al lado de Antonio Mije. Más a la izquierda están el histólogo Pío del Río Hortega y el comandante Carlos Contreras (ilustración 7).[339]

Tiene interés el resumen proporcionado por *Heraldo de Madrid* de un momento del discurso de Contreras. Aludió a la diferencia existente en el proceder de los facciosos y de los que luchaban por una España mejor y dijo:

> Así como Queipo de Llano, según decía por radio hace pocos días, había que convertir los pueblos en mataderos, nosotros decimos a los legionarios y a los moros que están engañados, que pueden rehacer su vida, y les afirmamos que no asesinamos a los prisioneros.[340]

No era verdad que en Madrid no se asesinaba a los prisioneros. Las «sacas» de la Cárcel Modelo, efectuadas sobre todo el 7 y el 8 de noviembre, y las de las otras prisiones madrileñas, habían conducido a la muerte, para la fecha en que sale Machado de la capital, a casi dos mil personas. Acerca de la responsabilidad sobre todo de los asesores comunistas soviéticos hoy ya no caben dudas.[341]

¿Estaba Machado al tanto de la magnitud del Terror Rojo imperante en la ciudad, al cual procuraba poner coto la Junta de Defensa, con Santiago Carrillo a la cabeza? Es probable que no, aunque —como demuestra Arturo Barea en *La forja de un rebelde*— nadie podía ignorar que, al margen de las «sacas» de las cárceles, se estaban cometiendo numerosos e impunes asesinatos de personas de derechas.

«A las cinco, aproximadamente —sigue *Heraldo de Madrid—,* se puso en marcha la expedición, que fue despedida, desde la misma calle, por Mije y los responsables del 5º Regimiento». Los sabios y sus familias van en «dos magníficos autobuses, rodeados del mayor número posible de comodidades, perfectamente escoltados por un grupo de milicianos y cuatro tanques».[342]

Según el reportaje del diario *La Libertad,* en los cuatro tanques iban «los aparatos de investigación, los libros, los manuscritos sobre

los que están trabajando».[343] ¿Entre ellos, quizás, un baúl o una caja conteniendo, con otros pocos enseres imprescindibles de los Machado, las cartas de Guiomar, las prendas más preciadas de Antonio? No es concebible que se separara de ellas, que las dejara atrás.

Quizás intuye que no la verá nunca más. ¿No había dado el título de «Nevermore» a un poema de *Soledade*s en el que volvía a sentir, en el viento, el «tenue paso» de la «sandalia equívoca» de la amada, siempre añorada, siempre esperada y siempre fugitiva?[344]

5

DE VALENCIA A BARCELONA

En Tarancón, donde van a pasar la noche, mandan y cortan los anarquistas, que dos semanas antes habían devuelto a Madrid a tres ministros del Gobierno, considerados traidores y cobardes por haber abandonado la capital.[345]

Y es que los anarquistas daban miedo de verdad.

«Dormimos —refiere José Machado— o mejor diría que lo intentamos casi todos los expedicionarios, en una habitación muy grande y desmantelada, sobre unos colchones que había en el santo suelo. Pequeños y pintorescos incidentes hicieron imposible la realización de nuestro próposito».[346]

A José Moreno Villa le va mejor: le hospedan en el palacio de unos marqueses que, según le cuenta un miliciano, han sido fusilados.[347]

La caravana reemprende la marcha al amanecer. En el Puerto de Contreras hay un percance. «Lo estoy viendo —recordaba Leonor, la hija de Francisco Machado, el hermano menor de Antonio—. El vehículo en el que íbamos nosotros tuvo una avería, empezó a haber un calentón del motor o algo, allí había una hondonada tremenda, y no pudimos seguir. Pasaban las horas y no nos recogía nadie. Intentamos parar un coche que pasó y no paró y se estrelló más adelante. Allí no había ni comida ni restaurantes, nada. Claro, nosotras lo pasamos estupendamente, éramos seis chicas juntas:

yo y mis hermanas Ana y Mercedes, y nuestras primas Eulalia, Carmen y María, las hijas de tío José y tía Matea».[348]

Al fin se ponen otra vez en marcha y alcanzan Valencia sin más problemas. Es el 25 de noviembre.

Los instalan en el Palace Hotel, habilitado como Casa de la Cultura.[349]

Allí tiene lugar una conferencia de prensa. Pío del Río Hortega declara que los madrileños están soportando los bombardeos fascistas «con un estoicismo sorprendente». Machado recalca los daños producidos por la aviación enemiga, está seguro que con premeditación, en los centros culturales y artísticos de la ciudad. «Los fascistas pretenden demostrar con estos inexplicables bombardeos —dice— que no respetan nada y todo les ha sido, y es, indiferente».[350] «Madrid no será de Franco ni de Mola —enfatiza otro evacuado—; cada día que pasa se resiste con más energía. Nadie habla de rendición».[351]

«Yo lo afirmo rotundamente —vuelve a insistir Machado en una entrevista con *La Vanguardia* de Barcelona—. El Museo del Prado, la Biblioteca Nacional, han sido bombardeados, sin otra motivación bélica que la fatal necesidad de destruir que siente el fascismo. He visto las huellas de las bombas dirigidas a estos templos de la cultura […] La cultura es un objetivo militar para los fascistas, y para destruirla envían sus aviones internacionales como embajadores de las fuerzas negativas de la historia». Así las cosas, el intelectual digno del nombre no tiene derecho a inhibirse. Sería ruin. Tras dedicar a García Lorca un recuerdo conmovedor, Machado afirma que él y sus compañeros son milicianos que, en vez de la espada, blanden la pluma.[352]

Se cansa muy pronto de la Casa de la Cultura, por cuyos pasillos va y viene sin parar una multitud de gente. «Agravado en sus dolencias», y «de una nerviosidad y extenuación realmente alarmantes», según José, está claro que no puede seguir allí.[353]

Las autoridades están de acuerdo y optan por un hermoso y espacioso chalé de veraneo situado en pleno campo cerca del

pueblo de Rocafort, a unos veinte minutos de la ciudad en el *trenet*. Se llama Villa Amparo y tiene una grácil torre desde la cual se disfrutan vistas de la feraz huerta valenciana y se atisba el mar al fondo. Desde enero de 2019 es propiedad de la Generalitat (ilustración 9).

Los naranjos y limoneros del jardín recuerdan al poeta los de su paraíso infantil sevillano, y le encanta el canalillo. «Otra vez el agua que desde niño cautivó su atención —comenta José— y que tan significativa es a lo largo de toda su obra poética».[354]

El 11 de diciembre el ministro de Instrucción Pública, el comunista Jesús Hernández, inaugura en la plaza principal de Valencia un gran acto de afirmación republicana. El poeta acepta decir unas palabras.

Acude una multitud impresionante. La banda del Quinto Regimiento interpreta el *Himno de Riego.* León Felipe recita un poema inspirado por la defensa de Madrid. Luego es el turno de Machado.[355]

«Del fondo de este improvisado escenario subió lentamente y con gran esfuerzo el Poeta —escribe José— y surgió su figura como si saliera por el escotillón de una comedia de magia. No creo que el autor de *Soledades* haya hecho en su vida mayor sacrificio. Verse sobre un tablado, en medio de una gran plaza pública y rodeado por un mar de cabezas que se apiñaban para verle y oírle fue, sin duda, algo insólito para él».[356]

Había decidido leer su elegía a García Lorca. José Bergamín rememoraría la escena:

> Yo he visto subir al poeta, un claro mediodía, a un tingladillo levantado en medio de la plaza más grande de Valencia. Le rodeaba una inmensa muchedumbre. Parecía que subía al cadalso. Mas no ahogaba su voz; por el contrario, habló desde allá arriba con tal fuerza que aquel dejo tímido y altivo de su palabra la iba desnudando o, mejor dicho, vistiéndola de sangre, por un pensamiento que expresaba los sentimientos en conmoción de todos los pueblos de España. Cantaba el poeta la muerte de Federico García Lorca. Y quienes escuchábamos aquella voz que tantas veces escuchábamos al cobijo de su intimidad solitaria, le veíamos por vez primera, dibujando en los aires su contorno con precisión exacta, con veracidad justa. Hablaba desentrañando sangrientamente de su propia voz enfurecida algo mucho más hondo que su vida

personal invisible, la vida visible por su palabra, de un pueblo entero. Como un solo hombre la multitud se revelaba en esa voz entera del poeta que al decirse, al hablar, lo hacía como un solo pueblo y como un hombre solo.[357]

Unos días después sale otra entrevista con Machado. Repite lo que ya declaró en Madrid: que habría preferido «permanecer al lado de los que luchan, para compartir con ellos las penalidades de aquel asedio».[358]

Por estas fechas asume la presidencia de la Casa de la Cultura, pero, de hecho, apenas volverá a poner los pies en la ciudad.[359]

No por ello se desentiende de lo que está ocurriendo en el país, al contrario. Lee asiduamente la prensa, escribe, concede más entrevistas y firma manifiestos. Además, si bien José se queda en Villa Amparo, en calidad casi de secretario, Francisco y Joaquín regresan a casa cada noche desde sus respectivos despachos, trayendo las últimas noticias.

En enero de 1937 se empieza a publicar en Valencia la que va a ser la principal revista cultural de la República en guerra, *Hora de España*. En ella publicará Machado, mes a mes, sus reflexiones, a menudo a través de Juan de Mairena. También enviará colaboraciones a la revista *Servicio Español de Información,* dependiente del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, así como a las pequeñas publicaciones que se distribuyen entre los milicianos. Su trabajo a favor de la República será, hasta el final, infatigable.

El 15 del mismo mes se celebra en Valencia una Conferencia Nacional de Juventudes. Forma parte de la presidencia de honor. Explica a la prensa que nunca ha creído en la revolución desde arriba. Tiene que llegar, a su juicio, desde abajo, sobre todo impelida por los jóvenes. «Yo no soy un verdadero socialista —aclara—, y, además, no soy joven; pero, sin embargo, el socialismo es la gran esperanza humana ineludible en nuestros días».[360]

No está dispuesto a engañar a nadie acerca de la naturaleza de su compromiso político, y tendrá la entereza, en varias ocasiones

posteriores, de repetir que no es más que «un viejo republicano» que se mantiene donde siempre ha estado: al lado del pueblo.

Le ha impresionado la intervención en la Conferencia de Dolores Ibárruri. «¡Qué tono de sinceridad, de mujer española auténtica!», declara.[361]

También le está impresionando la actuación de las Brigadas Internacionales. En febrero, cuando muere luchando con ellas el joven escritor británico Ralph Fox, encabeza el telegrama de pésame enviado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas Españoles.[362]

El 16 de marzo Socorro Rojo Internacional organiza en Valencia un festival en beneficio de las víctimas del fascismo. No acude el poeta, pero manda un texto.[363] Titulado *Meditación del día,* expresa, en una mezcla de prosa y verso, su intensa indignación ante la traición de los militares sublevados contra la democracia y la intervención del fascismo internacional.[364]

Un mes después se celebra el sexto aniversario de la proclamación de la República y aporta un hermoso texto para *Hora de España,* titulado *Lo que hubiera dicho Mairena el 14 de abril de 1937.*[365]

En otro, al parecer no publicado, esboza un «resumen» del camino transitado por la República desde 1931: lo conseguido —y fue mucho— durante los primeros dos años presididos por Manuel Azaña; el desastre del bienio derechista; la recuperación de la República con el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936; y, finalmente, la traición de los militares:

> Fue uno de los hechos más cobardes que registra la historia. Los militares rebeldes volvieron contra el pueblo todas las armas que el pueblo había puesto en sus manos para defender a la nación, y como no tenían brazos voluntarios para empuñarlas, los compraron al hambre africana, pagaron con oro, que tampoco era suyo, todo un ejército de mercenarios, y como esto no era todavía bastante para triunfar de un pueblo casi inerme, pero heroico y abnegado, abrieron nuestros puertos y nuestras fronteras a los anhelos imperialistas de dos grandes potencias europeas. ¿A qué seguir?… Vendieron a España…[366]

Con declaraciones así, que sin duda llegaban a la zona «nacional», Machado sabía que los sublevados irían a por él si por fin se salían con la suya.

* * *

El 26 de abril de 1937 se publica un manifiesto firmado por Jacinto Benavente, Machado, Pío del Río Hortega, José Puche —rector de la Universidad de Valencia— y José Bergamín. Va dirigido a los estudiantes, artistas, hombres de ciencia y escritores de la España rebelde y, al parecer, se lanza en forma de octavillas desde aviones. Denuncia la criminalidad del fascismo internacional que se quiere implantar en España y exhorta a quienes lo lean que recapaciten.[367]

El 2 de junio se hace público otro manifiesto, dirigido esta vez al mundo entero, en protesta por el bombardeo de Almería. Vuelven a encabezar la lista de firmantes Benavente y Machado.[368]

El poeta sigue encontrando en el cristianismo —el cristianismo sin Dios— la clave para un mundo futuro en paz. Desde hace años viene razonando que lo realmente original del mensaje de Jesús es su insistencia sobre el amor fraternal. Ya había declarado en 1934 que el marxismo era la praxis política que a su juicio más se aproximaba a las enseñanzas de Cristo. Lo ratifica ahora en su *Carta a David Vigodsky,* publicada en *Hora de España.*

Vigodsky es un distinguido hispanista moscovita. Machado le expresa su convicción de que los rusos, al margen del marxismo, son profundamente cristianos, como en el fondo los españoles, por el énfasis que ponen sobre el amor al prójimo, patente en sus respectivas literaturas. La reciente lectura de *El adolescente,* de Dostoievski, le ha convencido de que no se equivoca. Por parte española ahí está don Quijote, para Machado la exacta representación del alma cristiana de su pueblo. Y allí también su amigo y maestro Miguel de Unamuno, el «incansable poeta de la angustia española», cuya muerte en la Salamanca franquista le ha

producido un hondo dolor. «Creo que pocas cosas le hayan afectado tanto en la vida», escribirá su hermano José.[369]

El 1 de mayo pronuncia un discurso en Valencia, en el cual vuelve a explicar su falta de simpatía por «la idea central del marxismo». Confiesa que no puede aceptar que el factor económico, cuya enorme importancia no desconoce, «sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia». Dice entender «con entera claridad», pese a ello, que el socialismo, «en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios concedidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia».[370]

Unos meses después vuelve a proclamar esta fe en un artículo titulado «Sobre la Rusia actual». ¿Cuáles son las «virtudes específicamente rusas» que han hecho posible el milagro de la URSS? Las encuentra claramente delineadas en la literatura prerrevolucionaria —Tolstoi, Turgueniev, Dostoievski—, en esas figuras que «parecen movidas por un resorte esencialmente religioso, una inquietud verdadera por el total destino del hombre». Es decir, los rusos han sido siempre revolucionarios cristianos. Reconoce que puede parecer paradójico, siendo así, que la Rusia actual profese «un puro marxismo». Pero no ve contradicción y cree posible que el alma rusa «no tenga, en el fondo y a la larga, demasiada simpatía por el dogma central del marxismo, que es una fe materialista, una creencia en el hambre como único y decisivo motor de la historia». El marxismo soviético, según esta óptica, es solo un paso previo y necesario para la creación de una sociedad «de comunión cordial y fraterna». Un camino hacia un mundo mejor. «Mi tesis es esta —termina—: la Rusia actual, que a todos nos asombra, es marxista, pero es mucho más que marxismo. Por eso el marxismo, que ha traspasado todas las fronteras y está al alcance de todos los pueblos, es en Rusia donde parece hablar a nuestro corazón».[371]

¿No le habían llegado rumores acerca de posibles crímenes del estalinismo? Parece ser que no. Le correspondía, como escritor comprometido en cuerpo y alma con la República, ensalzar a sus mayores aliados. Pero lo hace desde una convicción anterior a la revolución de 1917.

* * *

Recibe algunas visitas en Rocafort. Entre ellas las de su viejo y querido amigo Ricardo Calvo, el actor, el escritor Rafael Ferreres, el pintor Xavier de Winthuysen y el ruso Ilya Ehrenburg.[372]

Un día, a mediados de 1937, Ferreres acude a Villa Amparo acompañado del joven filósofo Vicente Gaos, que se queda preocupado al constatar el grave deterioro físico del poeta. «Su cansancio y su agotamiento trascendían en el vacilante pulso con que firmó nuestros libros —dijo ocho años después—. Recuerdo que, para escribir, se puso unas gafas, mientras nos explicaba que ya no tenía vista suficiente para trabajar sin ellas».[373]

En cuanto a Ferreres, observa que a menudo, en medio de la animada conversación, el poeta se abstrae o se ausenta.

¿Pensando en Guiomar o, quizás, en Manuel? El hermano mayor, a quien Antonio echa terriblemente de menos, sigue atrapado en Burgos donde compone poemas malísimos a favor de los rebeldes. En un soneto titulado «¡España!», publicado en *Abc* de Sevilla el 6 de enero de 1937, ha elogiado incluso «la elegancia / con que a la Muerte “toreó” Sevilla». ¡Su Sevilla natal, donde ahora, con el sádico general Queipo de Llano a la cabeza, los sublevados están matando a mansalva! Los tercetos son una bazofia:

¡Oh, la España de Franco, baluarte
contra la plaga asiática en Europa!
¡Siempre vocada a la tremenda hazaña!
¡Oh, de la guerra la pasión y el Arte…
Madre de Mundos, de titanes tropa…
España única y grande. ¡Arriba España![374]

Ferreres, en una de sus visitas, comete la tremenda indiscreción de anunciar que acaba de oír a Manuel en la radio de Burgos. Machado cambia enseguida de conversación. Pero, cuando el joven se despide, le pregunta en la puerta, «solo por curiosidad», qué decía su hermano. «Estaba leyendo unos sonetos patrióticos, uno de ellos dedicado al general Franco», contesta.[375]

El poeta no podía desconocer a estas alturas que Manuel se había convertido, por las razones que fuesen, en uno de los principales corifeos del Caudillo. Un segundo José María Pemán.

En uno de los sonetos compuestos en Valencia vuelve a evocar su infancia sevillana y dirige a Manuel, casi entre líneas, una amarga queja:

Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro, al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.
Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Aviva tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.
Alguien vendió la piedra de los lares
al pesado teutón, al hambre mora,
y al ítalo las puertas de los mares.
¡Odio y miedo a la estirpe redentora
que muele el fruto de los olivares,
y ayuna y labra, y siembra y canta y llora! [376]

Juan Gil-Albert, otro joven escritor valenciano, secretario de *Hora de España,* también acude a Villa Amparo y nota, como Vicente Gaos, el mal aspecto físico del poeta, su envejecimiento, su desaliño: «El cuello sin abotonar, los cordones de los zapatos a medio anudar, el belfo caído; entrecanoso. Sobre sus hombros, a la luz del sol que entraba oblicua por los ventanales, se percibía

depositado un polvillo blanco que, en aquellas alturas, en torno a la antigua testa creadora, hacía pensar, metafóricamente, en la lava de un volcán».[377]

El polvillo, claro, era la ceniza de los sempiternos cigarrillos del fumador redomado. «En los últimos tiempos de la guerra los apuraba mucho más —recuerda José—. Y en los días en que no había ya tabaco, buscaba con avidez sus propios cigarros empezados para acabarlos».[378]

José Machado evoca también la afición de su hermano al café. A veces tomaba ocho o diez tazas por día. «En cambio —añade— nunca fue muy aficionado al té», lo cual, en un admirador de la cultura anglosajona, quizás resulte un poco sorprendente.[379]

* * *

El domingo 4 de julio de 1937 se inaugura en Valencia el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Acuden numerosos autores españoles y extranjeros, todos convencidos de que «el escritor que no hace política hace esta guerra».[380]

El Congreso se celebra en la sala de sesiones del Ayuntamiento. Lo inaugura Juan Negrín, que en junio ha sucedido a Largo Caballero como presidente del Gobierno. Le acompañan cuatro ministros —Jesús Hernández, José Giral, Julián Zugazagoitia y Bernardo Giner de los Ríos— y distintas representaciones de escritores: por Francia, André Malraux y Julien Benda; por Alemania, Ludwig Renn; por la URSS, Mijail Koltsov y Alexis Tolstoi; por Dinamarca, Anderson Nexo; por Inglaterra, el poeta William Auden; por Estados Unidos, el poeta y crítico Malcolm Cowley; por Chile, Pablo Neruda; y, por España, Antonio Machado y José Bergamín.[381]

Impregna el ambiente una tremenda indignación por la actitud ante la guerra española de los Estados sedicentemente democráticos —Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos— que se

han negado a apoyar la República. Los congresistas no tienen dudas acerca de lo que ocurrirá en Europa si el fascismo gana la partida en España. Lo acaba de demostrar el brutal ataque de la aviación nazi a Guernica.

Machado lee una ponencia titulada *Sobre la defensa y la difusión de la cultura.*

Por razones de cansancio, quizás, no aporta un texto original, sino un arreglo de comentarios anteriores en torno al pueblo español y su lucha. Vuelve a rechazar la noción de hombre-masa. ¡No hay tal! El pueblo se compone de individuos, cada uno con sus peculiaridades, sus necesidades y sus derechos.[382]

Varios participantes rememorarán su encuentro con Machado. El poeta cubano Nicolás Guillén le oyó discurrir en Villa Amparo sobre la guerra, «que le preocupaba y ocupaba sin descanso».[383] El escritor Arturo Serrano Plaja recordaba que en una de las sesiones le había visto «una cara tan gris, tan de cansancio que hube de acercarme a él para preguntarle si se sentía bien. Me dijo —mintiendo heroicamente— que muy bien y que si podría yo llevarle una copa de coñac».[384]

Se nota aquel cansancio en una fotografía sacada durante una de las sesiones (ilustración 8).

Concluido el fórum internacional —que luego seguirá en Barcelona y París—, el Gobierno cierra la Casa de la Cultura. Ha habido fricciones entre los distintos partidos en torno a su funcionamiento. Machado, cansado de todo ello, decide limitarse a escribir. «Estoy bastante enfermo, sometido a un estrecho régimen y casi imposibilitado de moverme —le escribe al escritor Juan José Domenchina, redactor de *Hora de España*—. Como sospecho que me queda ya poco tiempo para mi obra, desearía poder consagrarme a ella».[385]

«En el amplio comedor se quedaba todas las noches ante su mesa de trabajo y como de costumbre rodeado de libros —sigue contando José Machado—. Metido en su gabán desafiaba el frío escribiendo hasta las primeras horas del amanecer en que abría el

gran ventanal para ver la salida del sol, o en otras ocasiones, y a pesar de estar cada día menos ágil, subía a lo alto de la torre para verlo despertar allá lejos, sobre el horizonte del mar».[386]

José notaba, con pena, que pese a haber sido el más alto de los hermanos, Antonio parecía cada día más pequeño y delgado.[387]

* * *

¿Y Pilar de Valderrrama? Sin noticia alguna de ella compone un soneto muy hermoso en el que la imagina contemplando el Atlántico lusitano desde, quizás, el cabo da Roca, cerca de Estoril.[388] Impregna el poema, además del intolerable dolor de la separación, el presentimiento de la muerte:

De mar a mar entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre,
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú asomada, Guiomar, a un finisterre,
miras hacia otro mar, la mar de España
que Camoens cantara, tenebrosa.
Acaso a ti mi ausencia te acompaña,
a mí me duele tu recuerdo, diosa.
La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama
y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío.[389]

Lo que no sabe es que, desde febrero de 1937, ya de regreso a la España de Franco, Valderrama vive en la finca de la familia en Palencia.[390]

La contemplación del paisaje primaveral, con el mar reluciente al fondo, trae otra nostalgia, la su efímera felicidad con Leonor y de la altiplanicie castellana donde la vivió:

EL POETA RECUERDA LAS TIERRAS DE SORIA

¡Ya su perfil zancudo en el regato,
en el azul el vuelo de ballesta,
o, sobre el ancho nido de ginesta,
en torre, torre y torre, el garabato
de la cigüeña!… En la memoria mía
tu recuerdo a traición ha florecido;
y hoy comienza tu campo empedernido
el sueño verde de la tierra fría.
Soria pura, entre montes de violeta.
Di tú, avión marcial, si el alto Duero
adonde vas recuerda a su poeta,
al revivir su rojo Romancero;
¿o es, otra vez, Caín, sobre el planeta,
bajo tus alas, moscardón guerrero?[391]

Quizás, al ir naciendo «a traición» el poema, sus recuerdos de Soria, inextricablemente vinculados a la jovencísima esposa muerta —aunque no se la nombra—, le habían hecho pensar en *La tierra de Alvargonzález,* con su historia de codicia cainita y asesina.

Pasa el verano y el otoño de 1937 recluido en Villa Amparo, donde sigue firmando manifiestos antifascistas, redactando artículos de apoyo a la República y reflexiones que van saliendo en *Hora de España.*

Llegan más visitas. En agosto es la del joven escritor alicantino Pascual Pla y Beltrán. Machado elogia la campiña valenciana, pero expresa su preferencia, una vez más, por las estepas de Castilla, duras y resistentes. Ya tiene la certidumbre de que es casi inevitable el exilio. «Cuando pienso en un posible destierro en otra tierra que no sea esta atormentada tierra de España —confiesa—, mi corazón se turba y conturba de pesadumbre. Tengo la certeza de que el extranjero significaría para mí la muerte».[392]

* * *

Ha transcurrido un año desde que la capital de España gritó su contundente «¡No pasarán!». Machado celebra la hazaña con *Madrid. Baluarte de nuestra Guerra de Independencia,* bello cuadernillo ilustrado editado por el Servicio Español de Información. Expresa el desprecio que le inspiran los sublevados y sus aliados, «las hordas compradas al hambre africana», «las tropas italianas de flamantes equipos militares, al servicio de un faquín endiosado» y «los sabios verdugos del género humano, a sueldo de la ambición germana». La mayor grandeza de la capital española reside, a su juicio, en haber luchado —y en seguir haciéndolo— no solo por su propia salvación, o la de la patria, sino por la humanidad entera.

Hacia finales del año Espasa-Calpe publica su libro *La Guerra (1936-1937)*, compuesto en su mayor parte de textos ya dados a conocer en revistas y diarios.

La joven filósofa María Zambrano, cuyo padre fue compañero de Machado en Segovia, elogia el libro en *Hora de España*. Las «terribles circunstancias» que están viviendo los españoles han conseguido, indica, que haya cobrado de repente una enorme relevancia nacional, no solo como poeta, sino como pensador comprometido con su pueblo. A Zambrano le llama la atención su fondo de sereno estoicismo.[393]

Todo indica que Valencia no tardará en caer en manos de Franco y, a finales de octubre, el Gobierno se traslada a Barcelona y, con él, la redacción de *Hora de España.*[394]

A principios de febrero de 1938 las autoridades republicanas le hacen la propuesta de mudanza. Se muestra reacio, como en Madrid.[395]

Sabe, sin embargo, que pronto no tendrá más remedio que doblegarse, pues, si a él le da en el fondo igual, es su obligación pensar en el resto de la familia, sobre todo en su madre. Le preocupa también, y mucho, el futuro de sus seis sobrinas. El 2 de abril expresa su inquietud en una carta al hispanista ruso Fydor Kelyn, con quien ha hecho buenas migas en el Congreso de

Valencia. En ella tantea la posibilidad de trasladarse con la familia a la Unión Soviética si todo sale mal.[396]

Acaba de publicar en la revista *Ayuda* su poema «Alerta (Himno para las juventudes deportivas y militares)». La vigorosa llamada a seguir resistiendo termina:

En las encrucijadas del camino
crueles enemigos nos acechan:
dentro de casa la traición se esconde,
fuera de casa la codicia espera.
Vendida fue la puerta de los mares,
y las ondas del viento entre las sierras,
y el suelo que se labra,
y la arena del campo en que se juega,
y la roca en que yace el hierro duro;
solo la tierra en que se muere es nuestra.
Alerta al sol que nace,
y al rojo parto de la madre vieja.
Con el arco tendido hacia el mañana
hay que velar. ¡Alerta, alerta, alerta![397]

El himno es la despedida de Machado a Valencia. A mediados de abril, ante la caída inminente de la ciudad, el Gobierno ordena su traslado inmediato a Barcelona en el coche oficial que será puesto a su disposición. Esta vez no cabe negarse. El destino se impone.[398]

«Son ya los angustiosos momentos de la guerra en que iba a quedar interceptado el camino entre Valencia y Barcelona —cuenta José—. Con la urgencia del caso recogió sus papeles de más interés. Y como no había tiempo para más, tuvieron que quedar allí muchos libros, revistas y periódicos muy interesantes».[399]

Se está repitiendo lo ocurrido en Madrid y el poeta se apresta a viajar otra vez ligero de equipaje, pero ahora con la intuición de que se va aproximando el final del camino.

¿Y las cartas de Guiomar? José no las menciona pero resulta imposible creer que su hermano no las llevara consigo.

* * *

Sobre las incidencias del viaje de Valencia a Barcelona no tenemos noticia alguna. Llegados a la capital catalana son instalados en el famoso Hotel Majestic del Passeig de Gràcia, a dos pasos de la Casa Milà. No está a gusto el poeta. «En este odioso ambiente de hotel, tan poco propicio a su soledad, pasó un mes —apunta José—. Allí, como en un andén de estación, pasaban, se cruzaban toda clase de personas conocidas y desconocidas, sospechosas.[400]

Menos mal que están hospedadas en el Majestic algunas personas afines, entre ellas León Felipe y José Bergamín, el escritor malagueño Bernabé Fernández Canivell y el hispanista norteamericano Waldo Frank, tan identificado con la causa de la República como asqueado por la política de su país hacia la España democrática.[401]

Al no aguantar Machado ya más el ambiente del hotel las autoridades los instalan, a finales de mayo, en la Torre Castañer, palacio del siglo XVIII —incautado a su propietaria, la marquesa de Moragas—, situado en el Passeig de Sant Gervasi, casi en las afueras de la ciudad al pie del Tibidabo (ilustración 10).

El destartalado edificio está en un estado de decrepitud. «Grandes habitaciones. Salones con profusión de espejos en dorados marcos, piano antiguo, cornucopias, litografías que amarilleaban por el tiempo y grandes y magníficas arañas. El retrato de la marquesa, con un enorme marco circular recargado de purpurina, que sujetaba un cristal que protegía la pintura, hecha al pastel, por el pintor Béjar —recuerda José—. La representaba joven y con un vaporoso traje. En este salón, que era el principal, todas las cosas estaban traspasadas por el tiempo. Los dueños de esta morada eran por aquel entonces los ratones y la carcoma. La

sensación que daba esta vieja Torre era la de que todo iba a caerse hecho polvo».[402]

La propiedad tiene su propia capilla y, en el jardín, un panteón «al que se bajaba por una amplia y tortuosa escalera».[403]

José Bergamín visitó al poeta y apuntó sus impresiones: «Jardín abandonado… Penumbra adormecida bajo un cielo radiante. Señorial abandono. Goteo en la piedra. Sombras. Morada misteriosa. Galerías tiene el sueño como esta que ahora amortigua sus pisadas, como estas que aquí nos encienden su presencia…».[404]

Muy conocedor de la obra de Machado, Bergamín, reflexionando en el exilio sobre el mustio refugio barcelonés del poeta, había intuido la inevitabilidad de que la Torre Castañer le suscitara recuerdos de su infancia sevillana en el palacio de las Dueñas, reflejada en tantos poemas:

Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila
donde van a morir… Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida,
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día.[405]

Las hijas de José y Matea nunca olvidarán aquellas galerías, entre ellas una con cristales donde al poeta le gustaba sentarse y tomar el sol.[406]

Machado apenas sale a la calle y se entrega a la tarea que le consume: seguir escribiendo hasta el final en defensa de la República, ya herida de muerte.

Sus artículos dejan deslizar, de cuando en cuando, algún pequeño detalle de su vida cotidiana o estado de ánimo real. Dos o tres veces admite que no solo está viejo, sino enfermo. Por tal razón, explica en su columna «Desde el mirador de la guerra» en *La*

Vanguardia, no puede ir a París a protestar en el Congreso por la Paz contra los bombardeos de las ciudades abiertas.[407] Revela que está releyendo a Shakespeare y a su querido Rubén Darío, que ahora le parece «mucho más grande que todo cuanto se ha dicho de él».[408] Cabe pensar que tenía muy interiorizado el pequeño poema que el nicaragüense le había dedicado y que figuraba, desde 1917, a modo de pórtico, al inicio de las sucesivas ediciones de las *Poesías completas:*

Misterioso y silencioso
Iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
Que apenas se podía ver.
Cuando hablaba tenía un dejo
De timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
Casi siempre se veía arder…

Quizás, mientras releía ahora a Darío, la plegaria de los últimos versos le enternecería más que nunca:

Montado en un raro Pegaso,
Un día al imposible se fue.
Ruego por Antonio a mis dioses,
Ellos le salven siempre. Amén.[409]

También está releyendo a los catalanes Joan Maragall, Mosén Cinto y Ausías March, sin olvidar a algunos de los actuales. Y hay un recuerdo para el «gigantesco» mallorquín Ramón Llull. Elogia, además, el idioma: «Como a través de un cristal coloreado y no del todo transparente para mí, la lengua catalana, donde yo creo sentir la montaña, la campiña y el mar, me deja ver algo de estas mentes iluminadas, de estos corazones ardientes de nuestra Iberia». Hermoso tributo a una lengua y una cultura que odian a muerte los franquistas.[410]

En sus columnas para *La Vanguardia* Machado ataca una y otra vez el pacto de no intervención acordado por Francia y Gran Bretaña, que traiciona, además de a la España republicana, el talante esencialmente democrático de sus respectivos pueblos. Tanto por razones defensivas propias como por solidaridad política y humana con España se podía haber esperado, sobre todo, el apoyo de Léon Blum y el Gobierno frentepopulista francés. En cuanto a los conservadores británicos, aun cuando no sintiesen simpatía por la causa republicana española, ¿cómo no haber sido capaces de entender que su claudicación solo les iba a acarrear, dentro de poco, peores problemas con Hitler y Mussolini?

El primer ministro británico, Neville Chamberlain, se le antoja un personaje ruin, cobarde, débil e inepto. No puede perdonar que haya dicho públicamente que se niega a «*quemarse los dedos* por la cuestión de España».[411] «Fuera de España, en la brumosa Albión —denuncia—, hay alguien que no duerme, porque, como Macbeth, ha asesinado un sueño, y no precisamente en su castillo de Escocia, sino en el corazón de la City».[412]

Tratar de apaciguar a Hitler no servirá de nada, Machado lo tiene clarísimo. ¡Si lo único que quiere el Führer es aplastar de una vez por todas a los británicos! Lo inteligente habría sido apuntalar la democracia española desde el primer momento, cuando era ya evidente que los fascistas alemanes e italianos ayudaban a Franco, y cortar por lo sano. El egoísmo de Francia y Gran Bretaña ha asegurado que la inevitable contienda internacional sea aún más atroz.[413]

Volviendo la vista atrás a la Gran Guerra, recuerda que él y otros habían llegado a la convicción de que los aliados, debido a su convencimiento de llevar la razón moral, terminarían prevaleciendo. Y así fue. ¿Qué se puede esperar, en la tesitura actual, de líderes desprovistos de principios éticos, de una Sociedad de Naciones inútil y pusilánime? Nada.[414]

Está bastante bien informado acerca del desarrollo de la guerra. La batalla del Ebro, iniciada la noche del 24 de julio cuando los

republicanos cruzaron el río al mando del general Vicente Rojo, le había suscitado el máximo entusiasmo. Al comenzar ahora, cinco meses después, el repliegue, que a muchos les hace pensar que todo está perdido, escribe: «Cualquiera que sea el resultado final de la contienda —yo no he desconfiado nunca de la victoria—, la batalla del Ebro es un ejemplo magnífico de alcance universal, un ejemplo consolador que nos habla del posible triunfo de la justicia sobre la iniquidad».

¿Cualquiera que sea? Machado dejaba abierta la puerta a la duda pese a afirmar luego su fe en la victoria. Debió de ser muy difícil para él compaginar lo que realmente sentía o temía entonces con la responsabilidad de seguir animando a sus lectores.[415]

Saca buen provecho durante estos meses de su Juan de Mairena «póstumo», que se confiesa, como su creador, «un hombre muy atento a los propios sueños, porque ellos nos revelan nuestras más hondas inquietudes, aquellas que no siempre afloran a nuestra conciencia vigilante». Uno que acaba de tener es muy significativo en momentos en que Machado intuye que pronto habrá de huir: ha sido acusado por las «fuerzas vivas» —representadas por «un extraño hombrecillo, con sotana eclesiástica y tricornio de guardia civil»— de abandonar su cátedra de Gimnasia a favor de la otra, la no oficial, de Retórica y Sofística. ¡Y ello cuando la nación se está preparando para la guerra y necesita músculos como Dios manda! Se ha propuesto su destitución, por Real Orden, como peligroso «corruptor de la juventud». Y es un hecho que a Mairena, enemigo de toda violencia física, solo le interesan los combates verbales.[416]

Machado no ha perdido su sentido del humor. Además, como manifiesta Mairena: «El hecho de que vivamos en plena tragedia no quiere decir, ni mucho menos, que hayan totalmente prescrito los derechos de la risa».[417]

* * *

A finales de septiembre de 1938 concede una entrevista a un redactor del semanario parisiense *Voz de Madrid,* para quien es «uno de los más altos símbolos de esta España transida de dolor». Insiste sobre el republicanismo fervoroso de su familia y de sus maestros, y recuerda que el gran político socialista Julián Besteiro fue condiscípulo suyo en la Institución Libre de Enseñanza. Preguntado por la dualidad castellana-andaluza de su obra, se confiesa hombre «extraordinariamente sensible» al lugar en que vive y trabaja. ¿Cómo evitar, pues, la influencia de Soria, y más si allí conoció y perdió a su mujer? En Soria practicó su «manía andariega», subió al nacimiento del Duero e hizo excursiones a Salas, «escenario de la trágica leyenda de los Infantes», que le inspiró su poema de Alvargonzález. Poema, se complace en señalar, montado en versión escénica por García Lorca («¡Pobre Lorca!») —a quien conoció por vez primera cuando era todavía sobre todo músico— y los estudiantes universitarios de La Barraca.

El entrevistador, a sabiendas de que le encanta hablar de Juan de Mairena, dirige hacia el apócrifo la conversación. ¿Le podría decir algo al respecto? «Es mi "yo filosófico" —contesta— que nació en épocas de mi juventud. A Juan de Mairena, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos. Aquellas impresiones, que yo iba resumiendo día a día, constituían un breviario íntimo, no destinado en modo alguno a la publicidad, hasta que un día… un día saltaron desde mi despacho a las columnas de un periódico».[418]

A las tres hijas de José y Matea les quedan pocos días en España, pues sus padres han decidido, después de largas deliberaciones con Antonio, ponerlas a salvo. Toda vez que se está organizando una evacuación de niños a Francia, con la intervención de La Pasionaria, con ellos se van. Antonio y su madre no las volverán a ver, y sus padres solo nueve años después.[419]

No cabe duda de que el Partido Comunista utilizó en estos meses, o trató de utilizar, al poeta. Lo demuestra el testimonio de

Enrique Castro Delgado —uno de los dirigentes del Quinto Regimiento— en su libro *Hombres made in Moscú,* donde recuerda una visita a la Torre Castañer acompañado del comandante Carlos Contreras, con quien se había sentado Machado en la despedida de Madrid, y el poeta Pedro Garfias.

Delgado acusa a Machado de ingenuidad, de haber sido «prisionero de una gran mentira» y de no haber comprendido que a Moscú le importaba un bledo España y la democracia.

«¿Qué poder tiene el Partido que hizo divorciarse a este hombre del alma de España?», dice Castro que se preguntó durante su visita. «¡La mentira había hecho su obra: entontecer a un hombre que era además de eso uno de los más grandes poetas de la España eterna; cegarle para que no viera una realidad». Y sigue el excomunista: «Le habían encerrado en una prisión invisible en la que solo hablaba con sus carceleros, en la que solo convivía con sus carceleros, en la que solo escuchaba a sus carceleros, que llevaban tabaco y comida a aquella casa demasiado grande para aquellas gentes tan viejas y tan sobrias en todo, aquella casa en medio de aquel jardín que se parecía tanto a aquellos cementerios abandonados y tristes que Castro recordaba de sus años verdes…».

Según Castro Delgado, Machado tenía el proyecto de escribir una historia del Quinto Regimiento, otra prueba de que era una víctima más de la propaganda de Moscú.[420]

El hecho, sin embargo, es que el poeta siempre guardó las distancias con el PC.

Recibe otras visitas. Entre ellas las dominicales del conocido musicólogo asturiano Eduardo Martínez Torner —estudioso empedernido del cancionero popular y compañero de Machado en las Misiones Pedagógicas, que toca el viejo piano del palacio—, del fonólogo Tomás Navarro Tomás y del filósofo catalán Joaquín Xirau, que interpreta «con gran personalidad famosas sardanas».[421]

En febrero de 1939 José Machado le escribirá a Navarro Tomás: «Mucho le recordamos a usted en los últimos tiempos en que su grata presencia nos acompañaba. Aquellas reuniones inolvidables,

de las que fue usted fundador, quedarán grabadas en nuestro corazón para siempre, como el mejor disco de toda su magnífica colección».[422]

En cuanto a Xirau, rector de la Universidad de Barcelona y colaborador de *Hora de España,* rememorará en el exilio con cuánto placer intervenía el propio Machado en aquellas sesiones: «Veía don Antonio en esas coplas una gran profundidad de pensamiento y tenía la idea de que probablemente en ellas estaba el germen de una filosofía española. Sus versos están llenos de coplas, muy revestidas de dignidad poética y de simbolismo francés, pero por dentro hay el esqueleto de la copla: la sentencia».[423]

Cuida al poeta el doctor José Puche Álvarez, director general de Sanidad, que le había conocido en Valencia y ahora le prodiga sus atenciones. «Sentía yo por él la gran admiración que todos los españoles tenían —recordará en México—. A esa admiración se debe quizá que me lo imaginara como un hombre poderoso, fuerte. Pronto me di cuenta de que tenía ante mí una máquina gastada… Fui prestando a don Antonio una asistencia más de amigo que de médico, teniendo él la comprensión de un paciente inteligente y yo ciertas tolerancias para el enfermo, llegando incluso a un acuerdo para que pudiese transgredir a veces mis disposiciones».

Puche no podría olvidar el cariño mostrado por Machado a su familia, tampoco su dignidad y estoicismo ante el sufrimiento propio. Recordaba que la madre le cuidaba «como a un niño de pocos años, con preferencia a sus otros hijos, porque era el *hijo enfermo».* [424]

* * *

Una de las mayores alegrías de Machado en sus últimos meses barceloneses es la publicación, por la editorial Nuestro Pueblo, de una pequeña antología suya titulada *La tierra de Alvargonzález y Canciones del Alto Duero*. Va destinada, como todos los libros de la casa, entre ellos un *Romancero gitano* de Lorca, a los combatientes.

El frontispicio lleva un retrato a lápiz del poeta de José y, entre los poemas escogidos, figura «A un olmo seco». Da a entender que en estos momentos trágicos, en que todo se viene abajo, tiene muy presente a Leonor.

Sigue trabajando. El 29 de octubre publica en *La Vanguardia* una férvida despedida a las Brigadas Internacionales. «Amigos muy queridos, compañeros, hermanos —termina—: la España verdadera, que es la España fiel al Gobierno de su República, nunca podrá olvidaros. En su alma lleva escritos vuestros nombres: ella sabe muy bien que el haber merecido vuestro auxilio, vuestra ayuda generosa y desinteresada, es uno de los más altos timbres de gloria que puede ostentar».[425]

El 22 de noviembre se transmite por «La Voz de España» una alocución del poeta dirigida a todos los españoles —no consta si leída personalmente por él—. En ella vuelve a incidir sobre la traición cometida por los rebeldes al abrir las puertas de España a la ambición y la codicia imperialistas de Alemania e Italia. Y, al aludir al documento de trece puntos de Juan Negrín, con su oferta de una paz digna, apela al dictado de la conciencia del otro bando: «Él os señalará —asegura— el único camino para ser españoles.» Se puede imaginar la reacción de la «Quinta Columna» ante tal recomendación.[426]

Su salud no deja de empeorar. «Don Antonio está flaco, macilento —apunta el periodista Lluís Capdevila—. Tiene el rostro descarnado, amarillento, anguloso. Está casi calvo, una pobre calva de maestro de escuela. Usa unas gafas que le comen la faz chupada, marchita. La boca, su boca de sensitivo, de hombre bueno, se quiebra en una pálida, en una tierna sonrisa. Ha enflaquecido mucho. ¡Qué cambiado está Antonio Machado! ¡Cómo ha envejecido!».[427]

La ofensiva de Franco contra Cataluña se inicia el 23 de diciembre, y unos días después empiezan a caer las primeras bombas sobre Barcelona. En estas fechas Ilya Ehrenburg visita al poeta, llevándole cigarrillos franceses y café. Nota que ha decaído

considerablemente desde su encuentro en Valencia del verano anterior: «Machado tenía mal aspecto: iba encorvado y se afeitaba raramente, lo que le hacía parecer todavía más viejo. Tenía sesenta y tres años; caminaba pesadamente. Solo sus ojos estaban llenos de vida, brillantes». «Quizá, después de todo, nunca aprendimos a hacer la guerra —le dice el poeta—. Además, carecíamos de armamento. Pero no hay que juzgar a los españoles demasiado duramente. Esto es el final: cualquier día caerá Barcelona. Para los estrategas, para los políticos, para los historiadores, todo estará claro: hemos perdido la guerra. Pero humanamente, no estoy tan seguro… Quizá la hemos ganado».

Acompaña al ruso hasta la verja de la finca. «Me volví —sigue Ehrenburg— y miré a este hombre triste, encorvado, tan viejo como España, este tierno poeta. Y vi sus ojos, tan profundos, que nunca respondían, que, al contrario, siempre preguntaban algo, sabe Dios qué… Lo vi por última vez. Aullaba una sirena. El bombardeo comenzaba de nuevo».[428]

Machado recibe de su admirado Enrique Líster una carta y un «espléndido regalo» de Año Nuevo, tal vez tabaco. Le dice, en su nota de agradecimiento, que sus palabras, así como el aprecio de sus hombres, le han llenado de «optimismo y esperanza».[429]

Es imposible creerlo. En estos instantes, preñados de angustia, la única pregunta es cuántos días u horas tardarán los fascistas en tomar la ciudad.

6
CITA CON ELLA

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar… Mas Ella no faltará a la cita.[430]

El 6 de enero de 1939 Machado publica en *La Vanguardia* el que será el último artículo de su serie «Desde el mirador de la guerra». Es, una vez más, la rabia que le suscita «la política filofascista de Inglaterra y Francia». El tiempo ganado con el pretendido apaciguamientode Hitler no les servirá de nada. Al abandonar la República, al no comprender la tremenda amenaza que significa para ellos la instalación del fascismo internacional en España, están propiciando su propia destrucción.[431]

El 15 de enero, el general Juan Yagüe —el de la carnicería de Badajoz— toma Tarragona. Unos días después se intensifican los bombardeos sobre Barcelona. Se calcula que la aviación italoalemana la ha visitado veintiocho veces en las últimas cincuenta horas. Las muertes entre la población civil han sido numerosas.[432]

Nadie duda que la caída de la ciudad es inminente. Y se presiente, con razón, que las represalias serán brutales. El pánico se propaga con la rapidez de una conflagración forestal. La gente solo piensa en escaparse como sea, en huir hacia la frontera, en salvar el pellejo.

En estos momentos llega un aviso oficial urgente a Torre Castañer: hay que estar preparados para salir en cualquier instante.[433]

Machado acaba de leer, casi seguramente en *La Vanguardia,* la alocución radiofónica dirigida por el general Vicente Rojo a ambas zonas y animando a los republicanos a hacer un último esfuerzo.[434] El poeta admira profundamente a Rojo —militar singular al ser, además de republicano, católico sincero— y le emociona tanto su discurso que le escribe enseguida:

> Veo que el cumplimiento del deber más estricto es, al par, el motivo de más alta satisfacción para un español de nuestros días, porque sus palabras hablan al corazón de todos los españoles, son la voz de España misma en expresión de sus valores más esenciales. La suerte ha querido que en la más alta cumbre del ejército apareciese en su persona una representación integral de nuestra raza. No es poca fortuna para todos.

«Mi más respetuoso saludo militar —termina—; la expresión más sincera de mi admiración y de mi entusiasmo».[435] El «saludo militar» demuestra que hasta el final sigue considerándose defensor, con su pluma-espada, de la República.

El domingo 22 redacta un artículo sobre Rojo. Al constatar que no vienen a recogerlo a la hora convenida, llama por teléfono. Por fin aparece un motorista. No se sabrá nada más del texto.[436]

Aquella medianoche llega un coche oficial enviado por el doctor Puche Álvarez. Hay que irse de inmediato. Se ha dicho que el poeta se puso su mejor traje, «uno azul marino, limpio y bien planchado».[437]

Antonio, su madre, José y su mujer, Matea Monedero, suben con sus poquísimos bártulos al vehículo, que los lleva a la Dirección General de Sanidad. Allí se les une una ambulancia repleta de intelectuales y profesionales y, tras una espera acompañados por el doctor Puche, vuelven a ocupar el mismo coche.[438]

Joaquín Xirau, que ha hecho gestiones a favor de la familia, se incorpora al grupo con su mujer y, hacia las tres de la madrugada, la caravana se pone en marcha.[439] Cuando gana las afueras de la

ciudad, empiezan a sonar las alarmas y taladran el cielo los brillantes rayos de los reflectores. Otro bombardeo.[440]

¿Habían recibido los Machado alguna noticia de última hora de Joaquín y su mujer, que residían en otro barrio? ¿Estaban al tanto de que Francisco y su familia, que tampoco vivían con ellos, ya habían salido para La Junquera en un coche particular, o que lo harían en cualquier momento?[441]

No sabemos nada al respecto.

Los coches enfilan la carretera del litoral y, después de cruzar por Masnou, Premià de Mar, Vilassar de Mar, Mataró, Arenys de Mar y Canet de Mar, giran, al alcanzar Malgrat de Mar, hacia el interior. Ya hay mucho tráfico. Al amanecer del 23 de enero alcanzan Girona. Está atestada de toda clase de vehículos abarrotados de gente que huye hacia Francia. Unos meses después Joaquín Xirau recordará la escena:

> Camiones enormes cargados de cajas, sillones, ruedas y hélices, ficheros, máquinas de escribir… obstruían el paso. A pesar de la aglomeración el silencio era imponente. Estuvimos allí varias horas detenidos. No era posible pasar. Era un ambiente de cansancio y miedo.[442]

Consiguen arribar, discurriendo por caminos comarcales, a la pequeña localidad de Cervià del Ter, a unos diez kilómetros de Girona. El alcalde les ofrece una comida caliente. Luego los guía a una masía ubicada en el cercano pueblo de Raset. Se llama Can Santamaria.[443]

Allí pasan cuatro días. Años después, la administradora de la finca, Llúcia Teixidó, recordará que Machado se encontraba muy mal al llegar y que le dio un «licor casero» para ver si se recuperaba un poco. Según ella, le pidió encarecidamente que le guardara un maletín. Se negó, alegando que era una responsabilidad que no se sentía capaz de asumir.[444]

¿Llevaba Machado consigo las cartas de Guiomar? Es casi seguro que sí. ¿Cómo se iba a desprender de ellas? De haber aceptado Teixidó guardar el maletín, hay que deducir que el poeta se habría quedado antes el paquete.

Van llegando a Can Santamaria otros refugiados procedentes de Barcelona. Entre ellos, el escritor Corpus Barga, el poeta Carles Riba y su mujer, el gran amigo de los Machado Tomás Navarro Tomás, el naturalista Enrique Rioja, el neurólogo José Sacristán —otro de los evacuados madrileños—, el profesor Juan Roura, el psiquiatra Emilio Mira López, Josep Pous i Pagés —presidente del Institut Català de Literatura—, el doctor Joaquim Trias i Pujol, el astrónomo Pedro Carrasco y el geólogo José Royo Gómez.[445]

> Eran unos días magníficos —referirá Xirau—. Con la paz del campo parecía imposible que hubiera guerra. Allí se reanudaron las tertulias y se hicieron incluso proyectos para la reorganización de la labor intelectual. Don Antonio pasaba las horas al pie de la ventana contemplando el campo de Cataluña. Deseaba vivamente verlo para cantarlo. No le había sido posible visitarlo antes por la carencia de vehículos. Esa contemplación del campo era su mayor placer, lo miraba, lo acariciaba con la mirada.[446]

Se ha conservado una fotografía sacada en el patio de la masía por José Royo Gómez. Machado, sentado, contempla el suelo, con su bastón en la mano derecha. Parece un anciano. A su izquierda, de pie, está su hermano José. Miran con intensidad la cámara José Sacristán, Enrique Rioja y Juan Roura.[447]

Rioja rememoraba más de treinta años después:

> Poco antes de llegar a Cervià se nos sumó un coche en el que venían Machado con su madre, su hermano y otros familiares. Juntos proseguimos al pueblo en el que permaneceríamos hasta el día 28 [sic] al anochecer, alojados en una masía. Estos días transcurrieron en torno al lugar fotografiado, en medio de tribulaciones y negros pensamientos, fáciles de imaginar. Don Antonio, todavía, de vez en vez, hacía gala de un humorismo que dejaba traslucir su estoicismo y la serenidad plena de su espíritu. La mayoría de nosotros estábamos despedazados. Era sin duda el que más dominio tenía sobre sí.[448]

El jueves 26 se enteran de la caída de Barcelona. Hay que reemprender la marcha. Por la noche llegan una camioneta para recoger los equipajes y luego unas ambulancias.[449]

Todos los caminos comarcales están atiborrados de gente huyendo hacia la frontera y la caravana tarda mucho en alcanzar su

próximo destino: el Mas Faixat, a solo unos pocos kilómetros de distancia (ilustración 11).[450]

Gracias a José Machado sabemos que pasaron la que iba a ser su última noche en España en la gran cocina de la masía, calentada por una chimenea de leña, donde la «constante inquietud» no permitió descansar a nadie, y menos dormir:

> El Poeta, en esta noche de horrible pesadilla, parecía una verdadera alma en pena entre aquella desasosegada multitud. Miraba en silencio aquellos diversos corrillos que se habían formado aquí y allí […]. El alba nos iba a encontrar a todos mucho más viejos que cuando llegamos… En aquella noche demoníaca entraban y salían milicianos con sus mantas y fusiles, cargados además con grandes ramas para reavivar el fuego, ya casi extinguido. El frío del amanecer se sentía hasta la médula de los huesos […]. El Poeta, entumecido y agobiado, guardaba el más profundo silencio viéndose rodeado de todas estas gentes que como en una última oleada de un baile infernal y en un postrer espasmo de movimiento, recogían sus pobres bagajes de maletas, sacos y bultos de las más extrañas formas, para seguir el triste camino del destierro.[451]

Tomás Navarro Tomás comentaría que Machado le confesó durante estas terribles horas: «Yo no debía salir de España. Sería mejor que me quedara a morir en una cuneta».[452]

A Navarro Tomás le debemos otro recuerdo muy interesante. Justo en vísperas de la guerra quiso registrar la voz del poeta para el Archivo de la Palabra, cuya parafernalia estaba instalada en el Centro de Estudios Históricos de Madrid —situado al lado del Hotel Palace, en la calle de Medinaceli—. Pero Antonio siempre aducía una excusa. Un día, desesperado, Navarro Tomás le hizo escuchar la voz de Ramón del Valle-Inclán, captada poco antes de su muerte aquel febrero. Se sorprendió sobremanera al ver que Antonio lloraba: «Cuando usted quiera, registramos», dijo. A las pocas semanas empezó la guerra. Ya era demasiado tarde.[453]

Durante aquella noche, según Enrique Rioja, catalanes y castellanos

> comulgaban en el mismo y común dolor. Allí, en un viejo diván, don Antonio conversaba, pausado y sereno, con Navarro Tomás, Corpus Barga y otros. En algún otro lugar Carles Riba hablaba, en un ambiente de tristeza, con un grupo de escritores. La luz mortecina, la desesperanza mucha y la fatiga que se apoderaba de nosotros […] creaban un

ambiente que imagino es el de todas las retiradas ante el acoso de los vencedores que avanzan.[454]

Riba había improvisado, al llegar, unos versos:

Tristes banderes
del crepuscle! Contra elles
sóc porpra viva.
Seré un cor dins la fosca;
porpra de nou amb l'alba[455]

que luego dedicó, en español, a Machado: «Con admiración y afecto, en la común esperanza que aún nos alienta. A Don Antonio Machado, de su fiel amigo Carles Riba».[456]

De Joaquín Xirau tenemos la evocación más pormenorizada de lo ocurrido aquella mañana, 27 de enero. Natural de Figueres, conocía al dedillo el mapa de l'Empordà:

Se organizó una caravana de tres ambulancias. Nos dirigimos a la carretera general. Nos detuvimos en el pueblo de Bàscara para recoger a unos ancianos familiares. La casa solariega en que habitaban se hallaba abandonada ya. En el puente del río Fluvià se detuvieron las ambulancias. No era posible seguir. La carretera estaba literalmente obturada. En la oscuridad de la noche fue preciso realizar una difícil maniobra de retroceso.[457]

El convoy, avanzando por caminos secundarios, llega a Torroella de Montgrí en busca de aceite. No hay. Sigue hasta L'Escala, donde tampoco lo consiguen. De repente irrumpe la aviación enemiga. «La mayoría buscó refugio entre las quiebras de las rocas —continúa Xirau—. Machado y su madre y algunas personas más se quedaron en la ambulancia». Pasado el susto, se ponen otra vez en marcha. Y he aquí que se extiende ante ellos la ancha llanura de l'Empordà con sus pueblos: Armentera, Sant Pere Pescador, Castelló d'Empúries… Pronto aparece Figueres.[458]

La ciudad —donde el 1 de febrero se celebrarán las últimas Cortes de la República— ha sido brutalmente bombardeada por la aviación franquista.[459] Según Xirau, la caravana no entró en ella,

pero algunos familiares del poeta han afirmado que sí y que fue allí donde tuvo lugar un inesperado reencuentro con Joaquín, que habría llegado con su mujer en un vehículo que luego los llevaría a Francia por La Junquera.[460]

Los otros han decidido alcanzarla por el litoral.

Para llegar al mar, según Xirau, el convoy subió por la endiablada carretera de Cadaqués y bajó desde Perefita a Port de la Selva. Tal ruta parece inverosímil aunque, por razones que desconocemos, pudiera haber sido la escogida.

> Al pasar por Llançà —sigue Xirau—, las campanas tocaban alarma. Las mujeres y los niños buscaban refugio en las cavernas y en las torrenteras. Había en la carretera grupos de soldados armados. Aparecieron los aviones. Un pequeño grupo de soldados detuvo las ambulancias. Pretendían subir para pasar la frontera. Les mostramos el interior atestado y les explicamos la calidad de las personas que iban en ellas. Saludaron respetuosamente y nos abrieron paso.[461]

Están ya a solo veinticinco kilómetros de la frontera, pero la carretera se hace más intransitable cada minuto por la multitud de vehículos y de gente a pie que la van atiborrando. Además, el tiempo ha empeorado, empieza a rugir la tramontana y cae una lluvia helada.

Corpas Barga no podrá olvidar aquel escenario de espanto: «Por los caminos se arrastraban millares de hombres, mujeres y niños con sus ajuares y sus animales domésticos, venidos de todas partes, algunos de lejos, en toda clase de automóviles o en carros, hasta en cañones tirados por tractores».[462]

Para hacerlo todo más atroz no solo está la aviación, sino, además, la amenaza de bombardeos desde el mar. Cada vez que se aprecia el zumbido de los aeroplanos la caravana se para y sus ocupantes se echan a las cunetas. Al poeta —quien, según José, bajaba siempre el último en estas ocasiones— se le oye decir en una de ellas «que era muy natural tener miedo, pero que aunque no fuese más que por decoro, no había para qué dar este espectáculo y que…, por lo demás, si le cayera una bomba, como esta llevaba

en sí misma la solución definitiva del problema vital, no había para qué apresurarse tanto».[463]

> Cerca de la frontera —refiere Xirau—, los chóferes de las ambulancias que nos conducían nos dejaron en medio de la carretera, sin maletas ni dinero, al entrar la noche en un alto acantilado cerca del mar en medio de la muchedumbre que se apretujaba. El frío era intenso. Llovía abundantemente. Cuarenta personas. Mujeres. Niños. La madre de don Antonio, de ochenta y ocho años [sic], con el pelo calado de agua, era una belleza trágica.[464]

Aquel dramático momento se produce a la mitad de la empinadísima loma, después de Port Bou, que culmina en el alto de Els Balitres («Los Límites»), a unos quinientos metros de la frontera. El relato de José Machado confirma que no tuvieron más remedio que dejar en la ambulancia sus mínimos equipajes, entre ellos el maletín que Antonio había querido dejar con la masovera de Raset. Tenían la esperanza de volver a recogerlos, dice, pero resultó del todo imposible. Allí se perdieron para siempre, presumiblemente, las cartas de Guiomar.[465]

Sigue arreciando la lluvia y, empapados hasta los huesos, suben penosamente hacia arriba en medio de una inmensa multitud desesperada.[466]

En la frontera se agolpan miles de personas sin documentación. Un caos. Y se comportan con dureza los guardias senegaleses. «Era hacia la caída de la tarde —recordará Matea Monedero— y la llovizna hacía que a aquellos enormes soldados negros que estaban allí quietos, con su fusil, les brillase la cara. Daban miedo».[467]

Se obliga a José y Matea a pasar por un control sanitario, pero, gracias por lo visto a gestiones previas en España, a Antonio y a la madre no les ponen pegas.[468] Además, Corpus Barga —que tiene los papeles en orden y habla bien francés— les ha explicado que Machado es un poeta muy conocido, «algo así como un Paul Valéry español». «En la casa de los gendarmes nos dieron a todos un pedazo de queso y una gran rebanada de pan blanco y esponjoso —recordaba Joaquín Xirau—. Nunca habíamos hallado nada tan sabroso como aquel pedazo de pan que nos ofrecía la hospitalidad

francesa».[469] Hasta parece que se puso a su disposición un coche celular para llevar a Machado y su madre a la estación de Cerbère, cuatro kilómetros más abajo.[470]

* * *

Se refugian en la cantina de la estación. Al poco tiempo se juntan con ellos José y su mujer. En los andenes, los gendarmes «forman levas para los campos de concentración, separando a hijos de padres, y a las mujeres de los maridos». «Fue un verdadero milagro —continúa José— que escapásemos de las garras de estos esbirros».[471]

Xirau consigue que el jefe de estación les permita pasar la noche en un vagón situado en vía muerta. Hace un frío intenso.[472]

> El ruido de la lluvia que continuaba cayendo en abundancia nos hizo apreciar todo el valor de aquel refugio mínimo —sigue el filósofo, que no podrá olvidar la penosa situación de la madre—. A las seis de la mañana el tren había de partir con los refugiados para repartirlos por los campos de concentración. Machado y los que le acompañábamos hubimos de instalarnos en la sala del restaurant de la estación. Machado sufría intensamente por su madre que, medio atontada, no cesaba de decirnos: «Hemos de ir a saludar a estos señores tan amables que han tenido la bondad de invitarnos». Con esta idea se escapaba a cada momento del restaurant. Una vez se escapó y se perdió por los andenes en medio de la multitud. Conseguimos hallarla y calmar la exasperación de don Antonio. Este la riñó con dulzura y ya no se movió más de su lado.[473]

Es la mañana del 28 de enero de 1939.

Corpus Barga multiplica sus atenciones para con la familia y se traslada con Tomás Navarro Tomás a Perpiñán. Allí hacen unas gestiones eficaces. Por la tarde vuelven a Cerbère con dinero y una carta en la cual Julio Álvarez del Vayo, el ministro de Estado de la República —a quien Antonio ha tratado en Barcelona— comunica al poeta que la embajada Española en París toma a su cargo los gastos de la familia.[474]

Xirau da una versión algo diferente. Cuenta que aquel mediodía llegó casualmente al restaurante José Giral Pereira, presidente del Gobierno al inicio de la guerra. «Fui a saludarlo —relata— y le

expliqué la situación de don Antonio. Nos dio 300 francos. Con esto y algún dinero que me mandaron telegráficamente unos amigos de la Sorbona pudimos comer y emprender el viaje».[475]

Los Machado, aconsejados por Corpus Barga, acceden a parar por el momento en el pueblo costero de Collioure, a veintiséis kilómetros de la frontera. Hasta allí se traslada el grupo en tren aquella tarde.

En la estación, al llegar, preguntan a un joven empleado de ferrocarriles, Jacques Baills, si les puede dirigir a un hotel económico. Les recomienda el Bougnol-Quintana, donde él mismo vive. Está situado a unos trescientos metros más abajo, al otro lado de la placeta (ilustración 16).[476]

La avenida de la estación está en obras. No hay, pues, taxis, y deben ir andando. Además, está lloviendo y hace frío. Corpus Barga lleva en brazos a Ana Ruiz, que no pesa más que una niña pequeña. Mientras avanzan, ella le susurra al oído: «¿Llegamos pronto a Sevilla?». ¡A Sevilla! El escritor no sabe si es una broma o si la pobre «había vuelto en su imaginación a su juventud, cuando era una madre feliz en la capital de Andalucía».[477]

En la placeta hay una tienda de mercería, cuya dueña se encuentra en la puerta cuando ve aproximarse al pequeño grupo de forasteros. Le preguntan si pueden descansar un rato en su establecimiento. Años después, Juliette Figuères —que así se llama — le contó al hispanista francés Jacques Issorel:

> Les dije que sí y les hice sentarse, les di café con leche para reanimarlos un poco. La mamá estaba muy cansada, no podía decir nada de lo seca que tenía la boca, y como le digo, la llevaban, pues no podía andar. Ese señor [Corpus Barga], que hablaba bien el francés, preguntó si no había un taxi y si había un hotel. Le dije: «El hotel, lo tiene usted en frente», pero como el río llevaba agua, no se podía pasar por el vado y era preciso dar la vuelta por el cementerio. Mi marido le dijo: «Vaya a ver si el dueño del garaje puede venir a buscarles». Ese señor se fue y nosotros charlamos un rato, porque Antonio hablaba muy bien francés. Hablamos en francés y los demás no decían casi nada. En fin, yo conozco el español y pude charlar un poco con la mujer de José. Cuando llegó el taxi, se subieron en él y me dieron las gracias. Se quedaron en casa media hora larga y después se fueron al hotel Quintana.[478]

Pauline Quintana, dueña del hotel, es una persona afable que simpatiza con la República española en su lucha contra el fascismo y está dispuesta a hacer todo lo que pueda para ayudar a los huidos que lleguen a su casa, donde ya se están hospedando varios. Pone a disposición de los Machado dos habitaciones en la primera planta: una para Antonio y su madre, la otra para José y Matea.

Han arribado a Collioure con lo puesto y sin francos. Antonio está enfermo, la madre exhausta. Pero, con todo, se han librado de lo peor: del horror de los cercanos y vergonzantes campos de refugiados, en realidad de concentración —Saint Cyprien y Argelès-sur-Mer—, donde se van hacinando en estos momentos, en condiciones infrahumanas, miles de sus compatriotas menos afortunados.

Jacques Baills, el ferroviario, tiene con Pauline Quintana una relación amistosa. Cuando le pregunta por la noche si están allí los españoles con quienes habló en la estación, le dice que sí y que se han acostado sin cenar. Años después, hablando con Jacques Issorel, Baills referirá su primera conversación con el poeta:

> Al cabo de dos o tres días, y teniendo por costumbre el llevar las cuentas de Madame Quintana (me encargaba de apuntar en el registro del hotel el nombre de todos los clientes que habían llegado la víspera o la antevíspera), vi, al ir apuntando los nombres, el de Antonio Machado, que se había presentado como profesor. Esto me hizo reflexionar, e inmediatamente me acordé de que hacía tiempo, cuando iba a clase nocturna, había aprendido poesías de Antonio Machado.
>
> Así pues me atreví a ir a preguntarle si el profesor que estaba en el hotel era Antonio Machado, el poeta que conocía. Y entonces sin darle importancia ni nada, sin ni siquiera sonreír, me dijo: «Sí, soy yo». Así que empezamos a hablar, él me preguntó cómo conocía el español, si era de origen español, y yo le dije: «No, solo que, como todos los franceses que viven en la frontera, es natural que aprendamos un segundo idioma que es el español». Y le pedí permiso para poderle hablar precisamente en dicho idioma, lo que aceptó encantado, diciéndome: «Pero yo le contestaré sin duda en francés». Ya ve usted la sensibilidad que tenía. Y a partir de entonces al final de cada comida iba a verles, me sentaba con ellos y charlábamos un ratito. Que hayamos mantenido conversaciones de tipo político, eso nunca. Hablábamos de cosas triviales, porque yo sentía que me estaba tratando con alguien que se situaba muy por encima de mis posibilidades, y que enseguida me vería dificultado para contestarle.[479]

A Machado le debió de emocionar tener entre las manos el cuaderno que le lleva Baills. Cinco años antes había copiado en él,

durante sus clases nocturnas, algunas composiciones del poeta que le gustaban especialmente. Todas de su primera época, entre ellas «Abril florecía / frente a mi ventana…»,[480] «Recuerdo infantil» («Una tarde parda y fría / de invierno…»)[481] y uno de los poemas más característicos, y logrados, del joven Antonio, tan influido por Paul Verlaine y el simbolismo francés, y con un trasfondo de copla andaluza:

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!…
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero…
—La tarde cayendo está—.
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón».
Y todo el campo un momento
se queda mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.
La tarde más se obscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.
Mi cantar vuelve a plañir:
«Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada».[482]

Para el poeta, tan necesitado en estos momentos de lecturas en español, la aparición de Baills es casi un milagro. Le presta dos novelas de Pío Baroja, *El mayorazgo de Labraz* y *El amor, el dandismo y la intriga*, una traducción de *Los vagabundos*, de Máximo Gorki, y «un folleto, ¡oh, algo sin importancia! Una publicación breve que precisamente trazaba de manera concisa la vida, obra y muerte de Blasco Ibáñez». «¿Era una premonición? —sigue Baills—. No lo sé. Lo cierto es que leyó este libro como los demás y me lo devolvió. Y ahora casi diría que lamento habérselo prestado porque quizás le hizo pensar en un fin próximo».[483]

Era, con casi toda seguridad, *La muerte del águila. Vida y recuerdos de Blasco Ibáñez. Su reivindicación y muerte*, de José San Román, folleto —no se equivocaba el joven ferroviario al describirlo así—, publicado en 1928, a los pocos meses del fallecimiento en Mentón del mundialmente famoso novelista valenciano, cuyo nombre había figurado al lado del de Machado en el manifiesto fundacional de Alianza Republicana en 1926.

El librito tiene una llamativa portada protagonizada por un esqueleto envuelto en un sudario negro y agarrando en la mano izquierda un arco con el cual acaba de tirar una flecha mortal. Es muy posible que, según temió después Baills, el texto afectara a Machado, sobre todo el breve relato del entierro del escritor en el cementerio de Mentón, entierro al cual el Gobierno del general Primo de Rivera no se dignó enviar representación oficial, dada la férrea oposición del novelista al régimen. Blasco Ibáñez, para la derecha española, era un proscrito.

En cuanto a las dos novelas de Pío Baroja, quizás, al releerlas, rememoró Machado los tiempos en que había coincidido con el escritor, principiante como él, en el París apabullante de comienzos de siglo, cuando en el Barrio Latino nadie se olvidaba de Paul Verlaine, considerado por el vasco como el poeta más grande de Francia.[484]

Gracias a Baills sabemos que lee ávidamente todos los periódicos que puede conseguir y que escucha la radio —hay que

presumir que tanto la española como la francesa— en el saloncito que hay al lado de la cocina del hotel. Tiene la apremiante necesidad de estar al tanto de lo que está pasando en España, ahora que ha caído Barcelona.[485]

¿Se entera de que, el domingo 6 de febrero, cruza la frontera su admirado correligionario Manuel Azaña, que, como presidente de la República, ha trabajado en vano por la consecución de una paz digna?

Hay que suponer que sí. Y que, para el poeta, significó que todo había acabado.

* * *

No se encontraba nada a gusto en el comedor del Bougnol-Quintana a la hora del almuerzo o de la cena, porque solía llenarse entonces de ruidosos militares españoles refugiados en el pueblo. «Todos contaban gritando hazañas o hechos —le contó Baills a Jacques Issorel—, mientras que Machado no pensaba más que en una cosa: en la pérdida que la derrota suponía para la libertad de España, y en haberse visto obligado a abandonar cuanto había abandonado». Por ello, la familia prefería comer en un rincón apartado, casi ocultos y casi sin hablar.[486]

Desde la terraza de la primera planta del hotel —hoy cerrado y apenas cambiado desde entonces— se aprecia una pintoresca vista de la colindante rambla del Douy, flanqueada en su ribera izquierda con plátanos. Al fondo se atisba el puerto, tan caro a Matisse y Derain, con el célebre campanario de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles. Tal vez fue un mínimo consuelo para el poeta poder vislumbrar desde allí el mar, tan presente en su poesía.

Visita algunas veces la tienda de Juliette Figuères en la placeta y comenta con ella y su marido la situación en España. Les cuenta que durante su odisea perdió los libros que llevaba consigo y que padece asma. Lo que le preocupa sobre todo son las tres hijas de José y Matea, de quienes están sin noticias. Al darse cuenta

Figuères de que no tienen dinero para adquirir sobres, papel y sellos, y así escribirles, les compra todo lo necesario. Un detalle que colma de gratitud a los hermanos.[487]

Machado, aunque muy enfermo, no está del todo abatido moralmente. Ayuda la carta que recibe de José Bergamín. Preocupado por la difícil situación en la que se encuentran el poeta y su familia, este le ha trasladado una propuesta de alojamiento, se sobreentiende que en París o sus alrededores, de la Asociación de Escritores francesa. Antonio dicta a su hermano la respuesta. Es el 9 de febrero de 1939:

> Muy querido y admirado amigo:
>
> Después de un éxodo lamentable, pasé la frontera con mi madre, mi hermano José y su esposa, en condiciones *impeorables* (ni un solo céntimo francés) y hoy me encuentro en *Collioure,* Hôtel Bougnol-Quintana y gracias a un pequeño auxilio oficial con recursos suficientes para acabar el mes corriente. Mi problema más inmediato es el de poder resistir en Francia hasta encontrar recursos para vivir en ella de mi trabajo literario o trasladarme a la URSS, donde encontraría amplia y favorable acogida.
>
> Con toda el alma agradezco los generosos ofrecimientos de esa Asociación de Escritores, muy especialmente los de M. Jean Richard Block [sic] y el Prof. Cohen,[488] pero temo no solamente quedarme muy aislado como Vd. indica, sino además no disponer de medios pecuniarios para mantenerme con mi familia en esas casas y para trasladarme a ellas. Así pues, el problema queda reducido a la necesidad de un apoyo pecuniario a partir del mes que viene, bien para continuar aquí en las condiciones actuales, bien para trasladarme a alguna localidad no lejana donde poder vivir en un pisito amueblado en las condiciones más modestas.
>
> Vea Vd. cuál es mi situación de hecho y cuál puede ser el apoyo necesario.
>
> Con toda el alma le agradezco sus cariñosas palabras: nada tiene Vd. que agradecerme por las mías; son expresión muy sincera, aunque todavía insuficiente de mi admiración por su obra.
>
> Si en estos días cambiásemos de residencia, ya se lo haría saber telegráficamente.
>
> Mientras tanto, mi residencia es siempre la misma.
>
> Le envía un fuerte abrazo su siempre suyo
>
> ANTONIO MACHADO
>
> P.D. Muy afectuosos saludos de mi familia. De Carlos Riba no tengo noticia alguna de que esté en este pueblo.[489]

Caminante vitalicio, pero ahora con los pies en mal estado, el poeta da unos pequeños paseos por el pueblo, apoyado en su bastón. Le observa Juliette Figuères, también Jacques Baills.[490]

Debió de pasar más de una vez delante del recoleto camposanto, ubicado justo detrás del hotel. ¿Entró a verlo, quizás intuyendo que allí descansaría pronto? No lo sabemos.

Por otro lado, ¿cómo resistir el impulso de acercarse al puerto, a unos escasos trescientos metros del hotel?

> En sus últimos días —escribirá José a Tomás Navarro Tomás poco después—, dos veces salió a ver conmigo el mar que tanto anhelaba. La última, sentados en una barca de la playa, me dijo: ¡Quién pudiera quedarse aquí en la casita de algún pescador y ver desde una ventana el mar, ya sin más preocupaciones que trabajar en el arte![491]

En aquellos momentos, ¿no tendría presente la estrofa final de su «Retrato», escrito treinta años atrás? Parece difícil:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.[492]

Tanto Pauline Quintana como Juliette Figuères hacen todo lo posible por el poeta y su familia, la primera asegurando, entre otras cosas, que no les faltase nada en la comida; la segunda regalándoles ropa y tabaco.[493]

Conmovido por tanta generosidad, quizás meditó Machado sobre su error al haber criticado tan duramente, en algunas ocasiones, a los franceses. La verdad es que mucha gente de la raya catalana se comportó magníficamente con los expatriados españoles.

Una tarde baja Machado al salón del hotel, se ha dicho, con una pequeña caja de madera y se la entrega a Pauline Quintana, a quien dice: «Es tierra de España. Si muero en este pueblo, quiero que me entierren con ella». Cuando la dueña del hotel trata de hacerle desistir, mueve a ambos lados la cabeza y murmura: «Mis días, señora, están contados». Pauline Quintana, si la información es correcta, guardó la pequeña caja o joyero hasta su muerte a los casi cien años.[494]

Ana Ruiz, la madre, está cada día peor. Antonio apenas se aparta de su cama, acariciándole las manos con inmensa ternura.

> Sentía la infinita amargura de ver cómo se acercaba al borde del río —escribe José —, que se la arrebataría para siempre. Pero no lo verán sus ojos. No lo hubieran podido resistir. El río azul de la vida, piadoso con el Poeta, cesará de correr antes que tal suceda.[495]

Lo hace muy pronto.

> Como mamá Ana estaba tan mal —le contó Matea Monedero a Jacques Issorel—, yo me levantaba por la noche e iba a verla varias veces. Una noche, cuando entré en la habitación, ya casi de mañana, observé algo muy raro en Antonio. Salí y le dije a mi marido: «Pepe, Antonio está muy mal». Pepe se levantó enseguida. Serían como las seis de la mañana y decidimos que fuera yo en busca del médico.[496]

Matea llega poco después a casa de Juliette Figuères.

> Me dijo que su cuñado estaba muy enfermo y que tenía que verlo un médico —le explicó Figuères a Issorel—. Le dije: «Escuche, voy a acompañarle a casa del doctor Cazaben, que es nuestro médico y que vendrá». Fuimos las dos por él y vino inmediatamente. Dijo que era grave. Era asmático y cogió frío en Cerbère, sí, fue allí donde cogió frío. Como tenía asma, el médico lo encontró muy mal, porque tenía una congestión.[497]

Los testimonios coinciden:

> El doctor Cazaben —cuenta Matea Monedero— le recetó algunas medicinas y nos dijo que no se podía hacer nada. Antonio se moría, de eso ya no nos cabía la menor duda. Estuvo cuatro días muy agitado e inquieto. Se veía morir. A veces se le oía decir: «¡Adiós, madre, adiós, madre!», pero mamá Ana, que estaba bien cerquita en otra cama, no le oía porque estaba sumida en un coma profundo.[498]

¿No le oía? ¿Cómo estar seguros? ¿No se despertaría en algún momento e intercambiaría algunas palabras con el hijo, de todos los suyos, que más quería, con quien se sentía más afín? ¿No estarían en íntima comunión, aunque fuese subliminal, en el trance supremo? ¿No había dicho que no se dejaría morir hasta que no lo hiciera su Antonio?

Parece ser que el episodio contado por Matea Monedero ocurrió el sábado 18 de febrero, cuando el poeta «empezó a sentir una gran

angustia del corazón».[499]

Con la madre y Antonio en estado tan crítico se colocó entre ambas camas «un fino biombo de tela».[500]

Sería quizás el 20 de febrero cuando, haciendo un último esfuerzo, el poeta dicta a José una carta para Luis Álvarez Santullano, su amigo y compañero de las Misiones Pedagógicas, ahora secretario de la embajada de la República en París. Le asegura —según apuntará después el destinatario— que su salud ¡va en alza! y que espera verle pronto en la capital francesa. «Esto decía la letra de la carta —comentó Santullano—, pero los trazos de la firma, vacilantes en temblorosa huida, declaraban que la existencia del poeta se escapaba al más allá…».[501]

Así fue. Entra pronto en coma y fallece en su cama del Bougnol-Quintana dos días después, el 22 de febrero de 1939.[502]

Se había cerrado el círculo. Según José, sus últimas palabras fueron «¡Adiós madre!».[503]

Quizás rondaban su cabeza, en aquellos instantes, los versos que había dedicado a la muerte de Abel Martín:

Ciego, pidió la luz que no veía.
Luego llevó, sereno,
el limpio vaso, hasta su boca fría,
de pura sombra —¡oh, pura sombra!— lleno.[504]

Cuando fallece el poeta, según Matea Monedero, «tuvieron que sacar el cadáver alzándolo sobre la cama donde mamá Ana estaba inconsciente». Estuvo de cuerpo presente en la habitación de al lado (ilustración 13). «Luego fue amortajado en una sábana, porque así lo quiso José al interpretar aquella frase que un día dijera Antonio a propósito de las pompas innecesarias de algunos sepelios: “Para enterrar a una persona, con envolverla en una sábana es suficiente”».[505]

> Apenas habían sacado el cuerpo sin vida de Antonio —continúa Matea—, y por una de esas cosas que asombran, mamá Ana tuvo unos instantes de lucidez. Nada más volver en sí, miró hacia la cama de Antonio y preguntó, como si la naturaleza le hubiera

avisado de lo sucedido, con voz débil y angustiada: «¿Dónde está Antonio? ¿Qué ha pasado?». Y José, conteniéndose como pudo, le mintió diciendo que ya sabía que Antonio estaba enfermo y que se lo habían llevado a un sanatorio. «Allí se va a curar», le dijo. Recuerdo que mamá Ana le dirigió una mirada en la que se veía que no aceptaba ninguna de aquellas palabras. Luego cerró los ojos y tres días después moría. Estoy segura de que en aquellos tres minutos de lucidez se dio cuenta de que su hijo había muerto.[506]

José también lo creía. «¿Qué ha sucedido? ¿Qué ha pasado?», preguntaría la madre al ver que Antonio ya no estaba. «Traté en vano de ocultárselo. Pero a una madre no se la engaña y rompió a llorar ¡como una pobre niña!».[507]

Machado recibe sepultura el 23 de febrero en un nicho proporcionado por una vecina del pueblo, Marie Deboher.

Informado de su exilio en Collioure, John Brande Trend, catedrático de Español en la Universidad de Cambridge y admirador de su poesía, le ha escrito ofreciéndole un puesto de lector en su departamento. Su carta llega en el mismo momento en que se acaba de morir. José la contesta, conmovido, el 24 de febrero:

Dada la profunda y devota admiración que siempre sintió por Inglaterra, hubiera visto colmado uno de sus más fervientes anhelos de toda su vida que era: visitar esa Nación. Precisamente en estos últimos meses leía y releía las obras maestras de esa formidable literatura inglesa. ¡Pero los sueños no se cumplen!

Lo hemos enterrado ayer en este sencillo pueblecito de pescadores en un sencillo cementerio cerca del mar. Allí esperará hasta que una humanidad menos bárbara y cruel le permita volver a sus tierras castellanas que tanto amó.

Usted, señor Trend, que tan alta cumbre representa en la intelectualidad en ese país, reciba la profunda gratitud por sus bondades para con mi hermano, de este antiguo alumno de «La Institución Libre de Enseñanza».[508]

Ana Ruiz fallece, todavía en coma, el día siguiente, 25 de febrero. Dos horas antes había alcanzado la edad de ochenta y cinco años.[509]

Cumplía así la promesa hecha en Rocafort: «Estoy dispuesta a vivir tanto como mi hijo Antonio».[510]

Recibe sepultura provisional en un rincón del cementerio reservado para los pobres.

En el registro municipal de defunciones figura la inscripción de la muerte de la madre inmediatamente debajo de la de Antonio. Ambas fueron efectuadas a raíz de las declaraciones del ferroviario Jacques Baills y firmadas por el alcalde de Cadaqués.[511]

No mucho después se colocó una placa en el nicho del poeta. Decía sencillamente:

ICI REPOSE

ANTONIO MACHADO

MORT EN EXIL

LE 22 FÉVRIER 1939

* * *

Hoy, cerca de la entrada del camposanto, Machado y su madre comparten una tumba sencilla y digna. Al lado hay un buzón. Llegan muchos mensajes para el poeta, que el Ayuntamiento de Collioure recoge y clasifica. También se dejan papeles, poemas, cartas y otros recuerdos sobre la piedra misma, o colgados en árboles cercanos. Casi siempre hay flores. Vienen a menudo grupos de jóvenes con sus maestros y leen los versos o textos que han preparado adrede. El pequeño camposanto marino se ha convertido en lugar de peregrinaje para los que aman al poeta y su obra. A menudo hay lágrimas.

En el ambiente de la tarde flota
ese aroma de ausencia,
que dice al alma luminosa: nunca,
y al corazón: espera.[512]

ESPAÑA, ESTE DOLOR

Manuel Machado, al enterarse en Burgos de la infausta noticia de la muerte de su hermano, va corriendo a la Oficina de Prensa, donde le muestran las informaciones que han salido al respecto en la prensa extranjera.[513]

Manuel es ya todo un personaje en la España de Franco —poeta oficial y académico— y las autoridades le permiten trasladarse enseguida a Collioure en un coche oficial, acompañado de su mujer Eulalia Cáceres.[514]

Al llegar al pueblo descubre que no solo ha perdido a Antonio, sino también a su madre. José no menciona el reencuentro, que hay que suponer tensísimo y muy emotivo, en *Las últimas soledades del poeta Antonio Machado.* Lo que sí dice allí, escogiendo con cautela sus palabras, es que «la inevitable y forzosa ausencia de Manuel» fue «uno de los principales motivos que aceleraron la muerte de Antonio».[515]

Dos días después, Manuel y Eulalia regresan a Burgos.

Los dos hermanos nunca más se volverán a ver.

El 2 de marzo de 1939, *The Times* de Londres dedica a Machado un enjundioso y bien informado artículo necrológico. Su anónimo autor —casi seguramente el hispanista John B. Trend— explica que el poeta acaba de morir en un pequeño hotel de Collioure, después de ser evacuado de Barcelona por las autoridades republicanas, y que, enfermo desde hacía tiempo, «no pudo aguantar la dureza y la tristeza del éxodo». Tras señalar la

ironía de que su hermano Manuel sirve a la causa rebelde y de reseñar brevemente la obra de Antonio, añade: «A diferencia de muchos intelectuales quienes, habiendo abrazado al principio la República, transfirieron poco a poco sus simpatías a los nacionalistas, Machado siguió fiel a la causa republicana hasta el final».[516]

Para mayo de 1939 José Machado y Matea Monedero ya han abandonado Collioure y viven en el pueblo de Meurville (Aube), a treinta y cinco kilómetros de Troyes, donde luego se juntan con ellos Joaquín y su mujer.

José se cartea, lleno de gratitud, con Jacques Baills y Pauline Quintana. Y hacia finales del año las dos familias embarcan para Buenos Aires y, desde allí, viajan a Santiago de Chile, que será su paradero definitivo.

En Santiago, José seguirá dedicado a la pintura y Joaquín trabajará como tipógrafo y periodista. Y allí ambos morirán, sin volver a poner los pies en la España de Franco, para ellos maldita.[517]

En cuanto al otro hermano, Francisco, y su familia, que no han vuelto a ver a José y Joaquín, regresan a aquella España pocos meses después de terminada la guerra, confiados en la protección de Manuel. Tras las pertinentes indagaciones, y no pocas dificultades, Francisco es declarado exento de responsabilidades políticas durante su etapa como director de la Prisión de Mujeres de Madrid, su último puesto, y readmitido al servicio.[518]

Manuel regresa con Eulalia Cáceres, al final de la guerra, a su piso de la calle de Churruca.[519] Se encuentra con que la casa familiar de General Arrando está intacta y que nadie ha tocado nada, incluida la biblioteca de Antonio. ¿Llevó a cabo, a lo largo de los siguientes años, una purga de los papeles personales de su hermano? No se puede descartar.

No se conoce documento alguno de Manuel sobre su actuación bajo el franquismo. ¿Estampó en algún manuscrito un relato de su actuación en la zona nacional, quizás para justificarse un día ante la

historia? No lo sabemos. Publicó poquísimo tras la contienda y, cuando lo hizo, el tema era casi siempre morbosamente religioso. ¿Adónde había ido a parar el Manuel Machado de principios de siglo? El de:

Bebo, por no negar mi tierra de Sevilla,
media docena de cañas de manzanilla...

O:

Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—
con Montmartre y la Macarena comulgo...[520]

Se ha dicho que padeció durante sus últimos años «un estado de tristeza que mantuvo hasta la muerte».[521] No sería nada sorprendente. Los pasó asiduamente atendido por la Iglesia y sin el consuelo de tener hijos.

Cuando murió en Madrid el 19 de enero de 1947, estuvo de cuerpo presente, amortajado con hábito franciscano, en el vestíbulo de la Real Academia. Es imposible no recordar el satírico poema de Antonio, «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido», dedicado al antaño «mozo muy jaranero, muy galán y algo torero», luego reciclado como decrépito beato y cofrade vestido de nazareno.

El funeral en la Almudena fue casi de Estado, con la asistencia de muchos prohombres del régimen. Lo presidieron el ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, y José María Pemán, director de la Real Academia, enemigo acérrimo de «rojos» y autor de *La bestia y el ángel*.[522]

En los encomios de rigor aparecidos en la prensa apenas asomó el nombre del autor de *Campos de Castilla*.

Antes de recluirse en un convento —acaso su vocación verdadera—, Eulalia Cáceres donó la biblioteca y el archivo de su marido, además de varios cuadernos manuscritos y libros de Antonio, a la Diputación Provincial de Burgos y a la Institución

Fernán González —Academia Burgense de Historia y Bellas Artes —. Allí siguen. Entregó el resto de los papeles de Antonio a su hermano Francisco: es el fondo subastado en 2003 por los herederos del poeta y que hoy pertenece a la Fundación Unicaja (Málaga).

¿Y Pilar de Valderrama? En *Sí, soy Guiomar* cuenta que coincidió con Manuel durante la guerra en un teatro de Salamanca, que ella le preguntó por Antonio y que su respuesta la dejó «helada»: «Me habló de su preocupación y disgusto porque su hermano se hallaba en la zona contraria, convencido plenamente de que España ya no era nuestra, por haber sido vendida a los alemanes». ¡Pobre Antonio! ¡Abusando de su «ingenuidad y buena fe» lo habían engañado![523]

Valderrama luego afirma tener «la certeza» —sin decir con qué fundamento— de que, cuando el poeta llegó a la frontera francesa, llevaba «algún recuerdo» suyo —«cartas, versos, fotografías»— luego perdido. Y añade, refiriéndose al momento de su muerte: «Acaso yo —a la sazón en Palma de Mallorca— contemplaba aquel día tristemente el mar… y nuestros pensamientos se unieron como tantas veces en postrera despedida». Quién sabe. Lo inaceptable es lo que sigue: «Yo sé que sin mi ausencia, Antonio no hubiera escrito muchas cosas de las que publicó en Madrid, Barcelona o Valencia durante la guerra; ni hubiera pronunciado algunas conferencias que no eran dignas de él».[524]

Era más o menos lo que había escrito en octubre de 1940 Dionisio Ridruejo en su prólogo a la quinta edición de las *Poesías completas:* que Machado siempre fue un ingenuo. Allí estaba, como muestra, su elegía a Francisco Giner de los Ríos, con la «bobada progresista» de «Yunques, sonad; enmudeced, campanas». Durante la guerra el poeta había sido, para Ridruejo, uno de tantos «secuestrados morales» obedientes a «consignas» de los comunistas. De haber sobrevivido, ellos, los falangistas, lo habrían repescado.[525]

Parece ser que Pilar de Valderrama conocía el prólogo de Ridruejo. De todas maneras, no podría haber estado más equivocada respecto al compromiso político del poeta. La España suya no era la de Antonio Machado. Lo ratificó el régimen el 5 de mayo de 1941, cuando la Comisión Depuradora de Madrid (C) del Ministerio de Educación Nacional, mal informado de su fallecimiento «en un campo de concentración en Francia en 1939 donde había huido ante el avance de las tropas Nacionales en Cataluña», acordó por unanimidad proponer «la separación definitiva del servicio de D. ANTONIO MACHADO con la pérdida de todos sus derechos pasivos». [526]

SIGLAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS

AMG: Antonio Machado, *La Guerra. Escritos: 1936-1939,* colección, introducción y notas de Julio Rodríguez Puértolas y Gerardo Pérez Herrero, Emiliano Escolar Editor, Madrid, 1983.

CP: Antonio Machado, *Cartas a Pilar*, edición y prólogo de Giancarlo Depretis, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1994.

DPD: Antonio Machado, *Prosas dispersas (1893-1936)*, edición de Jordi Doménech, introducción de Rafael Alarcón Sierra, Páginas de Espuma, Madrid, 2001.

GLE: Ian Gibson*, Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado* [2006], DeBolsillo, Madrid, 2016.

Poesías completas: edición crítica de las poesías de Antonio Machado a cargo de Oreste Macrí, con la colaboración de Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe/Fundación Antonio Machado, 2ª reimpresión, Madrid, 1989.

Prosas completas: edición crítica de las prosas de Antonio Machado a cargo de Oreste Macrí, con la colaboración de Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe/Fundación Antonio Machado, 2ª reimpresión, Madrid, 1989.

PV: Pilar de Valderrama, *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

USAM: José Machado, *Últimas soledades del poeta Antonio Machado*, Forma Ediciones, Madrid, 1977.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERTI, RAFAEL, *Primera imagen de…*, Losada, Buenos Aires, 1945.

— *La arboleda perdida. Segunda Parte*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1988.

ALBORNOZ, AURORA DE, «Cartas y documentos de Antonio Machado», en *La Torre. Homenaje a Antonio Machado*, Puerto Rico, 1964, págs. 241-56.

ALONSO, MONIQUE, *Antonio Machado, poeta en el exilio*, con la colaboración de Antonio Tello, Anthropos, Barcelona, 1985.

— y TELLO, A., *Antonio Machado. Le Chemin vers le dernier voyage / El caminar hacia el último viaje*, édition bilingue français / castillan, Éditions Mare Nostrum, Perpiñán, 2004.

ALTOLAGUIRRE, MANUEL, «Nuestro teatro», *Hora de España*, Valencia, IX (septiembre de 1937), págs. 27-37.

ÁLVAREZ SANTULLANO, LUIS, «Semblanza de Antonio Machado», en Machado, José, *Últimas soledades de Antonio Machado* (véase abajo), págs. 240-245.

AZNAR SOLER, MANUEL, *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937),* vol. II, *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1987.

— con Luis-Mario Schneider, *II Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937),* vol. III, *Actas, ponencias, documentos y testimonios*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1987.

BARCO, PABLO DEL, «El falangismo de Manuel Machado», *Historia 16*, Madrid, año VI, núm. 65 (septiembre de 1981), págs. 115-122.

BAREA, ARTURO, *La llama*, DeBolsillo, Barcelona, 2015.

BARGA, CORPUS, «Antonio Machado ante el destierro. Detalles inéditos de su salida de España», *La Nación*, Buenos Aires, suplemento «Artes-Letras-Bibliografía», 19 de julio de 1956, pág. 1.

— «Los últimos días de don Antonio Machado», carta dirigida por Corpus Barga al director de *La Estafeta Literaria*, Luis Ponce de León, presentada por este, *La Estafeta Literaria*, Madrid, núm. 343 (7 de mayo de 1966), págs. 39 y 40.

BEN-AMI, S., *The Origins of the Second Republic in Spain*, Oxford University Press, 1978.

BERCEO, GONZALO DE, *Milagros de Nuestra Señora*, edición de Michael Gerli, Cátedra (Letras Hispánicas), 16ª ed., Madrid, 2012.

BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE, *La maja desnuda*, edición de Facundo Tomás, Cátedra (Letras Hispánicas), Madrid, 1998.

BRENAN, GERALD, *El laberinto español* [1943], Plaza & Janés, 2ª ed., Barcelona, 1985.
BROTHERSTON, GORDON, *Manuel Machado. A Revaluation*, Cambridge University Press, 1968.
CABANELLAS, GUILLERMO, *La guerra de los mil días. Nacimiento, vida y muerte de la II República española*, 2 tomos, México-Barcelona-Buenos Aires, 1972.
CANO, JOSÉ LUIS, *Antonio Machado. Biografía ilustrada*, Destino, Barcelona, 1975.
CARPINTERO, HELIODORO, «Historia y poesía de Antonio Machado. Soria, constante de su vida», *Celtiberia,* Soria, año I, núm. 2 (julio-diciembre de 1951), págs. 307-355.
— «Antonio Machado en Soria», en *Antonio Machado y Soria. Homenaje en el primer aniversario de su nacimiento*, Soria, 1976, págs. 11-31.
CASTRO DELGADO, ENRIQUE, *Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1965.
CHAVES, JULIO CÉSAR, *Itinerario de don Antonio Machado (de Sevilla a Collioure)*, Editora Nacional, Madrid, 1968.
COLODNY, ROBERT, *El asedio de Madrid (1936-1937*), traducción de Juan Tomás de Salas, Ruedo Ibérico, París, 1970.
DENNIS, NIGEL, «Asilo en Cambridge para Antonio Machado. (Un ofrecimiento del profesor J. B. Trend con una carta inédita de José Machado)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, núms. 304-307 (octubre de1975-enero de 1976), págs. 445-449.
ESPAÑOL BOUCHÉ, LUIS, *Madrid 1939. Del golpe de Casado al final de la Guerra Civil*, Almena, Madrid, 2004.
ESPINA, CONCHA, *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, Lifesa, Madrid, 1950.
FERRERES, RAFAEL, «Antonio Machado en Valencia», en *Homenaje a Manuel y Antonio Machado*, *Cuadernos hispanoamericanos* (1975-1976), Madrid, págs. 374-385.
FORD, RICHARD, *Hand-book for Travellers in Spain and Readers at Home*, John Murray, Londres, 1845.
GIBSON, IAN, *En busca de José Antonio* [1980], Aguilar, Madrid, 2008.
— *Paracuellos: cómo fue. La verdad objetiva sobre la matanza de presos en Madrid en 1936* [1983],Temas de Hoy, Madrid, 2005.
— *La noche en que mataron a Calvo Sotelo* [1986], Stella Maris, Barcelona, 2016.
— *Queipo de Llano. Sevilla, verano de 1936 (con las charlas radiofónicas completas)*, Grijalbo, Barcelona, 1986.
— *La vida desaforada de Salvador Dalí*, Anagrama, Barcelona, 1998.
— *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca,* edición corregida y revisada, DeBolsillo, Madrid, 2016.
— *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado* [2006], DeBolsillo, Madrid, 2016.
— *El asesinato de García Lorca*, edición revisada, Ediciones B, Barcelona, 2018.
GIL-ALBERT, JUAN, *Memorabilia (1934-1939)*, en *Obras completas en prosa*, tomo 2, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación Provincial, Valencia, 1982.
GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979.
GÓMEZ BURÓN, JOAQUÍN, *Exilio y muerte de Antonio Machado*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1975.

GONZÁLEZ UÑA, JUAN, «Recuerdo de un alumno de la Institución Libre de Enseñanza que convivió con Antonio Machado en Segovia» [Pablo González Bueno], en *Homenaje a Antonio Machado, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* Madrid, segunda época, año III, núm. 8 (junio de 1989), págs. 41-46.

GRANADOS, MARIANO, «Evocación sentimental de Antonio Machado», en *Acto en recuerdo de Antonio Machado organizado por 'Las Españas'*, 1948, edición facsímil, Fundación Pablo Iglesias y Fundación Jaime Vera, Madrid, septiembre de 2002.

GUERRERO RUIZ, JUAN, *Juan Ramón de viva voz*, *Ínsula,* Madrid, 1961.

GULLÓN, RICARDO, «Cartas de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez. Con un estudio preliminar de Ricardo Gullón, y prosa y verso de Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez», *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, año VII, núm. 25 (1959), págs. 177-224.

— «Enseñanzas de Mairena», en *Homenaje a Antonio Machado*, *Boletín de la Institutión Libre de Enseñanza* (1989), Madrid, págs. 86-103.

HUGUET, JESÚS, Y PÉREZ CONTEL, RAFAEL, prólogo al homenaje *Valencia a Machado*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1984.

ISSOREL, JACQUES, *Collioure 1939. Les derniers jours d'Antonio Machado. Últimos días de Antonio Machado*, prefacio / préface de Manuel Andújar, Fondation Antonio Machado, Collioure, 1982.

— *Últimos días en Collioure, 1939, y otros estudios breves sobre Antonio Machado*, Renacimiento, Sevilla, 2016.

JACKSON, GABRIEL, *La República Española y la Guerra Civil* [1965], Crítica (Booket), 3ª impresión, Barcelona, 2018.

JIMÉNEZ-LANDI, ANTONIO, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, 4 tomos, Madrid (Ministerio de Educación y Cultura y Universidad Complutense), Barcelona (Universidad de Barcelona) y Universidad de Castilla y León, 1996.

LARGO CABALLERO, FRANCISCO, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo*, Ediciones Unidas, México, D. F., 1976.

LEÓN, MARÍA TERESA, *Memorias de la melancolía*, Losada, Buenos Aires, 1970.

MACHADO ÁLVAREZ, ANTONIO, *Colección de cantes flamencos recogidos y anotados por A. Machado y Álvarez (Demófilo)* [1883], Ediciones Demófilo, Madrid, 1974.

MACHADO RUIZ, ANTONIO, *La Guerra. Escritos: 1936-1939*, colección, introducción notas de Julio Rodríguez Puértolas y Gerardo Pérez Herrero, Emiliano Escolar Editor, Madrid, 1983.

— *Antonio Machado. Poeta en el exilio*, edición de Monique Alonso, con la colaboración de Antonio Tello, Anthropos, Barcelona, 1985.

— *Poesías completas*, edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, 2ª reimpresión, Madrid, 1989.

— *Prosas completas*, edición crítica de Oreste Macrí con la colaboración de Gaetano Chiappini, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, 2ª reimpresión, Madid, 1989.

— *Prosas dispersas (1983-1936)*, edición de Jordi Doménech, Páginas de Espuma, Madrid, 2001.

— *Prosas sueltas*, Colección Unicaja de manuscritos de los hermanos Machado, Málaga, 2006.

MACHADO RUIZ, JOSÉ, carta desde Collioure, en febrero de 1939, a Tomás Navarro Tomás, en la cual le habla de la muerte de su hermano, *La Torre*, Puerto Rico, año XII, núms. 45-46 *(Homenaje a Antonio Machado),* págs. 255-256.

— *Últimas soledades del poeta Antonio Machado. (Recuerdos de su hermano José)*, Forma Ediciones, Madrid, 1977.

MACHADO RUIZ, MANUEL, *Poesía*, Ediciones Jerarquía, Madrid, 1940.

MARTÍNEZ BARRIO, DIEGO, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983.

MARTÍNEZ REVERTE, JORGE, *La batalla de Madrid*, Crítica, Barcelona, 2004.

MONTERO, ENRIQUE, «Palabras previas» a la edición facsímil de *Hora de España. Revista mensual* (Valencia 1937-1938, Barcelona 1938), Topos Verlag / Editorial Laia, 5 tomos, Liechtenstein y Barcelona, 1977, págs. v-xvi.

MOREIRO, JOSÉ MARÍA, «El último viaje de Antonio Machado» [entrevista a Matea Monedero, viuda de José Machado], *Los Domingos de Abc. Suplemento Semanal*, Madrid, 26 de febrero de 1978, págs. 6-16.

— *Guiomar, un amor imposible de Machado* [1980], Espasa-Calpe (Selecciones Austral), edición revisada y aumentada, prólogo de Rafael Lapesa, Madrid, 1982.

MORENO VILLA, JOSÉ, *Vida en claro. Autobiografía*, Colegio de México, México, D. F., 1944.

ONÍS, FEDERICO DE, «Antonio Machado, poeta predilecto», en Gabriel Pradal-Rodríguez, *Antonio Machado (1875-1939). Vida y obra,* Hispanic Institute in the United States, Nueva York, 1951, págs. 7-10.

ORTEGA KLEIN, ANDRÉS, «La decepción política de Ortega. ¿Fracasó la Agrupación al Servicio de la República?», *Historia 16,* Madrid, año V, núm. 48.

ORTIZ DE LANZAGORTA, JOSÉ LUIS, «Introducción a la prosa de Manuel Machado», en Manuel Machado, *Prosa. El amor a la muerte. Día por día de mi calendario*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1974, págs. lx-lxx.

PÉREZ FERRERO, MIGUEL, *Vida de Antonio Machado y Manuel*, prólogo del doctor Gregorio Marañón, Rialp («El Carro de Estrellas»), Madrid, 1947.

PÉREZ GALÁN, MARIANO, *La enseñanza en la Segunda República*, *Cuadernos para el Diálogo,* 2ª ed., Madrid, 1977.

PINEDA NOVO, DANIEL, «Cartas inéditas de Antonio Machado y Álvarez, "Demófilo"» [a Luis Montoto], *El Folk-lore Andaluz*, Fundación Machado, Sevilla, 2ª época, núm. 10 (1993), págs. 15-89.

— *Antonio Machado y Álvarez. Demófilo. Vida y obra del primer flamencólogo español*, Ediciones Giralda, Sevilla, 2001.

PRESTON, PAUL, *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Turner, Madrid, 1978.

— *La Guerra Civil española*, DeBolsillo, Barcelona, 2018.

PUCHE ÁLVAREZ, JOSÉ, recuerdos de su amistad con Machado, en el *Homenaje a Antonio Machado* de la revista *España peregrina*, México (febrero de 1940), págs. 68-69.

QUINTANILLA, MARIANO, «Antonio Machado en mi recuerdo», *Ínsula*, Madrid, núm. 262 (septiembre 1968), pág. 3.

RIOJA, ENRIQUE, «Último sol en España», en la revista *Diálogo de España*, México, núms. 4-5 (octubre de 1963), reproducido por Ricardo Gullón y Allen W. Phillips en *Antonio Machado*, Taurus («El escritor y la crítica»), Madrid, 1973, págs. 115-120.

RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO, *Cantos populares españoles*, Francisco Álvarez y Compañía, 1882-1883, Sevilla; edición facsímil, Atlas, 5 tomos, Madrid, sin fecha.

ROJO, JOSÉ ANDRÉS, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Tusquets, Barcelona, 2006.
ROMERO FERRERO, ALBERTO, *Los estrenos teatrales de Manuel y Antonio Machado en la crítica de su tiempo*, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, Cádiz, 2003.
RUIZ DE CONDE, JUSTINA, *Antonio Machado y Guiomar*, *Ínsula,* Madrid, 1964.
SAMPELAYO, CARLOS, «Antonio Machado. Retazos de su vida y su muerte», *Camp de l'Arpa*, Barcelona, núms. 17-18 (febrero-marzo de 1975), págs. 9-11.
SAN ROMÁN, JOSÉ, *La muerte del águila. Vida y recuerdos de Blasco Ibáñez. Su reivindicación y su muerte*, Editorial Pueyo, Madrid, 1928.
SÁNCHEZ LUBIÁN, ENRIQUE, *El reloj de la cárcel. Poesías y leyendas toledanas de Francisco Machado*, d.b. Comunicación, Toledo, 2005.
SANCHO SÁEZ, ALFONSO, «Antonio Machado, mi profesor de francés», *Ideal*, Granada, 22 de febrero de 1986, pág. 3.
SUERO, PABLO, *España levanta el puño*, Noticias Gráficas, Buenos Aires, 1936.
TAGÜEÑA LACORTE, MANUEL, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978.
TARÍN-IGLESIAS, J., «La larga agonía de Antonio Machado», *Historia y Vida*, Barcelona-Madrid, núm. 47 (febrero de 1972), págs. 54-71.
TRAPIELLO, ANDRÉS, *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)* [1994], Península, Barcelona, 2002.
VALDERRAMA, PILAR DE, *Las piedras de Horeb*, Sucesores de Hernando, Madrid, 1923.
— *Huerto cerrado*, Editorial Caro Raggio, Madrid, sin fecha [1928].
— *Esencias. Poemas en prosa y verso*, Rafael Caro Raggio, Madrid, marzo de 1930.
— *El Tercer Mundo,* en *Teatro de mujeres. Tres autoras españolas*, prólogo de Cristóbal de Castro, M. Aguilar, Madrid, 1934, págs. 87-137.
— *Sí, soy Guiomar. Memorias de mi vida*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.
— *De mar a mar*, prólogo de Carlos Murciano, Ediciones Torremozas, Madrid, 1984.
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, FELIPE, *José Antonio (biografía apasionada)*, Editorial Juventud, Barcelona, 1941.
XIRAU, JOAQUÍN, sin título, recuerdos de su amistad con Machado y de la salida de Barcelona con él hacia la frontera francesa, en *Homenaje a Antonio Machado,* publicado por la revista *España*, México, núm. 1 (febrero de 1940), págs. 64-69.
— «Por una senda clara», artículo sobre los últimos días de Machado fechado «París, marzo de 1939», en *Diálogos. Artes. Letras, Ciencias Humanas*, México, XIX, núm. 112 (1983), págs. 58-64.
ZAMBRANO, MARÍA, *«La Guerra* de Antonio Machado», *Hora de España*, Valencia, XII (diciembre de 1937), págs. 68-74.
ZULUETA, LUIS DE, «Lo que nos dejó Don Francisco Giner», *La Lectura*, Madrid, marzo de 1915, págs. 249-274.



1. La Sevilla marinera fotografiada desde Triana a mediados del siglo xix, con la Torre del Oro de frente y, al fondo, la catedral y la Giralda. © APAG/Colección de Fotografías/F-05744.



2. La fuente del Patio de los Limoneros del palacio de las Dueñas en Sevilla, paraíso infantil de Antonio Machado. Nunca olvidaría el reflejo de los limones en su espejo. © isogood/Alamy/ACI.



3. Ana Ruiz Hernández, la madre de Antonio Machado. Archivo ABC.

4. Machado y Leonor Izquierdo el día de su boda en Soria, 1909. Él tiene treinta y tres años, ella quince. EFE.







5. Pilar de Valderrama, «Guiomar». © Biblioteca Nacional.

6. La fuente de Machado y Guiomar en La Moncloa. © Derechos reservados.



7. La comida de despedida en el Quinto Regimiento antes de la salida para Valencia. De izquierda a derecha: Machado, Antonio Mije, Pío del Río Hortega y el comandante Carlos Contreras. © Derechos reservados.



8. El poeta (segunda fila con gafas) en una sesión del Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia en 1937. AP.



9. Villa Amparo, en Rocafort (Valencia), donde vivió el poeta entre diciembre de 1936 y abril de 1938.© AESA.



10. Los jardines de la Torre Castañer, en Barcelona. Aquí vivió Machado con los suyos durante los últimos meses de la guerra. © Derechos reservados.



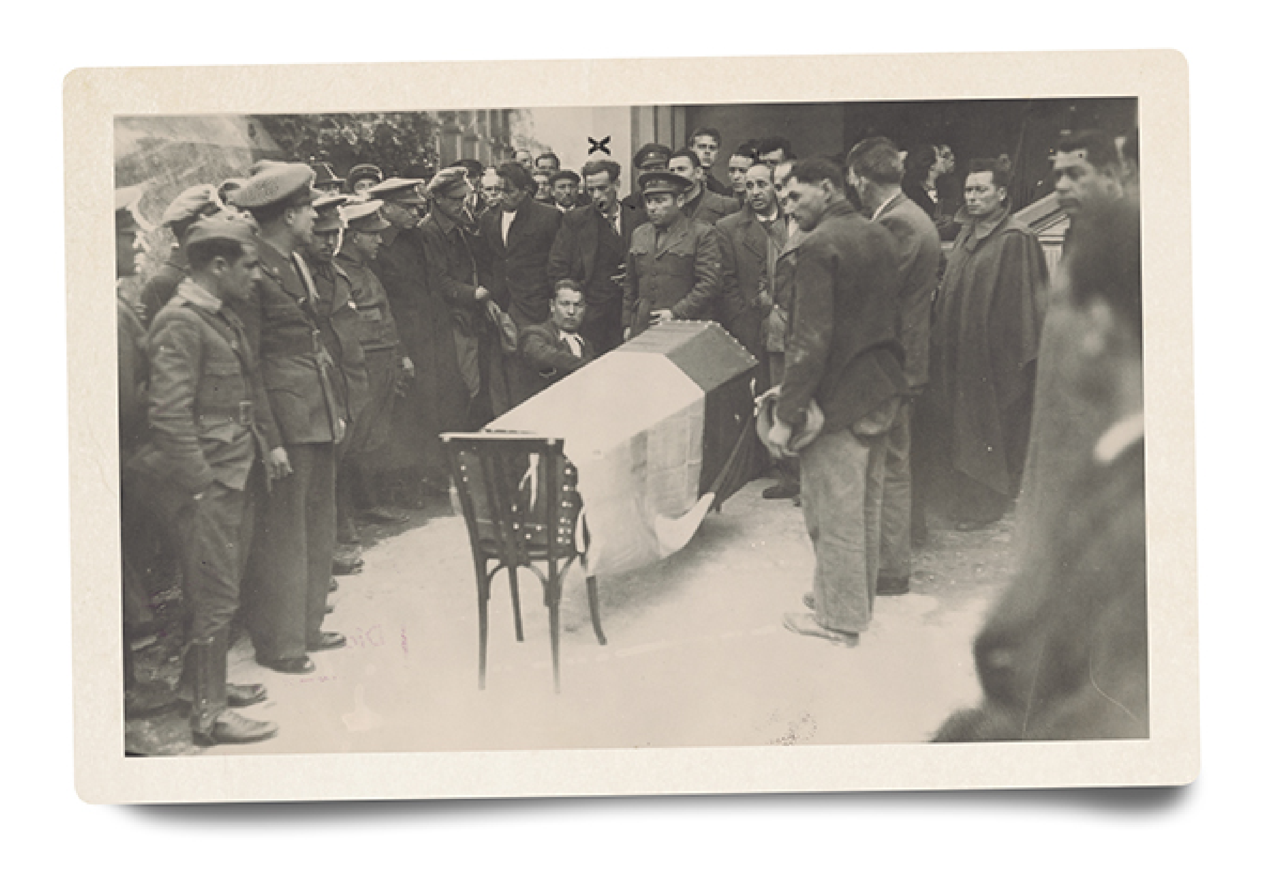
11. Mas Faixat, donde el grupo pasó su última noche en España antes de cruzar la frontera. Archivo personal del autor.



12. La placa en la fachada de Mas Faixat. Archivo personal del autor.



13. Ya se acabó. Machado de cuerpo presente en el hotel Bougnol-Quintana de Collioure. Archivo ABC.



14. El ataúd con los restos del poeta esperando el momento de ser trasladado al camposanto de Collioure. Archivo ABC.





15. El nicho del cementerio de Collioure donde se sepultó primero al poeta. © Derechos reservados.

16. El hotel Bougnol-Quintana, hoy cerrado. A su lado, la rambla del Douy, habitualmente seca, en temporada de lluvias. Archivo personal del autor.

Notas

[1] *Poesías completas* (CXXXVI, xxix), pág. 575.

[2] Ibíd. (CXXXVI, liii), pág. 582.

[3] *USAM,* pág. 236; Macrí en *Poesías completas*, pág. 49.

[4] Issorel (2016), pág. 98, nota 42.

[5] «Una nota sobre su muerte» [de Machado], *Romance,* México, núm. 3 (1 de marzo de 1940), pág. 17; Alonso, pág. 495.

[6] Issorel (2016), pág. 98, nota 54.

[7] Fotografía en Alonso, pág. [501].

[8] *USAM*, pág. 235; Issorel (2016), pág. 49; Gómez Burón, pág. 163.

[9] Fotografías de recortes de la prensa francesa en Alonso, pág. 503; *GLE*, pág. 694.

[10] Testimonio de Jacques Baills sobre el entierro en Issorel (2016), págs. 47-49; para la participación de Rojo, fotografía de recortes de la prensa local en Alonso, pág. 503; para la «defección» de Rojo, véase Español Bouché, pág. 44.

[11] *Poesías completas* (CXXXVI, xxxi), pág. 576.

[12] Gómez Burón, págs.163-164.

[13] Para una muy interesante selección de fotografías del entierro, véase Alonso, págs. 500-501.

[14] *USAM,* págs. 144-145.

[15] *Poesías completas* (LXXXV), pág. 485.

[16] *GLE*, págs. 33-40.

[17] Ibíd., pág. 45.

[18] *Poesías completas* (VII), págs. 432-433.

[19] Ibíd. (XCVII), pág. 491.

[20] Ibíd. (CLXV, iv), pág. 666.

[21] Ibíd. (CXXV), págs. 548-549.

[22] Ibíd. (CLXIX), pág. 714.

[23] *GLE,* págs. 25-27.

[24] *DPD*, pág. 418; *GLE*, pág. 31.

[25] *GLE*, págs. 22-30.

[26] *Poesías completas* (CLVII, vii), págs. 617-618.

[27] Ortiz, pág. L.

[28] Partida de bautismo de Ana Ruiz Hernández en Pineda Novo, *Antonio Machado y Álvarez*, pág. 325; partida de casamiento de Antonio Machado Álvarez, ibíd., págs. 327-328; Blas Vega y Cobo, pág. xiv.

[29] Partida de casamiento de Antonio Machado Álvarez en Pineda Novo, *Antonio Machado y Álvarez*, pág. 327.

[30] Pineda Novo, *Antonio Machado y Álvarez*, págs. 316-317.

[31] *Poesías completas* (I), págs. 427-428.

[32] *USAM*, pág. 45.

[33] *GLE*, pág. 59.

[34] Ibíd., págs. 59, 66-67.

[35] Zulueta, págs. 258-260.

[36] Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, III, págs. 297-298.

[37] *USAM*, pág. 168.

[38] *Prosas completas*, págs. 1801-1802; *GLE*, págs. 111-112.

[39] *Poesías completas*, págs. 741-742.

[40] Ibíd., págs. 746-747.

[41] Ibíd., págs. 744-745.

[42] «Del camino», *Soledades* (1903), en *Poesías completas* (XXII), pág. 444.

[43] *Revista Ibérica*, Madrid, núm. 3 (20 de agosto de 1902), págs. 81-82; Berceo, pág. 72, estrofa 17.

[44] *Poesías completas* (XXVII), págs. 446-447.

[45] Ibíd. (LVIII), pág. 470.

[46] Ibíd. (LXXXIX), pág. 487.

[47] Ibíd. (LXXVII), pág. 481.

[48] Ibíd. (LXV), pág. 475.

[49] Ibíd. (LXXVII), pág. 481.

[50] *USAM*, pág. 44.

[51] *GLE*, págs. 182-183, 185-187.

[52] *Poesías completas* (XI), págs. 434-435.

[53] Ibíd. (XCVII), págs. 491-492 (con alguna pequeña variante).

[54] *GLE*, págs. 229-241.

[55] *Poesías completas* (CLIX, xii), pág. 622.

[56] Declaración de Concha Cuevas a la hispanista francesa Jeanne Lafon, recogida por Carpintero, «Antonio Machado en Soria», pág. 25.

[57] Granados, sin paginación.

[58] Cano, pág. 68.

[59] *GLE*, pág. 226.

[60] Ibíd., págs. 252-254.

[61] La carta de Machado a su madre se reproduce fotográficamente en la sección *Manuscritos de Manuel y Antonio Machado(Poesía, prosa y teatro)* del catálogo de subasta *Arte. Información y gestión*, Madrid y Sevilla, 1903, pág. 35.

[62] *Poesías completas* (CXIII, viii), pág. 516.

[63] Ibíd. (XCVIII), págs. 493-495.

[64] Ibíd. (CXIV), pág. 536.

[65] Ibíd. (CXV), págs. 541-542.

[66] Ibíd. (CXXVI), págs. 549-550.

[67] *GLE*, pág. 279.

[68] *Manuscritos de Manuel y Antonio Machado (Poesía, prosa y teatro)*, en *Arte. Información y gestión,* catálogo de subasta. Madrid y Sevilla, 2003, pág. 37.

[69] *Poesías completas* (CXXXVIII), pág. 552.

[70] *DPD*, 319-320.

[71] *Poesías completas* (CXXV), pág. 548.

[72] Ibíd. (CXVI), pág. 543.

[73] Ibíd. (CXXXI), págs. 559-560.

[74] Ibíd. (CXXXV), págs. 567-568.

[75] *DPD*, pág. 332.

[76] Ibíd., págs. 333-337.

[77] *Poesías completas* (CXXVIII), págs. 552-558.

[78] *DPD*, pág. 355, nota 1.

[79] *Poesías completas* (CXLII), págs. 591-594.

[80] Ibíd. (CLXI, lxxxviii), pág. 644.

[81] Ibíd. (CLXIV), pág. 664.

[82] *DPD*, pág. 713.

[83] Ibíd., pág. 381.

[84] Ibíd., pág. 360, nota 1.

[85] *Poesías completas* (CXLIV), pág. 594.

[86] *DPD*, pág. 383.

[87] *Poesías completas* (CXXXIX), págs. 587-588.

[88] *DPD*, pág. 371.

[89] *Poesías completas* (CXXXII), pág. 563.

[90] Ibíd. (CLXI, lxxxvii), págs. 643-644.

[91] Expediente y Título de Licenciado de Machado en Filosofía y Letras en *Antonio Machado y Ruiz. Expediente académico y profesional 1875-1941,* Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1975.

[92] *Prosas completas*, págs. 1178-1180, 1258-1259.

[93] «A la muerte de Rubén Darío», *Poesías completas* (CXLIX), pág. 598.

[94] Gibson, *Vida, pasión y muerte deFederico García Lorca,* págs. 7, 8-78, 106; *GLE*, págs. 352-354, 358-359.

[95] *Poesías completas* (CXXXVI, xxix), pág. 575.

[96] Ibíd. (CXXXIII), págs. 563-565.

[97] Ibíd. (CXLIX), pág. 599.

[98] *DPD*, págs. 425-428.

[99] Ibíd., págs. 428-431.

[100] Extracto del expediente universitario de Machado en *Antonio Machado y Ruiz. Expediente académico y profesional 1875-1941,* Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1975, pág. 192; expedición de título, Ibíd., pág. 189.

[101] Ibíd., pág. 230.

[102] *DPD,* págs. 435-437 y nota 3; carta de Machado a Cossío, fechada el 18 de febrero de 1919, en *Abc Literario*, Madrid, 13 de octubre de 1990, pág. xii.

[103] *Antonio Machado y Ruiz. Expediente académico y profesional 1875-1941,* Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1975, págs. 251-274.

[104] «En tren», *Poesías completas* (CX), págs. 509-510.

[105] Quintanilla, pág. 3.

[106] *Prosas completas*, págs. 1207-1215; *GLE*, págs. 379-380.

[107] *DPD*, págs. 464-466.

[108] *Prosas completas*, págs. 1221-1223.

[109] Ibíd., pág. 1228.

[110] *DPD*, pág. 69 y nota.

[111] Ibíd., págs. 474-481.

[112] Ibíd., pág. 451.

[113] *Prosas completas*, pág. 1289.

[114] Ibíd., pág. 1316.

[115] *Poesías completas* (CLXI, ii), pág. 626.

[116] Ibíd. (CLXI, xlii), pág. 634.

[117] Ibíd., pág. 663.

[118] *Prosas completas*, pág. 1299.

[119] Ibíd., págs.1306-1307.

[120] Ibíd., pág. 1157.

[121] Ibíd., pág. 1273.

[122] *Poesías completas* (CLXV, v), pág. 667.

[123] Ibíd. (LXXVII), pág. 481.

[124] Ibíd., pág. 742.

[125] *GLE*, págs. 425-426.

[126] Romero Ferrero, págs. 71-72.

[127] *Poesías completas* (CLXI, i), pág. 626.

[128] Ibíd. (CLXI, iv), pág. 627.

[129] *DPD*, pág. 545, nota 4.

[130] *GLE*, págs. 433-435.

[131] *DPD*, págs. 539-543.

[132] Ibíd., págs. 546-547, nota 7.

[133] Ibíd., págs. 543-547.

[134] Ibíd., pág. 538.

[135] Gibson, *La vida desaforada de Salvador Dalí*, págs.164-167.

[136] Rodríguez Marín, III, núms. 4367 y 4368.

[137] *Poesías completas* (XXIII), págs. 444-445.

[138] Ibíd. (CLXXII), págs. 718-726.

[139] Juan Chabás, «Resumen literario. Noticias literarias.-Nuevos libros.-Revistas», *La Libertad*, Madrid, 12 de abril de 1928, pág. 6.

[140] *GLE*, págs. 448-450.

[141] Machado y Álvarez, pág. 91 y pág. 32, nota 20.

[142] Manuel Machado, «Cante hondo», *El Liberal*, Madrid, 13 de octubre de 1916, pág. 3.

[143] *GLE*, págs. 459-463.

[144] *PV*, pág. 45.

[145] Valderrama, *Esencias*, págs. 108-109.

[146] *DPD*, pág. 565, nota 9.

[147] *PV*, pág. 55.

[148] *GLE*, pág. 468.

[149] *DPD*, pág. 568.

[150] Ibíd., pág. 572.

[151] Ver, sobre todo, Ruiz de Conde, pág. 192.

[152] Ibíd., pág. 72.

[153] *PV*, pág. 88.

[154] *Machado. Poemas inéditos. Colección Unicaja Manuscritos de los Hermanos Machado. Posibles composiciones inéditas y versiones con variantes significativas de Antonio Machado*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Fundación Unicaja, 2005, págs. 168-169.

[155] *DPD*, pág. 575.

[156] Ibíd., pág. 585.

[157] *PV*, pág. 47.

[158] *DPD*, págs. 594-595.

[159] Ibíd., pág. 601.

[160] Ibíd., págs. 602-605.

[161] Ibíd., págs. 605-606.

[162] *Poesías completas* (CLXXIII), págs. 727-729.

[163] *DPD*, págs. 608-612.

[164] Ibíd., págs. 608-612.

[165] *Heraldo de Madrid*, 28 de noviembre de 1929, pág. 5.

[166] González Uña, pág. 44.

[167] Gibson, *Queipo de Llano*, pág. 21.

[168] Cabanellas, I, pág. 161.

[169] *El Adelanto de Segovia*, 12 de febrero de 1930.

[170] *DPD*, págs. 617-618.

[171] Ibíd., págs. 619-621.

[172] *La Gaceta de Madrid*, 15 de mayo de 1930.

[173] *DPD*, pág. 622.

[174] Ibíd., pág. 623.

[175] Ibíd., pág. 625.

[176] Ibíd., págs. 624-626.

[177] Ibíd., pág. 626.

[178] Ibíd., págs. 628-629.

[179] Ibíd., págs. 628-629; *Heraldo de Madrid*, 23 de enero de 1931, pág. 5.

[180] *DPD,* págs. 634-636.

[181] Ibíd., pág. 639.

[182] Ibíd., págs. 639- 641.

[183] Ibíd., pág. 643.

[184] Cabanellas, I, págs. 161-162.

[185] Ibíd., pág. 162.

[186] *DPD*, págs. 643-644.

[187] Ibíd., págs. 649-653.

[188] Ibíd., págs. 654-656.

[189] Ibíd., págs. 656-658.

[190] Ibíd., pág. 669.

[191] *PV*, pág. 53.

[192] Depretis en *CP,* pág. 290.

[193] Cabanellas, I, págs. 163-165.

[194] *DPD*, pág. 665.

[195] *Heraldo de Madrid*, 9 de febrero de 1931, pág. 1.

[196] Ben-Ami, págs. 42-43; para la adhesión de Machado, Depretis en *CP,* pág. 252, nota 2.

[197] Cabanellas, I, págs. 174-175.

[198] *Heraldo de Madrid,* 16 de febrero de 1931, pág. 7.

[199] Cabanellas, I, pág. 175; Ortega Klein, «La decepción política de Ortega».

[200] *DPD*, págs. 678-679.

[201] «Se iza la bandera republicana en el Ayuntamiento y otros edificios públicos de Segovia», *El Adelantado de Segovia*, 14 de abril de 1931.

[202] «La proclamación de la República en Segovia, La manifestación de ayer», ibíd., 15 de abril de 1931.

[203] Ibíd.

[204] *DPD*, págs. 680-681.

[205] *PV*, pág. 50.

[206] *Prosas completas*, págs. 2326-2332.

[207] «Los primeros decretos del Gobierno de la República», *La Voz*, Madrid, 16 de abril de 1931, pág. 1.

[208] «Texto de un decreto. La derogación de la ley de Jurisdicciones. Artículo único y definitiva», ibíd., 20 de abril de 1936, pág. 1.

[209] *DPD*, págs. 683-685.

[210] *Abc*, Madrid, 23 de abril de 1931, pág. 23; *DPD*, págs. 682-683.

[211] Moreiro, *Un amor imposible de Machado*, pág. 98.

[212] Antonio Espina, «La prima Fernanda», *Crisol*, Madrid, 28 de abril de 1931, pág. 13.

[213] Pérez Galán, *passim*.

[214] Jackson, pág. 56.

[215] *DPD*, págs. 685-688.

[216] Jackson, págs. 31-36.

[217] *DPD*, pág. 681, nota 26.

[218] *PV*, pág. 50.

[219] Gibson, *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, págs. 498-499.

[220] *DPD*, pág. 688, nota, y págs. 688-707.

[221] Hoja de servicios de Machado conservada en el Instituto de Segunda Enseñanza Cervantes de Madrid; Álvarez Santullano, pág. 245.

[222] Antonio Espina, «Español. "La duquesa de Benamejí", de Manuel y Antonio Machado», *Luz*, Madrid, 28 de marzo de 1932, pág. 14.

[223] *DPD*, pág. 718.

[224] Fragmento reproducido en facsímil por Concha Espina, pág. 178.

[225] *DPD*, pág. 721.

[226] Ibíd., págs. 722-723.

[227] Ibíd., pág. 722.

[228] Documentación de *La Gaceta de Madrid* en *Antonio Machado y Ruiz. Expediente académico y profesional 1875-1941,* Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1975, págs. 280-285.

[229] Álvarez Santullano, págs. 249-250.

[230] *DPD*, pág. 727 y nota.

[231] Ibíd., pág. 727 y nota.

[232] «A orillas del Duero», *Poesías completas* (XCVIII), pág. 494.

[233] *El Avisador Numantino*, Soria, 8 de octubre de 1932, reproducido por *DPD*, págs. 732-733.

[234] Cabanellas, I, págs. 236-239; Preston, *La destrucción de la democracia en España*, págs. 140-142.

[235] Cabanellas, I, págs. 236-239.

[236] Jackson, págs. 136-137.

[237] Preston, *La destrucción de la democracia en España*, págs. 83-88.

[238] *Poesías completas* (CLXIX), pág. 714.

[239] Ibíd. (CLXXV), pág. 735.

[240] Gibson, *En busca de José Antonio*, pág. 71.

[241] Antonio Machado, *Juan de Mairena*, edición de Antonio Fernández Ferrer, Madrid, Cátedra (Col. Letras Hispánicas), 2 tomos, 4ª ed.,1995, pág. 264.

[242] *DPD*, págs. 742-744.

[243] Conversaciones nuestras con Dª Leonor Machado Martínez y su hijo, Manuel Álvarez Machado, Madrid 2005-2006; para Izquierda Republicana, Jackson, pág. 132; Brenan, pág. 292.

[244] *Heraldo de Madrid*, 7 de abril de 1934, pág. 14.

[245] Jackson, pág. 185.

[246] Alberti, *La arboleda perdida. Segunda Parte*, págs. 57-58.

[247] *DPD*, págs. 749-751.

[248] Brenan, pág. 296.

[249] Jackson, pág. 157.

[250] Brenan, págs. 280-309.

[251] Ibíd., pág. 296.

[252] *DPD*, págs. 762-767.

[253] Ibíd., págs. 776-777.

[254] *Prosas completas*, págs. 1960-1961.

[255] Ibíd., pág. 1982.

[256] Ibíd., pág. 1974.

[257] Ibíd., pág. 2069.

[258] Ibíd., pág. 2009.

[259] Ibíd., pág. 1967.

[260] Ibíd., pág. 2008.

[261] Ibíd., pág. 2047.

[262] Ibíd., pág. 2056.

[263] Ibíd., págs. 1941-1942.

[264] *PV*, pág. 52.

[265] *Prosas completas*, págs. 1942-1943; *Poesías completas* (CLXXIV), págs. 730-732.

[266] *DPD*, págs. 769-773.

[267] Ibíd., págs. 773-774.

[268] *GLE*, pág. 69.

[269] *Abc*, Madrid, 3 de septiembre de 1935, pág. 30.

[270] *Prosas completas*, págs. 2049-2050.

[271] Álvarez Santullano, pág. 248.

[272] Ibíd.

[273] «Los intelectuales y la paz. Los pueblos que presencian impasibles la ruina de Etiopía siembran la suya propia», *Diario de Madrid*, 9 de noviembre de 1935, pág. 3. *Heraldo de Madrid* dio a conocer el manifiesto el 25 de diciembre de 1935, pág. 4; *La Libertad,* Madrid, el 26 de diciembre de 1935, pág. 1. El texto se reproduce en Gibson, *El asesinato de García Lorca* (2018), págs. 325-327.

[274] Guerrero Ruiz, pág. 445.

[275] *Poesías completas*, pág. 833.

[276] *Prosas completas*, pág. 2085.

[277] Ibíd., pág. 2191.

[278] El manifiesto se publicó en *El Sol*, Madrid, el 23 de febrero de 1936. Reproducido en Gibson, *El asesinato de García Lorca* (2018), págs. 330-332.

[279] El texto de la convocatoria se reproduce en Gibson, ibíd., págs. 327-328.

[280] *Heraldo de Madrid*, 18 de febrero de 1936, pág. 9.

[281] Jackson, págs. 204-205.

[282] *Gaceta de Madrid*, núm. 49 (18 de febrero de 1936), pág. 1427; Jackson, págs. 209-210.

[283] Gibson, *En busca de José Antonio*, pág. 106.

[284] Ibíd., págs. 119-147.

[285] Ibíd., pág. 132.

[286] *Heraldo de Madrid*, 14 de marzo de 1936, pág. 14.

[287] *El Sol*, Madrid, 14 de marzo de 1936, pág. 4.

[288] Ximénez de Sandoval, pág. 546.

[289] «Se declara ilícita Falange Española de las JONS y se procesa a sus dirigentes», *Heraldo de Madrid*, 18 de marzo de 1936, pág. 3.

[290] Jackson, pág. 221.

[291] Documentación en el expediente de Machado conservado en el actual Instituto de Segunda Enseñanza Cervantes, Madrid.

[292] Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo* (2016), págs. 39-75.

[293] *Poesías completas* (CLXXIV), págs. 730-733.

[294] Eduardo de Ontañón, «Nuestras preguntas literarias. ¿Qué les parece a los poetas la poesía de Villaespesa?», *Heraldo de Madrid*, 17 de abril de 1936, pág. 3.

[295] Citado por Gullón, «Cartas de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez», págs. 212-213.

[296] Suero, págs. 139-143. *La Diosa Razó*n, todavía inédita, ha sido hallada recientemente. Véase Manuel Morales, «*La diosa Razón,* la obra de los Machado más buscada, sale a la luz», *El País*, Madrid, 17 de mayo de 2018, pág. 25, y Eva Díaz Pérez, «Los Machado en la Revolución francesa», Ibíd., 11 de octubre de 2018, pág. 27.

[297] Suero, pág. 142.

[298] *PV*, pág. 56.

[299] *Poesías completas*, pág. 817.

[300] *PV*, págs. 55-56.

[301] El documento, publicado por *El Socialista*, Madrid, se reproduce en Gibson, *El asesinato de García Lorca* (2018), págs. 338-339.

[302] Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, págs. 77-84.

[303] Tagüeña, pág. 70.

[304] *El Socialista*, Madrid, 9 de mayo de 1936.

[305] Jackson, págs. 219-220, 225.

[306] Gibson, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, págs. 67-68.

[307] *PV*, pág. 57.

[308] *Prosas completas*, págs. 2117-2120.

[309] Ibíd., págs. 2120-2123.

[310] «El 2 de mayo de 1808», *Nuestro Ejército*, Madrid, abril-mayo de 1938, recogido en *Prosas completas*, págs. 2252-2255.

[311] Conversación nuestra con doña Leonor Machado Martínez, Madrid, 19 de diciembre de 2005.

[312] *Poesías completas* (XCVII), pág. 492.

[313] Ibíd. (CLXVI, iii), págs. 668-669.

[314] «Madrid frunce el ceño (Los milicianos de 1936)», *Prosas completas*, pág. 2163.

[315] *Poesías completas*, pág. 826.

[316] *El Sol*, Madrid, 31 de julio de 1936, pág. 2; *Ahora*, Madrid, misma fecha, pág. 8; *La Libertad*, Madrid, misma fecha, pág. 1; *Ab*c, Madrid, misma fecha, pág. 30.

[317] Sobre la «traición» de Marañón, véanse *Abc*, Madrid, 11 de febrero de 1937, pág. 1, y la nota al respecto en *AMG*, pág. 438; el testimonio de Carrillo está en Gibson, *Paracuellos cómo fue*, págs. 239-240.

[318] Fotografía del documento en *Manuscritos de Manuel y Antonio Machado (Poesía, prosa y teatro)* en *Arte. Información y Gestión*, catálogo de subasta, Madrid-Sevilla, 2003.

[319] *Poesías completas*, págs. 828-829.

[320] «Los escritores antifascistas celebraron ayer un acto por la defensa de la cultura popular», *Ahora*, Madrid, 2 de noviembre de 1936, pág. 10.

[321] Gibson, *Queipo de Llano*, *passim*.

[322] Largo Caballero, pág. 176.

[323] Martínez Reverte, págs. 200-201.

[324] Gibson, *Paracuellos: cómo fue*, págs. 44-45.

[325] Ibíd., págs. 45-49, 86-87, 221.

[326] «Miaja», *Poesías completas*, pág. 833.

[327] *¡Madrid!,* en *Servicio Español de Información*, Madrid, recogido en *Prosas completas*, págs. 2224-2226.

[328] *Divagaciones de actualidad*, en *Ayuda*, Madrid, 7 de noviembre de 1936, pág. 8.

[329] En el folleto *El fascismo intenta destruir el Museo del Prado*, editado por el Quinto Regimiento. Texto reproducido por Alonso, pág. 33.

[330] «A los Intelectuales Antifascistas del mundo entero. Noviembre de 1936», *El Mono Azul*, Madrid, núm. 13 (19 de noviembre de 1936), pág. 4; el manifiesto se publicó al día siguiente en *Abc*, Madrid, pág. 6.

[331] *Heraldo de Madrid*, 22 de noviembre de 1936, pág. 2; *Ahora,* Madrid, misma fecha, pág. 4, y 23 de noviembre de 1936.

[332] Reproducido en *AMG*, pág. 80.

[333] *Ahora*, Madrid, 22 de noviembre de 1936, pág. 5.

[334] Alberti, *Primera imagen de*…, págs. 53-54.

[335] *USAM*, pág. 197.

[336] *Milicia Popular. Diario del 5º Regimiento de Milicias Populares*, Madrid, núm. 109 (24 de noviembre de 1936), pág. 1; *La Libertad*, Madrid, 25 de noviembre de 1936, pág. 8.

[337] *La Libertad*, Madrid, 25 de noviembre de 1936, pág. 2.

[338] «Mientras los “patriotas” de Franco bombardean la Biblioteca Nacional… Los rojos del Quinto Regimiento, para contrarrestar la barbarie fascista sobre los centros de cultura, ponen fuera de la zona de guerra a varios sabios españoles», *Heraldo de Madrid*, 25 de noviembre de 1936, pág. 2.

[339] La fotografía se reprodujo en *Milicia Popular. Diario del 5º Regimiento de Milicias Populares. 6 meses de guerra civil*, número extraordinario reproducido al final de la edición facsímil del diario (Barcelona, Editorial Hacer, 1977).

[340] *Heraldo de Madrid*, 25 de noviembre de 1936, pág. 2.

[341] Gibson, *Paracuellos: cómo fue*, *passim.*

[342] *Heraldo de Madrid*, 25 de noviembre de 1936, pág. 2.

[343] «Hay que salvar la ciencia y el arte. Salen de Madrid médicos, escritores, poetas e investigadores», *LaLibertad,* Madrid, 25 de noviembre de 1936, pág. 8.

[344] *Poesías completas*, págs. 750-751.

[345] Preston, *La Guerra Civil española*, págs. 178-179.

[346] *USAM,* pág. 197.

[347] Moreno Villa, pág. 223.

[348] Conversación nuestra con Dª Leonor Machado Martínez, Madrid, 25 de abril de 2005.

[349] Ferreres, pág. 374.

[350] *Heraldo de Madrid*, 26 de noviembre de 1936, pág. 4.

[351] «Los intelectuales evacuados de Madrid ensalzan el heroísmo del pueblo«, *La Vanguardia*, Barcelona, 26 de noviembre de 1936, pág. 5; opiniones recogidas también por *Ahora*, Madrid, 26 de noviembre de 1936, pág. 5 («Una declaración de los intelectuales evacuados de Madrid»), y *Milicia Popular*, Madrid, 27 de noviembre de 1936, pág. 3 («Unas manifestaciones del doctor Del Río Hortega y del gran poeta Machado»).

[352] «Antonio Machado en Valencia. El insigne poeta dice: El Museo del Prado y la Biblioteca Nacional han sido bombardeados sin otro motivo bélico que la fatal necesidad de destruir que siente el fascismo…», *La Vanguardia*, Barcelona, 29 de noviembre de 1936, pág. 1.

[353] *USAM*, págs. 198-199.

[354] Ibíd., pág. 199.

[355] «El ministro de Instrucción Pública Jesús Hernández inaugura la Tribuna de Agitación y Propaganda de la plaza de Emilio Castelar. Los grandes poetas Antonio Machado y León Felipe intervienen en el acto», *El Pueblo*, Valencia, 12 de diciembre de 1936, pág. 6.

[356] *USAM*, pág. 203.

[357] Citado por Huguet y Pérez Contel, págs. 12-13.

[358] «Nuestros reportajes. Unos minutos de charla con el eximio poeta Antonio Machado», *Fragua Social*, Valencia, 19 de diciembre de 1936, pág. 8. Entrevista reproducida en *AMG*, págs. 342-345.

[359] *Prosas completas*, págs. 2167-2168; *GLE*, págs. 619-620.

[360] *Ahora. Diario de la Juventud*, Madrid, núm. 13 (14 de enero de 1937), pág. 8; «El gran poeta Antonio Machado y las Juventudes Socialistas», *Milicia Popular*, Madrid, núm. 159 (14 de enero de 1937), pág. 4; en *Prosas completas*, págs. 2165-2166, Macrí fecha incorrectamente esta declaración el 3 de octubre de 1936.

[361] Entrevista por J. Orozco Muñoz, «Habla el gran poeta Antonio Machado», fechada el 1 de abril de 1937 y recogida por Macrí, sin especificar su lugar de publicación, en *Prosas completas*, págs. 2187-2189. Por las alusiones a la Federación Universitaria Española se sobreentiende que se publicó en un órgano de dicha asociación.

[362] *El Mono Azul*, Madrid, núm. 15 (11 de febrero de 1937), pág. 8.

[363] *El Pueblo*, Valencia, 16 de marzo de 1937, pág. 3; ibíd., 17 de marzo de 1937, pág. 6 («Jacinto Benavente y Antonio Machado al servicio de la España republicana»).

[364] *El Pueblo*, Valencia, 19 de marzo de 1937, pág. 1; *Meditación del día*, dedicada «A mis amigos del S.R.I.», se publicó también en *Ayuda*, Madrid, núm. 50 (11 de abril de 1937), pág. 4, al lado de la intervención de Benavente.

[365] *Prosas completas*, págs. 2332-2333.

[366] Ibíd., págs. 2185-2186. Seguimos la transcripción del manuscrito, titulado *Recuerdos,* conservado en la Biblioteca Nacional y que nos ha facilitado amablemente Jordi Doménech.

[367] *El Pueblo*, Valencia, 26 de abril de 1937, pág. 6.

[368] «La intelectualidad española y la cobarde agresión a Almería. Los intelectuales antifascistas a todos los del mundo», *El Pueblo*, Valencia, 2 de junio de 1937, pág. 1; *Frente Rojo*, Valencia, misma fecha, pág. 2 (reproducido por Aznar Soler, II, págs. 320-321).

[369] *Prosas completas*, págs. 2179-2183; *USAM*, pág. 57.

[370] *Ibíd.*, págs. 2191-2192.

[371] Ibíd., págs. 2215-2221.

[372] Para Calvo y Winthuysen, véase Ferreres, pág. 379; para Ehrenburg, su libro *La Nuit Tombe*, citado por Macrí en *Prosas completas*, pág. 2551.

[373] Citado por Ferreres, pág. 378.

[374] Manuel Machado, «¡España!», *Abc*, Sevilla, 6 de enero de 1937, págs. 395-396.

[375] Ferreres, pág. 381.

[376] *Poesías completas*, págs. 824-825.

[377] Ferreres, pág. 381.

[378] *USAM*, pág. 38.

[379] Ibíd, págs. 38-39.

[380] «El II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas», *El Pueblo*, Valencia, 4 de julio de 1937, pág. 6; ibíd., 6 de julio de 1937, págs. 1-2; Corpus Barga, «El II Congreso Internacional de Escritores», *Hora de España*, Valencia, núm. 8 (agosto de 1937), págs. 5-10.

[381] *El Pueblo*, Valencia, 6 de julio de 1937, pág.1.

[382] *Hora de España*, Valencia, núm. 8 (agosto de 1937), págs. 55-58.

[383] Aznar Soler y Schneider, págs. 395-396.

[384] Ibíd., pág. 444.

[385] *Prosas completas*, págs. 2214-2215.

[386] *USAM*, págs. 199-200.

[387] Ibíd., pág. 200.

[388] Hipótesis de Macrí en una nota de *Poesías completas*, pág. 1011.

[389] *Poesías completas*, pág. 824.

[390] *PV*, pág. 60.

[391] *Poesías completas*, págs. 822-823.

[392] *AMG*, págs. 346-351.

[393] Zambrano, «*La Guerra* de Antonio Machado», págs. 68-74.

[394] «Una nota del Gobierno sobre su traslado», *El Pueblo*, Valencia, 31 de octubre de 1937, pág. 1; ibíd., 2 de noviembre de 1937, pág. 3.

[395] *Prosas completas*, pág. 2232.

[396] Carta amablemente facilitada en su momento por mi malogrado amigo Nigel Dennis.

[397] *Poesías completas*, págs. 832-833.

[398] *USAM*, pág. 205; conversación nuestra con Dª Leonor Machado Martínez, Madrid, 25 de abril de 2005.

[399] *USAM*, pág. 206.

[400] Ibíd., págs. 206-207.

[401] Ibíd., págs. 207-208.

[402] Ibíd., págs. 208-209.

[403] Ibíd., pág. 209; entrevista nuestra con doña María y doña Carmen Machado Monedero, Madrid, 27 de septiembre de 2005.

[404] Bergamín citado en Alonso, págs. 273-275.

[405] *Poesías completas,* pág. 478.

[406] Entrevista nuestra con doña María y doña Carmen Machado Monedero, Madrid, 27 de septiembre de 2005.

[407] *Prosas completas*, págs. 2460-2463.

[408] Ibíd., pág. 2457.

[409] *Poesías completas*, pág. 425.

[410] *Prosas completas*, págs. 2475-2477.

[411] Ibíd., pág. 2477.

[412] Ibíd., pág. 2483.

[413] «Desde el mirador de la guerra», *La Vanguardia*, Barcelona, 6 de enero de 1939, pág. 3. Artículo no recogido en *Prosas completas*.

[414] Ibíd., pág. 2451.

[415] *AMG*, págs. 293-294.

[416] *Prosas completas*, págs. 2388-2392.

[417] Ibíd., pág. 2472.

[418] Ibíd., págs. 2276-2280.

[419] Entrevista nuestra con doña María y doña Carmen Machado Monedero, Madrid, 27 de septiembre de 2005.

[420] Castro Delgado, págs. 617-619.

[421] *USAM*, págs. 216-217.

[422] Albornoz, «Cartas y documentos de Antonio Machado», págs. 255-256.

[423] Xirau, págs. 67-68.

[424] Puche Álvarez, págs. 68-69.

[425] *Prosas completas*, pág. 2298.

[426] Ibíd., págs. 2291-2294.

[427] Citado por Alonso, pág. 276.

[428] Texto de Ehrenburg en *AMG*, págs. 355-356, con nota págs. 435-436.

[429] *Prosas completas*, págs. 2301-2302.

[430] *Poesías completas* (XXXV), pág. 450.

[431] *La Vanguardia*, Barcelona, 6 de enero de 1939, pág. 3; *AMG*, págs. 310-313.

[432] *Voz de Madrid. Semanario de Información y Orientación de la Ayuda a la Democracia Española*, París, núm. 29 (28 de enero de 1939), pág. 4.

[433] *USAM*, pág. 218.

[434] *La Vanguardia*, Barcelona, 19 de enero de 1939, págs. 1 y 7.

[435] Rojo, págs. 252-259.

[436] *USAM*, págs. 218-219.

[437] Alonso, pág. 280, sin citar su fuente, quizás Matea Monedero.

[438] *USAM*, págs. 219-220.

[439] Para las gestiones, Xirau (1940), pág. 68, y, del mismo autor, «Por una senda clara», pág. 60.

[440] *USAM*, pág. 219.

[441] Conversación nuestra con doña Leonor Machado Martínez, Madrid, 25 de abril de 2005.

[442] Xirau, «Por una senda clara», pág. 60.

[443] Ibíd., pág. 61.

[444] Alonso, pág. 61.

[445] Macrí en *Poesías completas*, pág. 46.

[446] Xirau (1940), págs. 67-68.

[447] La fotografía se reproduce en *GLE*, ilustración 53.

[448] Rioja, pág. 116.

[449] *USAM*, pág. 221; Alonso, pág. 467.

[450] Xirau, «Por una senda clara», págs. 61-62.

[451] *USAM*, págs. 222-223.

[452] Onís, pág. 16.

[453] Gullón, «Enseñanzas de Mairena», pág. 93.

[454] Rioja, pág. 117.

[455]«¡Tristes banderas / del crepúsculo! Contra ellas / soy púrpura viva. / Seré un corazón dentro de la oscuridad; / púrpura de nuevo con el alba».

[456] *GLE*, pág. 677.

[457] Xirau, «Por una senda clara», pág. 62.

[458] Ibíd.

[459] Español Bouché, pág. 38 y sigs.

[460] Entrevista nuestra con doña Leonor Machado Martínez, Madrid, 25 de abril de 2005.

[461] Xirau, «Por una senda clara», págs. 62-63.

[462] Corpus Barga, «Antonio Machado ante el destierro».

[463] *USAM*, pág. 224.

[464] Xirau, «Por una senda clara», pág. 68.

[465] *USAM*, pág. 226; testimonio de Matea Monedero en Moreiro, «El último viaje de Antonio Machado».

[466] Ibíd.

[467] Testimonio de Matea Monedero en Moreiro, «El último viaje de Antonio Machado», pág. 12.

[468] Ibíd.

[469] Xirau, «Por una senda clara», pág. 64.

[470] Corpus Barga, «Antonio Machado ante el destierro».

[471] *USAM*, págs. 229-230.

[472] Ibíd.

[473] Xirau, «Por una senda clara», pág. 64.

[474] Corpus Barga, «Antonio Machado ante el destierro».

[475] Xirau, «Por una senda clara», pág. 64.

[476] Alonso, pág. 63.

[477] Corpus Barga, «Antonio Machado ante el destierro».

[478] Issorel (2016), págs. 28-29.

[479] Ibíd., pág. 30.

[480] *Poesías completas* (XXXVIII), págs. 452-453.

[481] Ibíd. (V), pág. 430.

[482] Ibíd. (XI), pág. 436.

[483] Issorel (2016), pág. 35.

[484] *GLE*, págs. 112-114.

[485] Issorel (2016), pág. 35.

[486] Ibíd., pág. 38.

[487] Ibíd., pág. 32.

[488]El escritor francés Jean-Richard Bloch, uno de los dirigentes de la Asociación Internacional de Escritores. Creemos que «Cohen» es el célebre hombre de letras inglés J. M. Cohen (1903-1989), hoy conocido sobre todo por sus numerosas traducciones, entre ellas del *Quijote*.

[489] Carta reproducida en facsímil por la revista *Peña Labra. Pliego de poesía*, Santander, núm. 16, 1975. Macrí incluye una fotografía de la misma en Machado, *Prosas completas*, entre las págs. 1904 y 1905.

[490] Issorel (2016), págs. 32, 34.

[491] Para la carta, véase Machado, José, en bibliografía.

[492] *Poesías completas* (XCVII), págs. 491-492.

[493] Issorel (2016), págs. 40-41.

[494] Gómez Burón, pág. 105.

[495] *USAM*, pág. 179.

[496] Issorel (2016), pág. 42.

[497] Ibíd.

[498] Ibíd., págs. 42-43.

[499] Carta de José Machado a Tomás Navarro Tomás, véase Machado, José, en la Bibliografía.

[500] Testimonio de Juliette Figuères en Gómez Burón, pág. 148.

[501] *USAM*, pág. 255.

[502] Fotografía de la partida de defunción en Gómez Burón, pág. 155.

[503] *USAM*, pág. 177.

[504] *Poesías completas* (CLXXV), pág. 736.

[505] Issorel (2016), pág. 44.

[506] Ibíd., pág. 46.

[507] *USAM*, pág. 237.

[508] Carta reproducida por Alonso, págs. 512-514.

[509] Fotografía de la partida de defunción en Alonso, pág. 497.

[510] Jaime Espinar, «Recuerdo de Antonio Machado», *Espiral*, Bogotá, núm. 21 (marzo de 1949), no visto por nosotros, citado por Chaves, pág. 296.

[511] Fotografía de la partida de defunción en Alonso, pág. 497.

[512] «El poeta visita el patio de la casa donde nació», *Helios*, Madrid, 1903, págs. 398-400.

[513] Pérez Ferrero, pág. 317.

[514] Ibíd., págs. 317-320.

[515] *USAM*, pág. 81.

[516] «Don Antonio Machado. Spanish Poet», *The Times*, Londres, 2 de marzo de 1939, pág.19.

[517] Alonso, págs. 516-523; Sánchez Lubián, págs. 107-108.

[518] Sánchez Lubián, pág. 108; conversaciones nuestras con doña Leonor Machado Martínez, 2005-2006.

[519] Del Barco, pág. 122.

[520] *El Liberal*, Madrid, 25 de febrero de 1908, pág. 1.

[521] Sánchez Lubián, pág. 107, nota 81.

[522] *Abc*, Madrid, 21 de enero de 1947, pág. 15.

[523] *PV*, pág. 64.

[524] Ibíd., págs. 67-68.

[525] Dionisio Ridruejo, «El poeta rescatado», prólogo a Machado, *Poesías completas*, Madrid, Espasa-Calpe, 5ª ed., 1940, págs. v-xv.

[526] *Antonio Machado y Ruiz. Expediente académico y profesional*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1975, pág. 292.

Los últimos caminos de Antonio Machado
Ian Gibson

Fotografía de la cubierta: Villa Amparo (Rocafort), hacia 1938

Iconografía: Grupo Planeta
Imágenes de interior: © APAG/Colección de Fotografías/F-05744; © isogood/Alamy/ACI; Archivo ABC; EFE; AP; © Biblioteca Nacional; © AESA; © Derechos reservados y Archivo personal del autor.

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño del cuadernillo de fotografías: María Pitironte
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-670-5527-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.